

# Académica

BOLETÍN DE LA  
REAL ACADEMIA CONQUENSE  
DE ARTES Y LETRAS

4

ENERO • JUNIO 2009







*A c a d é m i c a*



*A c a d é m i c a*  
4

*Enero • Junio 2009*

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA CONQUENSE  
DE ARTES Y LETRAS



IN MEMORIAM  
ÁNGEL LUIS MOTA CHAMÓN

Este número especial de la revista Académica ha sido coordinado por los Académicos numerarios José Ángel García y José Luis Muñoz

### ACADÉMICA

Boletín de la Real Academia Conquense de Artes y Letras

Número 4. Enero • Junio de 2009



### REAL ACADEMIA CONQUENSE DE ARTES Y LETRAS

*Comisión de Publicaciones*

ILMOS.SRES.

Don Pedro Miguel Ibáñez Martínez

Don Miguel Jiménez Monteserín

Don José Luis Calero López de Ayala

Don Hilario Priego Sánchez-Morate

*Coordinación:*

Don José Luis Muñoz Ramírez

**Edita:**

Real Academia Conquense de Artes y Letras

Aguirre, 2

16002 Cuenca

**Diseño:**

Miguel López

**Maquetación e Impresión:**

Gráficas Cuenca, S.A.

Depósito Legal: CU-696-2006

**SUMARIO**

- 11**      *Nota introductoria: el académico Ángel Luis Mota Chamón*
- Lexicografía**
- 15**      *Toponimia e Historia. Algunos topónimos optenses*  
José Luis Calero López de Ayala
- Historia**
- 47**      *Sufrimientos sin gloria: Cuenca en la encrucijada de la guerra  
de la Independencia (1808-1814)*  
José Luis Muñoz
- Estudios literarios**
- 65**      *El exilio español en México. El homenaje de la revista  
LAS ESPAÑAS a Antonio Machado*  
Pedro C. Cerrillo
- 77**      *El Pájaro de Paja*  
Hilario Priego y José Antonio Silva
- 91**      *Dos artículos de Federico Muelas*  
Francisco Page
- 101**     *Breve aproximación a la narrativa de Javier Tomeo  
(una propuesta de lectura)*  
Francisco Mora

**Creación literaria**

- 107**      ***Dos poemas***  
Eduardo de la Rica
- 109**      ***Greguerías apócrifas***  
Carlos Flores
- 115**      ***El arte y el síndrome de Stendhal***  
Jesús Martínez-Falero
- 119**      ***Tierra dura***  
Enrique Domínguez Millán

**Despedida y cierre**

- 123**      ***Hablando de Renato. Breve aproximación al personaje de las columnas periodísticas de Ángel Luis Mota***  
José Ángel García
- 133**      ***Rasgando el velo del tiempo. A propósito de los monotipos de Miguel Ángel Moset con la imagen de Ángel Luis Mota***  
José Ángel García

*Las ilustraciones de este número han sido aportadas por los Académicos María del Carmen Pérez García, Miguel Ángel Moset y Oscar Pinar*

NOTA INTRODUCTORIA:  
EL ACADÉMICO  
ÁNGEL LUIS MOTA CHAMÓN



**E**legido miembro de número en la sesión celebrada el 25 de junio de 2003, Ángel Luis Mota Chamón leyó su discurso de ingreso en la Real Academia Conquense de Artes y Letras el 14 de noviembre de ese mismo año bajo el título de “Las novelas de Cuenca” en acto celebrado en el salón de la sede en Cuenca de Caja Castilla La Mancha, siendo contestado en nombre de la corporación por el periodista, crítico literario y poeta Florencio Martínez Ruiz. El nuevo académico venía a ocupar en la distribución de sus integrantes el puesto correspondiente a la primera letra del alfabeto castellano, inicial de su propio nombre de pila, la A, que antes que él correspondiera a quien fuera precisamente el propulsor y artífice principal de la propia existencia de la institución, su primer Director, el poeta Carlos de la Rica, fallecido seis años antes, en 1997.

Con su entrada, Ángel Luis Mota Chamón aportaba a la RACAL el valioso bagaje de un historial, un proceder y unas realizaciones que hacían que su figura encajase a la perfección en el retrato perfilado por las características que los Estatutos reclaman que deben adornar a sus miembros:

“personas de reconocido prestigio en el ámbito de su actividad específica que cuenten con larga trayectoria cultural o que hayan dedicado sus libros o trabajos a exaltar los valores artísticos, literarios, históricos o musicales de la provincia de Cuenca en sus más variados aspectos o matices, constituyendo conocida personalidad”.

Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense, catedrático de Lengua y Literatura Españolas del I.E.S. “Alfonso VIII” de Cuenca, profesor asociado de la Universidad de Castilla La Mancha y profesor tutor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, director durante años de la sede conquense de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, conferenciante y comunicador tanto en medios escritos como radiofónicos, Ángel Luis Mota había estado casi cabría decir que desde siempre, desde luego ya desde sus tempranos tiempos estudiantiles, vinculado a buena parte de cuantas empresas y proyectos culturales habían tenido lugar en Cuenca en la segunda mitad del siglo XX, fueran grupos, asociaciones o eventos teatrales como Grupo VIII, Amigos del Teatro o las Semanas de Teatro Independiente, propuestas folklórico-musicales cual la del grupo Tormo, colectivos cinéfilos como el Cine Club Chaplin, publicaciones literarias como las revistas *Carpeta* o *Diálogo de la Lengua* (de la que en ese momento era subdirector) o informativas como *El Banzo* o el semanario *Gaceta Conquense*, un mundo este último, el de los medios de comunicación, que ya le habían llevado con anterioridad a la realización de una serie de colaboraciones en Radio Nacional de España o en publicaciones como *Añil: Cuadernos de Castilla La Mancha* y que luego continuaría con la creación de la sección de cultura de la revista *Crónicas de Cuenca*, sus espacios semanales en la emisora de la Cadena SER y su labor como articulista y columnista tanto en la ya mencionada *Crónicas* como en las páginas de los distintos periódicos del grupo *El Día* en Castilla La Mancha. A ello había que añadir asimismo que en su no demasiado prolongada etapa en la política activa, siempre actuó en áreas relacionadas con la educación, la cultura o la juventud, fuese como director general de Actividades Educativas y Culturales o como Consejero de Turismo, Juventud y Deporte en el Gobierno de Castilla-La Mancha; junto a todo ello, su cartera de publicaciones: *Del alegato a la fiesta*, *La novela negra española: ambientes y personajes* o *Andrés González-Blanco en Episcopópolis*, además de alguna guía didáctica de lectura. Añadidos a su de continuo expresada preocupación por los intereses de la cultura en Cuenca y a una voluntad siempre dispuesta a la cooperación con cuantos los defendieran, resultaba más que evidente que el nuevo académico reunía con creces los requisitos para su entrada en la institución.

Esa misma señalada actitud de trabajo y colaboración mantenida y puesta de manifiesto tras su ingreso en la corporación (y que le llevó, por ejemplo, a entrar en 2005 a formar parte como Tesorero en su Mesa Directiva) unida a su amplio bagaje intelectual y a unas cualidades personales

entre las que destacaban su profunda bonhomía y su arraigado sentido del humor, le hicieron pronto pieza clave de la propia institución. Es lógico por ello –y de total justicia– que, tras su temprano fallecimiento el 9 de mayo de este mismo año, la Real Academia Conquense de Artes y Letras haya querido dedicarle, como recuerdo de su contribución a ella y a la cultura de Cuenca, el presente número de su Boletín.



## TOPONIMIA E HISTORIA. ALGUNOS TOPÓNIMOS OPTENSES

José Luis Calero López de Ayala

Sabido es que la Toponimia tiene por objeto el estudio del origen y etimología de los nombres propios de lugar. Se auxilia, básicamente, de disciplinas como la lingüística y la dialectología, aunque también se aprovecha de otras como la arqueología, la historia, la geografía y la etnografía.

La Toponimia es una disciplina que con frecuencia arroja luz a la historia de los pueblos hasta el punto de ser, en muchas ocasiones, la única fuente que permite atisbar datos o aspectos históricos de los que no se han encontrado otras huellas, al ser esta la que ha prevalecido en el tiempo.

En el presente artículo vamos a servirnos de lo que se podría considerar toponimia menor al estudiar los nombres de un territorio pequeño, como es el de un municipio y dentro de él, fuentes, arroyos, hondonadas, altozanos, lugares, parajes y topónimos en general, así como los emanados de la propia historia local.

Se analizarán algunos términos singulares específicos de Huete, tratando de encontrar su origen y procurando establecer algún vínculo con la historia de la ciudad en aquellos casos en que tal ocurra, como ponen de manifiesto los nombres más clásicos y tradicionales que perviven en la misma y que conectan con algunos de los capítulos más íntimos que adornan la historia antigua optense.

Como muestra cabría señalar el siguiente capítulo.

Cuando hacia 1172 el califa Abu Yacub Yusuf levanta el cerco de la ciudad y marcha hacia Cuenca, Alfonso VIII dota a Huete de un fuero para su repoblación lo que supuso que la villa se estructurara en colaciones<sup>1</sup>. Con tal motivo, las ocho puertas de la muralla que circundó la ciudad, adoptaron los nombres de los Concejos de donde procedían los tercios que en su día vinieron a luchar en su favor, cuyas milicias y toda su parafernalia, inicialmente se situaron en distintos puntos circundantes del pueblo y cuyas

Fotografías:  
Rafael de la Rosa

*1 Según el Diccionario de Autoridades: "Territorio, término, distrito y parte del vecindario de alguna Villa o Ciudad, sito en alguna Parroquia: y así en las escrituras, cuando se hace mención de alguna posesión o casa dentro de la ciudad, se dice la cual está en la colación de tal parroquia".*



*Puerta de Almazán, hoy conocida como Torre del Reloj.*

2 Con el fuero de repoblación, se generaron en Huete diez colaciones, con otras tantas parroquias, que posteriormente llegarían a catorce, añadiendo a las ya citadas: San Pedro, Santiago, San Miguel, San Esteban, La Trinidad, San Gil, San Juan Evangelista y la de San Marcos, que fue la primera en disolverse en 1387. Hoy están abiertas al culto las de San Esteban, Santa María de Castejón en la antigua iglesia del convento de Justinianas y San Nicolás de Medina, según información de Jesús Gómez Carrasco.

3 MUÑOZY SOLIVA, Trifón: *Historia de la muy noble, leal e invicta ciudad de Cuenca y del territorio de su provincia y obispado, desde los tiempos primitivos hasta la edad presente*. Imprenta de El Eco. Cuenca, 1866-1867. 2 Tomos.

gentes allí se establecieron, a saber: Ávila, Lara, Almazán, Castejón, Daroca, Atienza, Medina y El Salvador. Cada una de esas colaciones<sup>2</sup> fue dotada de su correspondiente parroquia, las cuales fueron construidas intramuros y cercanas a las respectivas puertas y bajo las advocaciones de San Nicolás y Santa María, junto al nombre del municipio de origen de sus moradores, siendo la más antigua la de Santa María de Atienza, seguida de Santa María de Castejón, Santa María de Lara, San Nicolás de Almazán y San Nicolás de Medina.

Actualmente, de las citadas puertas de la muralla de Huete se conservan dos, la de Medina, recientemente descubierta y pegada al Arco del Caño Mocho y la de Almazán, unida a la Torre del Reloj, por donde en tiempos postreros corrió una reguerilla cuesta abajo que sirvió de límite entre los dos barrios de Atienza y San Gil.

Del mencionado episodio y de otros acaecidos a lo largo de los tiempos, surgen términos cuya imbricación con la historia local es manifiesta, por lo que se pasa a analizar algunos, que se relatan por orden alfabético, aunque lo lógico sería comenzar recordando el nombre de Huete, dado que está más que investigado y en consecuencia poco se podría aportar y nada añadir a lo ya dicho por don Trifón Muñoz y Soliva en su *Historia de la ciudad de Cuenca...*<sup>3</sup>, y muy especialmente al estudio minucioso que al respecto



*Puerta de Medina, recientemente recuperada.*

hace Amor Calzas en sus *Curiosidades históricas de la ciudad de Huete*<sup>4</sup> y otras fuentes. A pesar de ello se señala la evolución del nombre de una manera escueta, por si alguien lo echara en falta.

## HUETE

Se sabe que los celtíberos, allá por el siglo IV (a. de C.) lo llamaban Ischtzon > “lugar habitado por pastores de ganado menor”; los griegos, por razones de dificultad articulatoria impuestas por su idioma, cambian Isch-tzon por Hisch-ton, que por aspiración inicial y supresión de /z/ pronuncian Viston > Wiston; los romanos, teniendo en cuenta tal aspiración inicial, en un primer momento le llaman Histonium y posteriormente, por supresión de esta pasa a Istonium, forma incluida por Ptolomeo en su mapa; los godos lo denominan Opta, pasando a Wabda > Webde > Wete para los árabes y Opte > Vepte > Huepte > Huete, para los cristianos.

Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua*, dice. “GÜETE. Ciudad del obispado de Cuenca, dicha antiguamente Opta, y de allí se pudo corromper el nombre en Ubte, y finalmente Güete. Pero el padre Guadix dize ser arábigo, de guit, vale río pequeño o riachuelo, porque el que pasa por Güete no es caudaloso, ni su agua dulce..”.

4 AMOR CALZAS, J.: *Curiosidades históricas de la ciudad de Huete*. Facsímil. Ediciones de la Gaceta Conquense. Cuenca, 1987. Págs. 13 a 16.



*Puerta de Medina y Arco del Caño Mocho.*

Para finalizar, señalar un origen curioso del nombre defendido por Miguel Cortés López en el *Diccionario geográfico de la España antigua*, quien viene a decir que Istonium viene de la voz latina ITACIO > “hito, amojonamiento o señal divisoria de las regiones Celtibérica y Carpetana”, refiriendo además que Opta es derivado de Óptica, significando punto de vista o atalaya, lo mismo que los términos árabigos Wepte, Wecte, Webde y como la pronunciación eólica de la W es en |hu| y |gu|, después se llamó Huepte, Guepte y Huete.

### **ALVARÁÑEZ.- [VARÁÑEZ]**

Etimológicamente Alvarañez es la lexicalización de Alvar Fáñez, procedente de ALVAR > ‘Álvaro’ más FAÑEZ. A su vez el patronímico Fañez presenta dos posibilidades:

a) Que sea nombre prerromano de persona, correspondiente a FAN o FÁÑEZ, en cuyo caso no parece que haya documentación que permita desentrañar el alcance de su significado, o

b) Que tenga origen latino y entonces procedería de *fanum* > ‘templo’, de donde *fanare* > ‘consagrar’ o ‘circuncidar’, toda vez que los varones que eran dedicados al templo lo hacían mediante su circuncisión,



Vista parcial de Huete.

esto es, escisión del prepucio, o, si se quiere, operación que consiste en el corte o extirpación total o parcial del báano. Del latín *fanare* se deriva *fanar* y *fanado* que por extensión y en sentido figurado pasa a significar ‘mutilar, cercenar’ o ‘mutilado, lisiado’. En leonés antiguo, y no hay que olvidar que en su origen el castellano bebe de dicho dialecto, emplean la variante con [ñ], dando FAÑAR O FAÑADO con idéntico sentido de ‘mutilar, cortar, dejar mocho’, de donde surge FAÑEZ. (Tal vez, y es pura disquisición, algún ancestro de Alvar Fáñez estuviera consagrado al templo o por el contrario padeciese algún tipo de mutilación que sirviera de base a un alias o apodo, como paso previo a su consolidación patronímica).

En cualquier caso y concretando, el proceso evolutivo inverso del nombre sería:

Alvarañez > Alvar Háñez > Alvar Fañez ► Fañez > fañar > *fanare*

Las variantes populares utilizadas por las gentes de Huete son Alvarañez y Varañez, aféresis a la que ha quedado reducida la referencia a ALVAR FÁÑEZ o ÁLVAR HÁÑEZ, que no es otro que el personaje épico histórico Alvar Fáñez de Minaya, considerado por alguno sobrino del Cid Campeador y capitán de la corte de Alfonso VI de Castilla (+ 1114).

Este personaje participó en la conquista de Toledo (1085) y actuó repetidas veces como embajador de Alfonso VI ante los reyes de Taifas. Fue lugarteniente del citado monarca en Valencia (1085-1086) y se convirtió en

el auténtico dueño de la ciudad. En 1093, el rey Alfonso VI emplazará en esta zona alcarreña guarniciones militares cristianas, al mando de las cuales se encuentra Álvar Fañez de Minaya. En 1108 tomó parte en la batalla de Uclés y poco después se le encargó el gobierno de la ciudad de Toledo, que defendió de los ataques de los almorávides (1109). Murió en un combate en defensa de doña Urraca contra las milicias de Segovia, partidarias de Alfonso I el Batallador.

Se tiene por cosa cierta que cuando Ruiz Díaz de Vivar conquistó muchas poblaciones castellanas a los moros, entre otros caballeros traía consigo a Alvaráñez su Capitán, quien ganó Guadalajara y prestó otros múltiples servicios a su tío y señor El Cid, y así cuando este conquista Valencia, después de una dura resistencia de los sarracenos y con el fin de congraciarse con el rey, envía a Alvar Fañez con ricos presentes y la solicitud de gracia para conseguir permiso y llevarse a su corte valenciana a doña Jimena y a sus hijas, doña Elvira y doña Sol. Así lo pone de manifiesto el siguiente poema, recogido por Menéndez Pidal:

Llegó Alvar Fáñez a Burgos  
a llevar al rey la empresa  
de cautivos y caballos,  
de despojos y riquezas,  
con cien llaves de las villas  
y castillos que rindiera.

Los que a lo lejos vían  
piensan que es gente de guerra,  
y en grande alegría tornan  
al saber del Cid las nuevas.

Entró Alvar Fáñez al rey,  
y pidiéndole licencia,  
besóle lo mano y dijo:

- Rey, reciba vuestra alteza  
de un hidalgo desterrado  
la voluntad por ofrenda.

De aqueste don que te envía  
toma solamente en cuenta  
que es ganado de los moros  
a precio de sangre buena;  
que con su espada en dos años  
te ha ganado el Cid mas tierras  
que te dejo el rey Fernando,  
tu padre, que en gloria sea.

Y una merced sola pide  
el Cid, que tu mano besa,



*Panorámica de la ciudad vista desde el Cerro Alvaráñez.*

y te suplica le envíes  
sus hijas y su Jimena;  
salgan de su soledad  
de San Pedro de Cardaña  
y vayan a ser señoras  
de la ciudad de Valencia<sup>5</sup>.

Por los datos que se tienen, la presencia del personaje en Huete y tierras limítrofes es manifiesta, como lo patentiza y avala el hecho de que a muy poca distancia, junto a Garcinarro, existe una pequeña aldea denominada Castillo-Alvaráñez.

Testigo inequívoco en el tiempo de la relación de nuestro héroe con Huete es el cerro que lleva su nombre. Se encuentra a un kilómetro escaso al sureste de la ciudad y por los restos encontrados, parece que en él se situó el Istium romano, según testimonio de Amor Calzas<sup>6</sup>, quien dice: *“La tradición conserva que en él edificó Alvar-Fañez un palacio-castillo en 1081 cuando rescató á Huete del poder de los moros... y por haberse observado en todo el perímetro del cerro cimientos más profundos que los que tuvo el palacio de Alvar-Fañez, se vino en conocimiento de que éste pudo ser edificado sobre las ruinas de un pueblo romano que allí debió existir”*.

5 Recogido por Menéndez Pidal en *“Flor nueva de romances viejos”*

6 *Op. cit.*, pág. 82.

Alvar Fañez edificó este castillo para conseguir la conquista de la plaza y la ciudad le dio su nombre como tributo de agradecimiento al capitán cristiano. Además “*Juan de Briones Valdelomar, hacia 1600 compone un poema heroico en el que habla de Huete, de su fortaleza y del valeroso conquistador Alvar-Fañez*”, del que es parte el siguiente fragmento que recoge Juan Antonio Alique y Esteban en su manuscrito: *Noticias sobre la fundación de Huete*, que hoy se conserva en los fondos particulares de don Manuel de Parada y Luca de Tena:

Un cerro yace en no remota parte,  
que Varáñez siempre ha sido y es llamado,  
porque desde él con grande astucia y arte  
fue este invencible pueblo conquistado  
por Alvar-Fañez, valeroso Marte,  
del bravo Cid sobrino, muy amado.

En el Cerro Alvaráñez se han encontrados restos prehistóricos y romanos de gran valor, destacando entre todos ellos ‘la cabeza de toro’ de cerámica ibérica, fechada en el siglo VI (a. de C.), que parece sirvió de base para la elaboración del toro ibérico conquense, símbolo de la tierra. La citada joya se encuentra expuesta en el Museo de Cuenca.

Se realizaron excavaciones importantes en 1854 y en 1879 y según Amor Calzas<sup>7</sup> encontraron: “*sobre todo, monedas de Emperadores romanos, Príncipes godos y de antiguos reyes de Castilla, restos de vasijas romanas, mosaicos...*”. Hoy todo está cubierto por tierra y maleza y tan sólo se aprecian unas catas pequeñas, abiertas no hace mucho, en las que quedan al descubierto estructuras de grandes sillares, sin duda pertenecientes a una construcción sólida y de importancia.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pág. 82.

## ANZORITA, LA

Manantial, fuente y paraje que se sitúa al noroeste de la población, en el camino de Moncalvillo. Con respecto al nombre se han registrado las variantes de La Anzorita y Fuenzorita. En el paraje se encuentran restos de posibles tumbas visigodas, y no muy lejos una cueva o choza llamada de La Inclusa.

Anzorita es vocablo no localizado por sitio alguno y que se estima puede estar formado, en su parte léxica, por *hanzo* > ‘bonanza’, ‘placer’, más el sufijo *-ita*, con epéntesis de /r/, y que de ser así se debería escribir con |h-| por su base etimológica. Tal interpretación parece tener sentido por lo que de placentero pueda tener la fuente y su paraje, conocida también, como ya se ha dicho, por FUENZORITA.



*Restos que se aprecian en algunas de las catas realizadas en el cerro Alvaráñez.*



*Enterramientos de La Anzorita.*

El *Diccionario de Autoridades* define HANZO como “Alegría y placer. Es voz antigua”.

Terreros y Pando señala “voz antigua vascongada de *antzoa*, *antza*”, con el significado anterior.

Corominas [DCEH,I,620], en BONANZA, documenta hanço > ‘hanzo’ en las *Coplas de Mingo Revulgo* y señala que es voz poco conocida utilizada en un número reducido de textos pastoriles de los siglos XV y XVI; entiende que viene de \bonanzo\ mal separado y que se trata de una acepción de *bonanza* > ‘tranquilidad’.

La variante Fuenzorita sugiere otra posibilidad no despreciable para el topónimo en cuestión y es que podría ser voz de etimología árabe, según Corominas [DCEH,VI,132], procedente de [ʔar̄n] (léase ZURI) o [ʔar̄an] > ‘silvestre’, de donde *zur* o *zuric* > ‘paloma silvestre’, onomatopeya que pretende imitar la voz gutural de este tipo de palomas y que se viene aplicando en el castellano tradicional a la ‘paloma zurita’, lo que lleva a pensar que el nombre de Fuenzorita se deba a que este tipo de aves, abundantes en la zona, bebían en esa fuente.

## ATIENZA

Etimológicamente es palabra que deriva de *entenza*, *entienza* con el significado de ‘disputa, contienda, discordia’. Berceo recoge las siguientes variantes evolutivas *entença* > *entencia* > *entiença*, con el significado señalado y Corominas [DCEH,V, 460] aclara que posteriormente, y en cuanto a contienda, paso a designar nombre de lugar. No obstante es Tilander<sup>8</sup> quien matiza tanto el término como su significado, al aclarar que *Entiença* posteriormente *Atienza* significa ‘lugar disputado’.

El Atienza medieval de Huete y consecuentemente el vocablo actual, nada tiene que ver con la citada etimología, toda vez que el término lo traen consigo y lo implantan los pobladores que procedentes de este pueblo guadalajareño, al que sí es de aplicación el origen señalado, se afincan en Huete. Sí pudo haber un cierto paralelismo, ya que históricamente, la Santa María de Atienza optense fue objeto de distintas disputas, toda vez que se supone fue construida como mezquita por el gobernador árabe Almon-al Cid y por conquista de Alfonso VI se transforma en iglesia y es consagrada a Nuestra Señora de Atienza; en 1172, cuando Huete pasa de nuevo a poder moro, vuelve al culto mahometano, produciéndose en este momento la leyenda tradicional de la vela que lució más de trescientos años<sup>9</sup>, hasta que definitivamente pasa al culto cristiano.

Así, sin alterar para nada el origen etimológico del término y aunque el Atienza presente procede de Guadalajara<sup>10</sup>, arraiga tan profundamente en estos lares que es utilizado para denominar el barrio, la parroquia, la iglesia y una de las antiguas puertas de la muralla y, aunque hoy han des-

8 Gunar TILANDER: *Los fueros de Aragón, según el manuscrito 458 de la B.N. de España*, p. 466.

9 Amor Calzas en obra citada, pág. 46, lo narra así: “Según cuenta la tradición, los cristianos de Huete antes de entregar la plaza, con el fin de que no fueran profanados por los moros, escondieron en la bóveda de este templo la imagen de la Virgen y la Reserva del Santísimo Sacramento con una vela encendida, que estuvo luciendo más de trescientos años sin consumirse, y que los optenses, movidos por tan patente milagro, y con el fin de perpetuarlo, hicieron un colosal cirio, introduciendo la referida vela en el corazón de él. Este cirio se halla en la iglesia de San Nicolás de Medina, de donde se saca en andas en la procesión de San Juan Evangelista”.

10 El mismo origen foráneo que Atienza, tienen en Huete los términos: Almazán, que dan nombre a parroquia y puerta de muralla; Ávila; Castejón, que denomina a parroquia, iglesia y puerta de muralla; Daroca, puerta; Lara, parroquia, y puerta y Medinaceli, apocopado en Medina, parroquia, iglesia, y puerta de muralla.



*Ruinas de Santa María de Atienza.*

aparecido algunos de esos elementos, el patronímico se conserva con toda vigencia.

Atienza y la extensa historia de Huete son inseparables dado que dicho nombre es aplicado a distintos ámbitos, y todos ellos marcan un capítulo en la historia local, desde de la Puerta de la Muralla hasta el del barrio, desde la parroquia a la Iglesia. Para su consolidación es de suponer que el nombre de Atienza lo asumiera, en primer lugar, el espacio territorial extramuros en que se afincaron los pobladores procedentes de dicha villa alcaarreña. Así, este asentamiento es lo que hace que la puerta correspondiente de la muralla sea bautizada con tal nombre. En estos primeros tiempos, el barrio naciente no sería demasiado grande, se iría desarrollando y con tal motivo se construiría la Iglesia de Atienza y a su alrededor la parroquia. Al principio es de suponer que el lugar sería un espacio anodino habitado por gentes rurales que no se diferenciarían en mucho de los habitantes de los otros entornos optenses.

Es la historia y sus acontecimientos los que marcarán su evolución y cambio. Será la zona de Atienza la que acogerá a la población judía que en principio fue llegando a Huete como consecuencia de la presión que hacia 1390, y debido a las feroces corrientes antijudías que se despiertan en las ciudades, hacen que estos se refugien en los pueblos, lo que motiva que

lleguen a esta población un buen número de ellos y Atienza se convierta en el barrio hebreo.

Paralelamente, con la dominación árabe y la llegada de gentes agarenas, éstas, por coherencia, se asienten agrupadas en otra zona de la ciudad, que sería el posterior Barrio de San Gil, después habitado por los mudéjares, que no eran otros que los musulmanes que vivían en territorio reconquistado por los cristianos, sin renunciar a su religión y que más tarde, presionados y perseguidos, irían renunciando a ella.

Sendas barriadas, a lo largo del siglo XV, fueron guetos perfectamente diferenciados cuyos moradores tuvieron que aguantar las presiones del cristianismo popular de la Edad Media que arremete por igual contra moros y judíos, ante lo cual se produce la conversión bastante masiva de ambos, aunque siguieron siendo perseguidos más sañudamente, especialmente por los conversos sinceros.

Que eran población presionada, separada y diferenciada lo demuestra el siguiente párrafo del acuerdo tomado por el Concejo de Huete ante la visita de don Enrique, Infante de Aragón y maestre de la Orden de Santiago, el 9 de septiembre de 1440 y que dice así:

*“...e que en pos de aquestos que vaya el pendón del oficio de la lana...e carpenteros... e en pos de aquestos vaya el pendón de la cibdad el cual lleve el alguacil en somo de so caballo...”*

*Otro sí que los moros sean prevenidos de salir e ir delant el pendón de los dichos carpenteros danzando.*

*Otro sí que los judíos vayan con sus atoras, rasgadas sus alegrías detrás del pendón de la cibdad...”*<sup>11</sup>

Así, son las circunstancias históricas las que hacen que se afiancen las dos comunidades, pacificadas poco a poco y en la medida que fue progresando el cristianismo, consolidándose los dos barrios tradicionales.

11 Dato sacado de un trabajo de Juan Gómez Carrasco obtenido por Internet.

## BORBOTÓN

*Borbotón* es la pompa que forma el agua que mana o nace en un manantial. Erupción violenta que hace el agua al brotar y salir a la superficie. El DRAE recoge una definición similar en *borbollón*.

Igualmente en *borbollón*, Cavarrubias dice en su *Tesoro de la Lengua*, que es “*el golpe de agua que sale por algún caño o agujero, que con la abundancia, saliendo de golpe, hace un sonido de bor bor, de donde tomó el nombre. Salir a borbollones cualquier cosa líquida es salir con ímpetu*”, definición en la que el autor sigue su tendencia a poner de manifiesto el carácter onomatopéyico de las palabras.

Etimológicamente Corominas [DCEH, I,623] dice que *borbollar* surge de la reduplicación de *bolbollar* y esta del latín [bullare] > ‘burbujear, derivada de [bulla] > ‘burbuja, que por cruce con \brotar\ resultó *borbotar* >



*Nacimiento del río Cauda, popularmente conocido como Borbotón.*

‘nacer el agua impetuosamente’, de donde surgió posteriormente BORBOTÓN, voz que se documenta ya a mediados del siglo XV, en Gómez Manrique. El proceso evolutivo habría sido el siguiente:

BULLA > BÜLLARE > bolbollar + brotar > borbotar > BORBOTÓN.

En Huete se denomina así, como lugar base, a un manantial de agua salobre<sup>12</sup> situado a unos dos kilómetros de la villa, al pie de la carretera que lleva a Carrascosa del Campo. Genera un caudal aceptable de agua, suficiente para formar un riachuelo, el Borbotón, que riega las tierras que lo circundan formando la pequeña vega del mismo nombre, capaz para nutrir a la población de los productos hortícolas necesarios. Ese arroyejo, cuyo verdadero nombre es río Cauda, se desplaza en dirección al pueblo hasta unirse al río Mayor, en el que desemboca.

Próximo al manantial hay una fuente con igual nombre, que en otros tiempos manaba agua de excelente calidad, la cual saciaba la sed de los optenses que hasta ella llegaban en sus paseos; también era utilizada como abrevadero de las caballerías que por allí pasaban. Curiosamente, esta fuente no se nutría del agua del manantial, que como ya se ha dicho es salobre sino que, mediante una desviación con arcaduces, de la que quedan algunos restos, procedía de un viaducto próximo, el de Valdilongo. Tal canaleja abasteció de agua a la fuente hasta 1996 en que dicha conducción fue eliminada

12 Aguas que tienen cierto grado de salinidad. Se aplica a las fluvio-marinas, en contraposición a las saladas o totalmente marinas. En Huete, con poca salinidad, no son válidas para el consumo humano, pero sí para ciertos menesteres domésticos y para beber el ganado.

por deterioro y desde entonces el líquido que fluye de la fuente del Borbón llega a través de una nueva red procedente de los depósitos del pueblo.

## CALZADILLA, LA

Diminutivo de *calzada*, nombre que los romanos daban a sus carreteras o vías de comunicación y que según Corominas [DCEH,I,742] procede del latín [cals] > 'cal', por ser usado este producto en la construcción de las mismas, con el fin de dar consistencia al firme<sup>13</sup>.

La calzadilla que pasaba por Huete era de las estrechas, por lo que se consideraba secundaria, y establecía la comunicación entre dos vías principales, siendo utilizada en las comunicaciones y comercio básico de la zona, como el del espejuelo.

La calzadilla en cuestión, que Palomero Plaza<sup>14</sup>, a quien seguimos, designa con las siglas IA, comunicaba Ercávica, Istonium u Opta, Urcesa y Segóbriga, empalmando aquí con la calzada principal IB, que viene de Complutum a Cartagena, puerto que utilizaban para embarcar el *lapis specularis* o espejuelo extraído de las minas de la zona.



Croquis parcial de las calzadas romanas de la provincia, según Martín Almagro.

El citado Palomero<sup>15</sup> nos dice que esta calzadilla de Huete viene desde Segontia por la provincia de Guadalajara, entrando en Cuenca por Sacedón, pasa por 'La Isabela', hoy bajo las aguas del pantano de Buendía y cuyas ruinas aún se ven en los años de gran sequía, llegando a la ciudad hispano-romana de Ercávica, y en dirección sur, discurriría bajo la 'cañada ganadera a Soria' que sigue este curso, hasta acercarse a Istium u Opta, ele-

13 Las calzadas romanas suelen tener de 4 a 6 metros de ancho y una profundidad de firme entre medio y un metro, lo que les proporcionaba gran solidez; ello permitió su utilidad a lo largo de los siglos, incluso que sean reconocibles en la actualidad.

14 Para profundizar en las vías romanas se recomienda el trabajo de PALOMERO PLAZA, S.: *Las vías romanas en la provincia de Cuenca*.

15 Op. cit. págs. 107 y ss.

vando su altitud hasta “los 850 metros como consecuencia de la aproximación que la calzada realiza para pasar por las cercanías de las minas de La Mudarra. Deja al este diversos yacimientos, entre ellos el del ‘Cerro de Alvar Fáñez’ en Huete”. Sigue hacia Loranca, desde donde, en un trazado totalmente recto, continúa por el término de Carrascosa del Campo por el Camino viejo de Valdejudíos, atravesaría el río del mismo nombre y siguiendo su curso “cruzaría el kilómetro 110 de la actual carretera nacional Madrid-Valencia y llegaría a Villas Viejas”, enclave perteneciente al municipio de Huete situado entre los términos de Saelices y Montalvo y nombre actual de la ciudad prerromana de Fosos de Bayona<sup>16</sup> donde empalmaría muy cerca de Segóbriga, con la calzada principal de Complutum a Cartagena.

16 Parece que recientemente se está considerando la posibilidad de que este sitio se identifique con la ciudad romana Contrebia Cárlica, que citan las fuentes históricas, la cual fue destruida hacia el siglo I a. de C., pasando su población, según parece, a la cercana Segóbriga y a Huete (Istium).

### CARCUNDA, AGUJEROS DE

Carcunda es voz procedente del gallego-portugués, que se produce por alteración de CORCOVA, dando primero *corcunda* y posteriormente *carcunda*, con el significado, en sentido figurado de ‘joroba’ y ‘jorobado’. *Corcunda* > ‘joroba’ se explica como deformación jocosa de *corcova* por influjo de voces semicultas, especialmente *iracundo/a*, otra de las cualidades que se atribuyen a los corcovados o gibosos.

En gallego es voz familiar equivalente a egoísta, miserable, esto es, persona que se disculpará siempre con tal de no comprometerse en un céntimo. Del gallego o del portugués, el vocablo pasó al castellano y, según Corominas [DCEH, I, 864] “el paso de ‘jorobado’ a ‘egoísta, avaro’ es comprensible por el carácter envidioso que se atribuye a los afectados por esta deformación corporal”.

Respecto al término agujero, referido en este caso a los de Carcunda, no hay que olvidar que son covachas con la entrada más o menos redondeada, por lo que toman este nombre.

Físicamente son un conjunto de habitáculos horadados en la tierra que bien pudieron ser moradas cavernícolas. No existen datos fehacientes de su utilidad en ningún tiempo, por lo que se puede especular, aunque según opinión personal de una letrada optense, nunca difundida, tal vez fueran eremitorios alto medievales, que en su día cobijaran a un buen número de eremitas<sup>17</sup>. La idea quizá merezca la pena ser investigada.

Situados a poco más de un kilómetro de la ciudad, se llega a ellos por el Camino del Batán. Todos tienen una estructura similar, ya que, en un lateral y hacia el fondo, hay una especie de meseta o poyo que debía servir de camastro, pues tiene las dimensiones justas para colocar en él un jergón y escasa altura, lo que impedía que sus moradores pudieran estar totalmente erectos, de donde, posiblemente, surgiera el nombre de Carcunda.

En cualquier caso resulta innegable la sonoridad, lindeza y bonitura del término.

17 Eremita es el asceta que vive en soledad, a diferencia del ermitaño, que además atiende una ermita. Los eremitas eran y son los cristianos que se retiran a lugares apartados para dedicarse a la vida contemplativa que fue la primera forma de vida religiosa conocida.



*Posibles eremitorios que se ubican en distintos parajes del lugar como las Cuevas o Agujeros de Carcunda.*

## CAUDA

La palabra Cauda se utiliza en Huete para denominar a un río y a un peñasco aislado.

Esta voz es cultismo vigente procedente del latín CAUDA > ‘rabo’, ‘cola’.

Al ser término totalmente latino y sin evolucionar, sólo cabe pensar que en la época del Huete romano, cuando esta ciudad tenía por nombre Istonium, los latinos que poblaron sus tierras dieran este nombre al río, tomado en sentido figurado, por lo que pudiera tener de parecido con un rabo o cola.

Podría ocurrir que CAUDA tuviese algún tipo de relación con *Caudal* como ‘corriente abundante de agua’, lo que en este caso concreto no se cumple, salvo por lo que tenga de regular su curso, ya que caudal figuraba en la edad media como *capdal*, usado como adjetivo en *agua capdal* > ‘río caudaloso’, y así lo utiliza ya Berceo.

En mozárabe se empleaba *qabtâl* (caudal) como ‘conducción de agua’.

No obstante, entre las posibilidades señaladas, parece lo más verosímil que sea un cultismo puro conservado.



*Piedra Cauda.*

El nombre histórico de Cauda, por el que tradicionalmente conocieron los optenses al río Borbotón, ha decaído hasta límites insospechados y, en la actualidad, los mapas lo denominan Borbotón, quedando Cauda reducido a la memoria histórica, o en el mejor de los casos, en boca de los mayores del lugar.

En el centro de la vega del Borbotón existe un peñasco aislado de arenisca silíceo, de dimensiones apreciables, que llaman **Piedra Cauda**, posiblemente más monumental en otros tiempos, dado que se aprecian los efectos de la erosión, la cual, por sus característica y ubicación próxima a la urbe, no parece descabellado pensar que, en épocas ancestrales se constituyera como centro de celebraciones rituales de algún tipo.

### **CHOZA DE SAN LÁZARO**

Según información recabada, la Choza de San Lázaro era una pequeña cueva, donde al parecer, en otros tiempos, hubo una ermita y uno de los hospitales de la ciudad, ambos con idéntico nombre al señalado. La misma fuente nos indica que se encontraba situado en las inmediaciones de la estación del ferrocarril, a la izquierda de la misma y un poquito antes de llegar a ella. Hoy ha desaparecido todo vestigio de la ermita, hospital y

choza y sobre la zona en que en otros tiempos se ubicaron, han levantado una batería simétrica de silos metálicos. En la actualidad, solamente queda el topónimo del paraje en cuestión.

A partir de este, se inicia la investigación y toda la información coincide con el nombre señalado y la existencia de una cueva horadada en la tierra, que, en tiempos cercanos era utilizada como refugio por gitanos y otros tipos de indigentes, hasta ser arrasada para construir los mentados silos. También hay coincidencia en señalar que en épocas anteriores hubo una ermita bajo la citada advocación.

Igualmente, las fuentes de transmisión oral<sup>18</sup> consultadas hicieron referencia a la existencia de un hospital en la zona, aunque no hay un criterio único al respecto, toda vez que otras informaciones disienten. De ser así, y por situarse a una distancia suficiente de lo que era la villa histórica, unido al nombre específico que recibe, procedente de Lázaro, personaje del evangelio de San Lucas que padecía lepra y fue curado por Jesús, podría haber sido un lazareto. Históricamente el término LAZARETO ha sido empleado para designar al establecimiento sanitario que atendía y atiende a estos enfermos lacerados o que padecen el mal de San Lázaro u otros infecciosos.

Como justificación de la posible existencia también de un hospital, es que de forma generalizada, en toda la Península coexistían, dentro de la misma fábrica y bajo la advocación de San Lázaro, ermita y lazareto, como ocurrió en Cuenca capital, donde hoy se sitúa la Virgen de la Luz. Ambos componentes formaban una simbiosis que igualmente pudo tener vigencia en Huete, dada su relevancia histórica. Y no sólo esto fue realidad en nuestro entorno sino que era hecho bastante generalizado. Así, por ejemplo, lo encontramos por varios lugares de Galicia, entre ellos la villa de Noia donde hubo un barrio de Lazerados, del que solamente se conserva una ermita con el nombre de San Lázaro; en Ribadavia existe una capilla dedicada a San Lázaro que, además, es el único resto de una leprosería; en Zaragoza está documentado en 1196 el Hospital de San Lázaro de leprosos, cercano al Puente de Piedra; en Alagón, dentro del Camino Jacobeo del Ebro, está argumentada la existencia de una leprosería de San Lázaro en 1220; en Medina del Campo existió el Hospital de San Lázaro el Rico o de los Caballeros, leprosería que además atendía las enfermedades contagiosas, desaparecido en el siglo XVI; en Barcelona, las Hermanas Hospitalarias de Santa Cruz, atendían el Hospital de San Lázaro, que era la leprosería vigente en los siglos XIX y XX; en Sevilla, al final de la Avenida del Doctor Fedriani, se encuentra la fachada del Hospital de San Lázaro, fundación medieval que en su día fue leprosería con interesante capilla mudéjar aún conservada, etc., etc.

A partir de la información señalada, y realizadas las averiguaciones pertinentes, parece que en Huete, según datos facilitados por don Manuel de Parada y Luca de Tena, solamente están documentados a lo largo del tiempo, los hospitales de Los Ángeles, Santa Catalina y San Juan, a la vez que

18 La transmisión oral, de siempre utilizada por el hombre, suele tener base real y consecuentemente su grado de fiabilidad es aceptable aunque haya que pasar el dato por el tamiz del tiempo, dado que este puede haberlo modificado. Así ocurre en el caso que nos ocupa, en el que prevalece exclusivamente el topónimo, pero como choza y no como hospital o ermita, ya que como tales desaparecieron hace siglos.

hay pruebas escritas sobre la existencia de la Ermita de San Lázaro, posiblemente cercana al camino de Moncalvillo. Para ello remite a un documento de 1593, por el que Diego Jiménez, personaje óptense, testó desde El Callao y en ese testamento menciona el citado santuario, al referirse a “una haza de tierra, cercana a la Ermita de San Lázaro, junto a un riachuelo”.

Amor Calzas para nada hace referencia a San Lázaro como hospital, en cambio sí da noticia de la ermita, con la siguiente referencia: “*Lindando con la choza de su nombre estuvo esta ermita, que existía en 1618, puesto que el Domingo de Pasión del mismo año dijeron en ella la Misa á la vuelta de la procesión, que, saliendo de San Nicolás de Almazán, iba á la Cruz Cerrada del Camino de Cuenca. (Archivo de Curas)*”<sup>19</sup>.

19 Ob. cit., Pág. 51.

De la misma manera, José María Sánchez Benito afirma la existencia del hospital de San Lázaro y dice al respecto para situarlo: “... y el segundo, lejos del caserío, colocado debajo de la horca, al lado del riatillo de las Fuentes, por donde trabajaban los curtidores, ya documentado en el siglo XIV. Tanto en uno como en otro había ermita”<sup>20</sup>.

20 José M<sup>a</sup> SÁNCHEZ BENITO: “La estructura urbana de Huete en el siglo XV”. Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, n<sup>o</sup> 7, págs 65-102.

En cualquier caso, queda claro que el topónimo es algo real en la historia de Huete, bien sea como ermita, como hospital o como choza, y que dicho nombre permanece vivo en la memoria colectiva de sus gentes, a pesar de no existir actualmente restos materiales de los citados elementos.

## COSOS, LOS

Paraje y fuente situado a tres kilómetros del pueblo, en dirección a Cuenca donde, actualmente, se practica el parapente, entre otros ejercicios aéreos.

Cavarrubias dice con respecto al voquible *coso*: “campo donde se lidian los toros, *quasi corso*, porque los corren allí”.

Salvá señala “sitio o lugar... donde se corren y lidian los toros, y se ejecutan otras fiestas públicas; antiguo “curso o carrera”. Zerolo “espacio donde se corre”. Pagés “ del latín *cursus*, espacio donde se corre; Plaza, sitio ó lugar cercado, donde se corren y lidian toros, y se ejecutan otras fiestas públicas; calle principal, en algunas poblaciones; curso, carrera, corriente”.

Se podrían incluir otras fuentes, pero las señaladas son suficientes para hacerse una idea exacta del significado de “coso”. La voz procede del latín [*cursus*] > ‘espacio donde se corre’, siendo palabra que se remonta a los orígenes del idioma.

No parece haber relación entre la etimología del vocablo y el paraje de referencia, salvo que se escape algún dato que no se ha podido localizar.

## HITARES, LOS

Paraje situado al oeste de la población cuyo nombre parece derivarse de *hito* > ‘mojón’, que no es otra cosa que el jalón de piedra utilizado para marcar los límites de un territorio o propiedad y para conocer la dirección de los caminos. Por lo general son mojones de piedra labrada con las mismas características para cada espacio a marcar.

Etimológicamente *hito* es adjetivo antiguo del idioma que significa ‘clavado, hincado’ y utilizado como sustantivo, ‘mojón’. En ambos casos procede del latín [fictus], participio pasivo de [figere] > ‘clavar’. De hito se deriva *hitar* > ‘amojonar’ y de este *hitares* > ‘zona de hitos o mojones’.

Posiblemente este nombre se aplique al paraje en cuestión por ser zona de pequeñas propiedades lo que supondría la abundancia de hitos.

## INCLUSA, LA

Lugar situado dentro del paraje de La Anzorita o Fuenzorita, próximo a la denominada Fuente Duz, a unos cuatro kilómetros de la villa en dirección a Garcinarro. Hoy solamente queda una cueva profunda en roca viva, con entrada en arco, y algunos restos de sillares y otros materiales pero sin huellas de edificación alguna.

Allí parece que había un pequeño poblado o caserío, según cuenta la tradición y manifiestan los informantes, y en él se ubicaba un monasterio u hospital dedicado a recoger a los niños expósitos o incluseros, lo que dio nombre al paraje que se estudia.

*Inclusa* es voz que viene del latín *inclūsa* > ‘cerrada’ y esta de *clausūra* > ‘acto de cerrar’. El vocablo se usaba en el bajo latín para designar “una especie de santuario o priorato monacal desarrollado a las orillas del Rin con fines misioneros”, según Corominas [DCEH, II, 97-98]. dice que es “La casa u hospital donde se recogen y crían a los niños expósitos. Parece que se llamó así por ser la casa en que se encierran, y que contiene estos niños”. Por tanto la inclusa es el edificio donde los niños expósitos son recogidos y criados.

Además de los datos verbales facilitados por los informantes, encontramos referencia escrita en Amor Calzas, quien menciona el Hospital de la Inclusa y lo sitúa en el paraje descrito, del que dice: “recibió ese nombre por haber sido destinado primeramente a recoger a los niños expósitos, y después para curar en él a los atacados de enfermedades contagiosas”.

Dicho autor no aporta fuentes que corroboren sus afirmaciones, aunque inserta alguna anécdota en relación con dicha institución, como que debió ser destruido a mediados del siglo XVII.

## MARES, LAS

Zona situada a unos tres kilómetros al oeste del núcleo urbano, formada por una serie de hoyas o lagunas, en las que, avanzado el invierno, en los años de abundantes precipitaciones, el agua brota y se acumula, alcanzando distintas alturas en proporción con la cantidad de lluvia y nieve caída.

Forman extensiones líquidas de tamaño aceptable para la zona, a las que le han dado este nombre, en primer lugar por la naturaleza salobre de sus aguas; en segundo, por el tamaño, aplicando el sentido figurado, tal vez no exento de ironía y, finalmente, dado que son varias superficies discontinuas de agua salobre, en vez de una gran laguna, surge el plural.

Llama la atención el uso del género femenino, máxime cuando actualmente está generalizado el masculino, salvo entre las gentes marineras.

Históricamente, en latín, fue nombre neutro que se generalizó en todos los romances, con suerte varia respecto al género, coexistiendo en castellano ambos y así Nebrija recoge por un lado *mar honda*, *mar somera* y por otro *mar océano*, *mar estrecho*, *mar bermejo* y *mar mediterráneo*. Esta tendencia a usar ambos géneros es frecuente en la Edad Media, mientras que en el Siglo de Oro los marineros ya muestran preferencia por el femenino. El *Diccionario de Autoridades* recoge exclusivamente el femenino. La última edición del DRAE omite toda referencia de género, por lo que se debe interpretar que ambas formas son válidas.

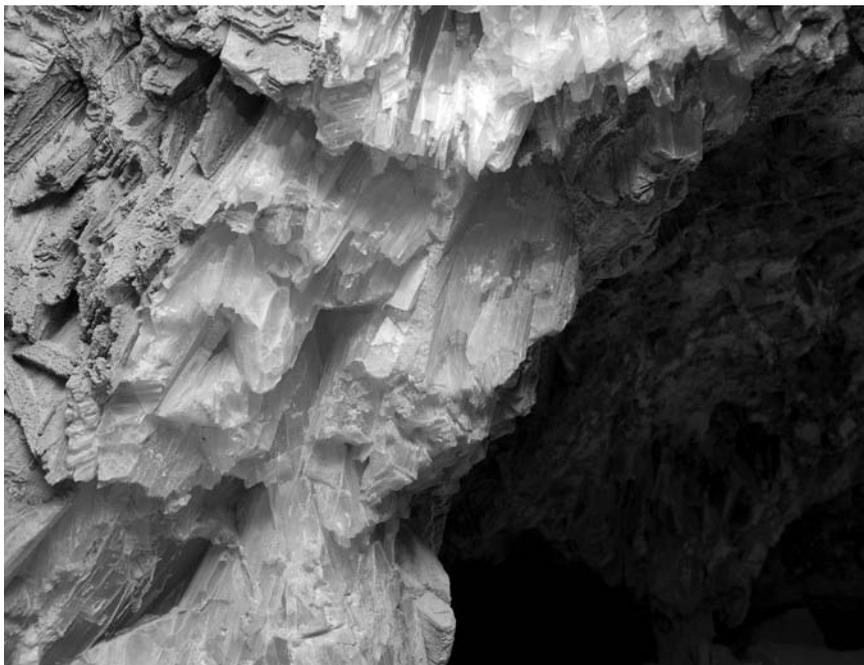
En cualquier caso el uso del femenino tierra adentro pone de manifiesto que el nombre de este paraje tiene ya algunos siglos de antigüedad.

## MUDARRA, LA

Paraje situado a unos cinco kilómetros de Huete, a la derecha de la carretera de Garcinarro, al que se accede por un camino escabroso y en mal estado. Está formado por un conjunto de altozanos baldíos, con algunas zonas pobladas de pinillos nuevos, un tanto ralos y en otras más prósperos y vistosos, pero que en el mejor de los casos no superan el metro veinte de altura. La naturaleza del terreno es totalmente yesosa y en él abundan las lascas o lastras de espejuelo por toda la superficie.

Respecto a este topónimo nos encontramos con diversas opciones en el ámbito de su posible etimología y significación.

Mudarra es palabra procedente del árabe, posiblemente derivada del patronímico {*Mutarraf*} o {*Al Mutarraf*}, y esta de {*Darra'a*}, que hace referencia a la 'protección que se ponían los guerreros, semejante a una 'coraza' y también 'escudo'. Con esta palabra se denomina actualmente en Mauritania a la vestimenta de los hombres, caracterizada por la abundante cantidad de tela que la integra, que los defiende a la vez del calor y del frío



Muestra en la que se aprecia la pureza que presentan las lastras de “espejuelo” o [Lapis specularis].

y de otras inclemencias del tiempo. El prefijo |*Mu*| indica que alguien o algo tiene la propiedad que define el nombre.

Cabe una segunda posibilidad referente al término, a partir de *muharra* > ‘hierro que se pone en el extremo del asta de la bandera’, que recoge Martín Alonso en su *Diccionario Medieval Español*. Esta voz, que el DRAE incluye como *moharra* > ‘punta de hierro de lanza’, procede del árabe {*muhárrab*} > ‘afilado’, según Corominas [DCEH,IV,110], participio pasivo de {*harrab*} > ‘aguzar’, ‘afilar’, lo que dio *muharra* > ‘hierro afilado que se pone en el extremo superior del asta de una bandera’. Dado que esa |-h-| es aspirada, podría haber ocurrido que, aplicando la ley evolutiva correspondiente, ensordciera para convertirse en /t/ con posterior sonorización en /d/ y diera *mudarra*.

¿Cuál de las dos opciones sirvió de base para denominar el citado cerro?. ¿De dónde toman esta voz?.

El segundo supuesto ofrece alguna posibilidad, que sería más clara si se llamara Cerro de las Mudarras, puesto que es denominación paralela a Cerro de las Lanzas, idea no descabellada y en consonancia con otro paraje del lugar nominado Las Tiendas, topónimo también estudiado. Si hay unas ‘tiendas’, bien podría haber unas ‘lanzas’, pero el nombre viene en singular.



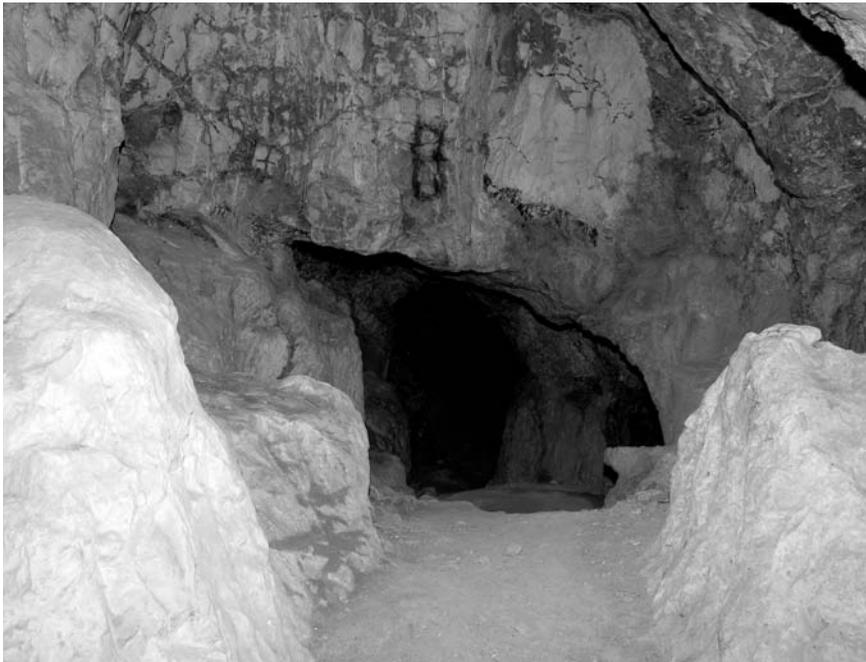
*Una de las entradas a la mina de espejuelo de La Mudarra.*



*Galería de entrada a la mina.*



*Chimenea respiratoria de las múltiples que abundan en La Mudarra.*



*Interior de la mina.*

Queda el primer supuesto, posiblemente más viable, ya que estaría tomado en sentido figurado, toda vez que cuando el moro llega a estas tierras, las minas de espejuelo hacía siglos que venían siendo explotadas por los romanos, y por las características, que incluso hoy se aprecian, estarían integradas por conjuntos de galerías subterráneas con distintas entradas y multitud de chimeneas respiratorias, que muy bien podrían simular un caparazón protector del yacimiento.

Posiblemente no sea válida ninguna de las dos opciones, pero ahí quedan y que cada uno acepte o rechace la que quiera, incluso ambas, pero lo cierto es que el término es bonito, sonoro y enriquece la toponimia del lugar. Lo que no ofrece duda es la procedencia árabe del término actual y Huete tiene mucho de agareno en su Historia. No obstante es de suponer que con anterioridad y concretamente durante la dominación romana, época en que se explota, debió tener otro nombre que se perdió en el devenir de los tiempos, al igual que tampoco llegaron los de otras minas importantes de espejuelo o *lapis specularis*, de la zona, que nutrían a Roma de este mineral, algunas perfectamente localizadas y accesibles, aunque en sus galerías se percibe hoy el deterioro producido por el paso de los siglos.

## TIENDAS, LAS

Tienda es palabra procedente del bajo latín antiguo {tenda}, derivada de {tendere} > ‘tender’, ‘desplegar’ que el *Diccionario de Autoridades* define así: “*Pabellón armado (de lienzo fuerte) tendido sobre palos, o estacas fijadas en el suelo, y aseguradas con cordeles, que sirve de alojamiento, o aposentamiento en el campo, especialmente en la guerra*”.

En Huete se conoce con este nombre a la planicie situada al pie norte de las murallas del castillo y que, según la tradición oral, es así denominada por haber sido allí donde acampó y plantó sus tiendas el ejército de Yacub ben Yusuf durante el sitio a la ciudad para reconquistar la plaza de manos cristianas.

A la muerte del rey de Murcia Ibn Mardanis, en 1172, - conocido por los castellanos como el Rey Lobo, amigo de Alfonso VIII -, el poder de los almorávides es sustituido por el de los almohades, guerreros más fieros, que atacaron y asediaron Huete, que estaba bajo el poder de D. Fernando, rey de León y tío de D. Alfonso, rey de Castilla, menor de edad, estando al frente de las tropas el citado califa Abu Yacub ben Yusuf. El 19 de julio la lluvia tan deseada comenzó a caer de manera abundante, de tal suerte que se llenaron los aljibes del castillo, lo que supuso que los sedientos y diezmados moradores del mismo tomaran nuevos bríos; ello dio lugar a que dicho reyezuelo levantara el sitio y marchara hacia Cuenca, después de cuatro largos meses de cerco.



*Vista panorámica del paraje conocido por Las Tiendas en el que se aprecia, a la izquierda, restos escasos de la muralla y al fondo el Cerro del Castillo.*

La conmemoración de tan señalada efemérides supondrá el nombramiento de las Santas Justa y Rufina como patronas de la ciudad.

## **VALDILONGO**

Valdilongo es voz compuesta por la suma de *valle* y *longo*, aunque dada la existencia de una preposición, posiblemente sea la reducción de *Valle de Longo* > ‘valle largo’ o incluso de *Valle de Langa*.

*Vál*, como reducción de valle, no ofrece duda al ser forma totalmente generalizada, como ocurre con Valparaíso > ‘valle del paraíso’, por poner un ejemplo.

A simple vista, *longo* es la base del segundo componente, precedido de preposición, como lo demuestra el hecho de que exista *delongar* > ‘alargar’, ‘prolongar’, así definido por el DRAE. En el caso que se analiza, la preposición, en un primer paso, se habría transformado en |dí| por disimilación de la /e/ de valle.

*Longo* es voz procedente del latín {longo} > ‘largo’, siendo término que se remonta a los orígenes del idioma, documentándose ya en las *Glosas silenses* y siendo de uso generalizado durante toda la Edad Media. De

la misma familia es otra voz muy usada en tierra conquense, especialmente por la zona manchega. Se trata de longuero, denominándose así a la porción de tierra larga y estrecha, lo que vendría a justificar que el elemento *longo*, que aquí aparece, resulta familiar en estas tierras y tiene vigencia en la actualidad.

Mirado más detenidamente y como ya se indicaba más arriba, posiblemente *longo* y *langa* procedan del mismo étimo. Simonet, y así lo recoge Corominas [DCEH,III,573], relaciona con LANCHA los nombres de lugar *Lanca* y LANGA y estos con el lombardo *lanca* > ‘cauce de río’.

Ello nos pone sobre la pista, posiblemente más ajustada, de que Valdilongo surja por evolución de “valle de langa”, cuyo femenino *langa* se masculinice por asimilación genérica con el sustantivo *valle* resultando *longo*.

Valdilongo es arroyo y valle que mutuamente se prestan el nombre, así como paraje dentro del término de La Langa, aldea minúscula perteneciente a Huete. Las fuentes en que nace el arroyuelo manan ricas aguas, y cerca de ese nacimiento es donde en 1770, Fray Marcos de Santa Rosa, de la Orden de Santo Domingo, señaló el lugar y se hicieron las prospecciones correspondientes con resultados positivos, según Amor Calzas. Se comenzó la canalización mediante una tubería de barro, a lo largo de unos veinte kilómetros hasta llegar a Huete, dirigiendo su trazado al Borbotón, tras atravesar el arroyo de la Aldehuela, a cuya altura construyeron un acueducto de nueve mil doscientos ochenta metros de longitud y un puente en medio para salvarlo, que recibe el nombre de Puente de la Aldehuela, pero que es conocido popularmente como Puente de los Siete Ojos.

No obstante, esta cañería de barro resultó tan deficiente, que al poco tiempo quedó inutilizada y no se reanudaría el proyecto hasta 1833, bajo la dirección del ingeniero Don Antonio Sanz, llegando el agua de Valdilongo a Huete de una manera definitiva el 20 de septiembre de 1870<sup>21</sup>.

21 Amor Calzas, Pág. 70.

## VIDRIOSAS, LAS

Paraje así denominado por la abundancia de lastras o láminas superficiales de espejuelo a las que los rayos del sol arrancan reflejos que brillan como si de espejos se tratasen.

*Vidriosas* es voz derivada de vidrio, por la semejanza que con este puede tener el espejuelo, dado que es yeso cristalizado en láminas brillantes y traslúcidas que los romanos empleaban en ventanales, claraboyas, transparentes y en general en todo tipo de tragaluz, a modo de los cristales actuales, en lugar del alabastro, mucho más caro y privativo de las clases elevadas.

En esta zona hubo una mina rica en ‘espejo de lobo’ o ‘espejuelo’, según denominación popular, que no es otra cosa, como ya se ha dicho, que el *lapis specularis*, mineral apreciado y explotado por los romanos que,

junto a la de La Mudarra, son las dos yacimientos más importantes que éstos tenían en Huete.

El mineral obtenido lo mandaban a Cartagena, a través de la calzada romana que pasaba por Segóbriga, donde lo embarcaban rumbo a Roma, al igual que sucedía con las numerosas minas de dicho mineral que abundaban por territorio conquense y muy especialmente en esta comarca de transición a La Mancha, destacando, además las de Carrascosilla, Saceda del Río, Torrejoncillo del Rey, etc.

## VISO DE SAN GIL

*Viso* es palabra que procede del latín {videre} > ‘ver’; {visus} > ‘viso’, y de siempre se consideró como el sitio alto desde el cual se tiene una vista amplia y se observa todo el panorama. Es la eminencia del terreno desde donde se vislumbra y descubre mucho espacio. La voz se remonta a los orígenes del idioma y se documenta ya en la *Crónica general* de Alfonso X, y en Berceo *Milagros de Nuestra Señora* en 1255.

Corominas [DCEH,V,773] reconoce el término como propio y muy utilizado en toponimia, anotando: “*viso tiene además el sentido, frecuente en toponimia, de ‘pruida’, collado desde el cual se empieza a ver un lugar*”.

Por otro lado, San Gil, en latín “el protegido o defendido”, era el ermitaño de origen griego, que vivió entre los siglos VI y VII, y que algunas leyendas piadosas lo estiman como hombre rico emigrado de Marsella que se estableció como anacoreta en un bosque próximo a la desembocadura del río Ródano y que pasado el tiempo edificó un monasterio. Por otra parte el santoral católico señala otro San Gil que fue abad de origen egipcio, que vivió en el siglo III (d. C.) y que se festeja el primero de septiembre y este es el que se venera en Huete.

Fue santo apreciado como muy milagroso, por lo que despertaba gran piedad y gozaba de mucha veneración en la Edad Media, época en la que se le consideraba como abogado de los pecadores, protector de pobres, tullidos, arqueros (por haber sido herido por una flecha), abogado contra el miedo y defensor contra las enfermedades de cáncer y epilepsia, llamada ‘mal de San Gil’.

Por Viso de San Gil se conoce en Huete un paraje situado al SO, a las afueras del pueblo, donde se ubica la ermita de San Gil, y en la que se cobija y venera a Santa Quiteria. Es un altozano, en su día fuera del pueblo, desde donde se divisaba una buena panorámica de toda la zona.

En todo este entorno es donde se asentó la población de origen árabe que llegó a Huete y dio lugar a lo que posteriormente sería el Barrio de San Gil, el cual, a medida que fue cristianizándose, tomó como elemento aglutinador al citado Santo y la ermita a él dedicada.

Según Jesús Gómez Carrasco, esta ermita fue fundada por los Templarios en 1206, la cual, al extinguirse esta orden, pasó a la de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén y posteriormente a la de Malta, en la que quedó integrada como priorato dependiente de la Encomienda de Peñalén. En 1272 se traslada a este oratorio la imagen de Santa Quiteria y, desde entonces, las mayordomías de la Hermandad de San Antonio Abad del barrio conservan y mantienen la imagen y la ermita.

## ZACATÍN

Palabra árabe, viva en Huete. La recogen diversos autores, entre otros Covarrubias “*Vide çacatin: vale ropavejero en Árábigo*”. Núñez de Taboada “*Plazuela o calle donde se venden ropas*”. Terreros y Pando “*lo mismo que plazuela. Y según otros ropero*”. Autoridades “*Plaza pequeña, o plazuela. Es nombre árábigo, que se conserva en algunos lugares de España: y Tamarid dice, que en árábigo vale lo mismo que ropavejero*”. Domínguez “*Plazuela, calle o barrio donde se venden ropas*”. Alemay y Bolufer “*(del ár. Çacatin, ropavejero). Plaza o calle donde en algunos pueblos se venden ropas*”. DRAE, 1956 “*(del árabe saqqātín, ropavejero). Plaza o calle donde en algunos pueblos se venden ropas*”.

En relación con su etimología Corominas [DCEH,II,64] está de acuerdo con López Tamarid<sup>22</sup> quien señala que Zacatín procede de *saqqātín* > ‘ropavejeros’, plural vulgar de *saqqāt* > ‘ropavejero’, ‘vendedor de baratillo’, afirmando que “*el plural de los nombres de oficio se empleaba en el habla corriente para designar la parte de la ciudad donde vivían los que lo desempeñaban*”.

La calle que en Huete toma el nombre de Zacatín, no cabe duda que en un principio, y de acuerdo con Tamarid, sería la zona habitada por estos profesionales ropavejeros, pero que con el tiempo se iría ampliando dando cabida a otras mercaderías y de ahí que la tradición entienda que era la zona del mercado moro, lo que ratifica Julio Amor Calzas quien dice<sup>23</sup>: “*Tanto moros como judíos constituyeron gran parte de la población, dedicándose los primeros al comercio en las calles de Zacatín y La Lonja, lugares donde tenían sus tiendas, abasteciendo esta comarca de toda clase de géneros...*”.

Cuenca, 16 de julio de 2009, día de la Virgen del Carmen.

22 F. LÓPEZ TAMARID:

*Compendio de algunos vocablos arábigos introducidos en la lengua castellana.*

Granada, 1585. (Lo reproduce MAYANS en sus *Orígenes de la Lengua Española*. Madrid, 1737).

23 AMOR CALZAS, Julio:

*Curiosidades históricas de la ciudad de Huete y apéndices.* pág. 13.

## BIBLIOGRAFÍA

ALEMANY Y BOLUFER, José: *Diccionario de la Lengua Española*. Ramón Sopena. Barcelona, 1917.

ALONSO, Martín: *Diccionario medieval español*. Universidad Pontificia. Salamanca, 1986. 2 Vols.

AMOR CALZAS, Juan Julio: *Curiosidades históricas de la ciudad de Huete y apéndice*. Facsímil. Ediciones Gaceta Conquense. Cuenca, 1987.

COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A.: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Gredos. Madrid, 1984. 6 Vol.

CORTÉS Y LÓPEZ, Miguel: *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua Tarraconense, Bética y Lusitana*. Imprenta Real. Madrid, 1835-36.

COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián: *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Facsímil. Ediciones Turner. Madrid, 1979.

LÓPEZ TAMARID, F.: *Compendio de algunos vocablos arábigos introducidos en la lengua castellana*. Granada, 1585

MAYANS Y SISCAR, Gregorio: *Orígenes de la Lengua Española: compuesto por varios autores/ recogido por...* 2 Vol. Ed. Juan de Zúñiga. Madrid, 1737.

MUÑOZ Y SOLIVA, Trifón: *Historia de la muy noble, leal e invicta ciudad de Cuenca y del territorio de su provincia y obispado, desde los tiempos primitivos hasta la edad presente*. Imprenta de El Eco. Cuenca, 1866-1867. 2 Tomos.

PAGÉS, Aniceto de: *Gran diccionario de la lengua castellana*. Pedro Ortega. Barcelona, 1904.

PALOMERO PLAZA, Santiago: *Las vías romanas en la provincia de Cuenca*. Diputación Provincial. Cuenca, 1987.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de Autoridades*. Facsímil. Gredos. Madrid, 1979.

ROSAL, Francisco del: *Diccionario etimológico*. Facsímil. CSIC. Madrid, 1992

SALVÁ, Vicente: *Nuevo diccionario de la lengua castellana*. Vicente Salvá. París 1846.

ZEROLO, Elías: *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*. Garnier hermanos. París, 1895.



SUFRIMIENTOS SIN GLORIA:  
CUENCA EN LA ENCRUCIJADA DE  
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA  
(1808-1814)

José Luis Muñoz

**V**a pasando, sin demasiadas alharacas (bien distinto sería si, al contrario, la tierra invadida hubiera sido Francia y el derrotado algún improbable Napoleón hispano) el segundo centenario del inicio y desarrollo de la llamada Guerra de la Independencia, que la nación española sostuvo durante seis años contra un invasor extranjero y, a la vez, contra todos los demonios interiores que, por secular costumbre, suelen azotar sin piedad el solar hispano. Buen ejemplo de esa indiferencia colectiva, social y, por supuesto, gubernamental (entren aquí todas las instituciones habidas y por haber) es el devenir del suceso en la provincia toda de Cuenca, con especial señal en su capital. Apenas si un sencillo ciclo de conferencias, organizado por la RACAL, vino a sacudir momentáneamente la habitual modorra sesteante que es ya nota distintiva del carácter conquense. Intentemos aquí mover un poco de atención hacia aquel acontecimiento que habría de desembocar, finalmente y a pesar de todos los pesares, en el derrumbamiento del antiguo régimen, la demolición del sistema absolutista y el régimen señorial y la llegada, más bien temblorosa e indecisa, del parlamentarismo democrático y liberal.

Las guerras, todas las guerras, son un desastre. Lo son, de manera inmediata, por sus consecuencias dolorosas, terribles. La primera de todas, la muerte de miles de criaturas, combatientes o víctimas ocasionales de los combates, pero también los heridos, los prisioneros, las represalias, venganzas y crímenes, los asaltos, robos e incendios, la destrucción de propiedades privadas o del patrimonio público. Las guerras, sin embargo, llevan consigo un premio añadido, generalmente al final y sobre todo para los vencedores,

pero también en cierta medida para algunos de los vencidos. Son esos conceptos genéricos que llamamos la gloria, el honor o los honores, las condecoraciones y, finalmente, como se decía antes, un puesto destacado en los libros de historia.

Para Cuenca, la guerra de la Independencia fue un desastre total porque le tocó cargar con todas las calamidades del primer grupo citado y en cambio no le correspondió nada del segundo. Para esta ciudad (y, por extensión, también para su provincia) solo hubo lugar para el sufrimiento derivado del conflicto pero ni un solo hueco, apenas ni una mención, en la segunda parte, esto es, en el reconocimiento honorífico de su participación o presencia en aquella guerra de la que ahora se cumplen doscientos años.

La lectura de los relatos, históricos o novelescos, sobre la guerra de la Independencia apenas incluyen menciones a Cuenca; si acaso, algunas indirectas, como la derivada de la retirada del Ejército del Centro, tras su derrota en Uclés, pero en ningún caso se le concede a la ciudad protagonismo alguno en aquellos sucesos. Es cierto que aquí no hubo ninguna Agustina de Aragón, ni tuvimos un tambor del Bruch, ni hubo sitios clamorosos como los de Zaragoza o Gerona, y la única batalla de verdad que se dio por estas tierras, la ya citada de Uclés, fue un desastre para las tropas españolas, nada que ver con la gloria de Bailén, un nombre más para que Napoleón lo pudiera incorporar a su repertorio de victorias, como seguramente han podido comprobar ustedes si se han acercado, como buenos turistas en París, a visitar el Arco del Triunfo y leer allí las inscripciones con los triunfos del emperador.

Al desconocimiento de lo que pasó en Cuenca durante la guerra de la Independencia han contribuido, como suele ocurrir, los propios cuencenses. Es ciertamente curioso señalar que, hasta la publicación el año pasado de mi libro sobre este asunto<sup>1</sup>, nadie, nunca, había escrito sobre la guerra de la Independencia en Cuenca. Todos sabemos –y es algo repetido con frecuencia– que en Cuenca se publica muchísimo y también es cierto que abundan los temas históricos pero en esa abundancia los historiadores locales han ido pasando por alto el periodo correspondiente al inicio del siglo XIX. Y lo que digo de los libros es aplicable también a los periódicos y revistas. Salvo un artículo de Elena Lázaro en el antiguo Boletín Municipal<sup>2</sup>, para reproducir unos escritos entre el corregidor de Cuenca y un general francés, ninguna otra cosa se puede encontrar. Ahora, ya en pleno bicentenario del suceso, ese desapego ha sido corregido parcialmente, con unas pocas publicaciones, seguramente menos de lo que merecía el tema.

Ni siquiera los conocidos y copiados cronistas locales, Mateo López y Muñoz y Soliva pueden librarse de la crítica. Incomprensible es la actitud del primero, puesto que vivió en directo, en la misma ciudad, todo lo que pasó entonces e incluso tuvo algún protagonismo, como veremos luego. Sin embargo, cuando llega a ese momento histórico realiza una sorprendente elipsis: explica con todo detalle una tormenta que se produjo en

1 José Luis Muñoz:  
*Crónica de la Guerra de la Independencia. Orgullo y sufrimiento en Cuenca, una ciudad aislada en mitad del conflicto*. Cuenca, 2007; Fundación de Cultura.

2 Elena Lázaro Corral.  
*Boletín de Información Municipal*, número 26; abril-junio 1961.



*Figura de un San Cristóbal que formaba parte de uno de los remates del segundo cuerpo de la custodia. Se encuentra en el Victoria and Albert Museum, de Londres.*

1797 y de ahí pasa a la visita que hizo Fernando VII en 1816. Es decir, entre 1797 y 1816 en Cuenca no pasó nada. Más adelante sí menciona el asalto de las tropas del Empecinado al hospital de Santiago.

Muñoz y Soliva es algo más explícito pero prestando atención sobre todo a las dos primeras invasiones, las de Moncey y Caulaincourt, con énfasis especial en la destrucción de la custodia.

Luego, ya, el silencio: ni un solo libro dedicado monográficamente al tema, ni un solo artículo en periódicos o revistas. Como si esta guerra, tan popular en el ánimo de las gentes, no hubiera pasado por aquí o nada hubiera sucedido en este escondido rincón del país.

Y, sin embargo, existe una excelente fuente de información, que yo encontré casi por casualidad, cuando en realidad estaba buscando otra cosa. En esa búsqueda, en el Archivo Municipal de Cuenca, estaba repasando las actas municipales desde el inicio del siglo XIX siguiendo el tema que me interesaba, que no era ni mucho menos el de la guerra de la Independencia. Al llegar al año 1808, empezaron a aparecer noticias, datos y comentarios sobre los sucesos de la época, naturalmente referidos todos a

la problemática municipal y la implicación del Ayuntamiento en los hechos que ocurrían en esos momentos, pero tales anotaciones son tan abundantes, tan ricas en detalles que permiten seguir paso a paso lo que estaba sucediendo en la ciudad. Por decirlo de otro modo, el secretario del Ayuntamiento actúa como un auténtico cronista, apuntándolo todo con extraordinaria minuciosidad, día a día e incluso hora a hora, según se iban produciendo los hechos. De ese fondo documental salen las cosas que, de manera resumida, constituyen el bloque fundamental de este artículo<sup>3</sup>.

3 Las referencias se contienen en los legajos 364 (libro de actas de los años 1807, 1808, 1809, 1810 y 1811), 366 (libro de actas del año 1812 hasta el 30 de julio), y 367 (libro de actas de los años 1812, 1813 y 1814). Omiso notas concretas para no interrumpir en exceso el hilo del relato pero los días señalados corresponden a las actas levantadas esos mismos días por el secretario del Ayuntamiento.

## CÓMO ERA CUENCA A COMIENZOS DEL SIGLO XIX

Antes de entrar en materia puede ser interesante dirigir una mirada rápida a cómo era la ciudad de Cuenca en esos años iniciales del siglo XIX, cuando se produce la invasión francesa.

Cuenca es todavía, en tales momentos, una ciudad amurallada y eso no es solo un dato visual o anecdótico. Hay una clara diferenciación de carácter, social y laboral, entre quienes viven intramuros y quienes se expanden por los arrabales de la llanura. Todavía hoy apreciamos una problemática diferenciada entre el casco antiguo y la ciudad moderna, mucho más entonces cuando incluso se producía cada noche el cierre de las puertas de la muralla y su apertura a la mañana siguiente. La muralla tiene, además, como es evidente, un marcado carácter militar; por ello, una de las preocupaciones directas de los franceses, cuando gobiernen la ciudad, es incrementar las fortificaciones defensivas y también será su último objetivo, antes de salir de Cuenca, volar el castillo y las murallas para evitar su utilización por el enemigo.

Toda la vida social, comercial, religiosa y política se desarrolla en el casco antiguo. Los arrabales, fundamentalmente la Carretería, es zona de trabajo para transportistas, madereros, comerciantes y agricultores, pero ya van apareciendo algunos edificios residenciales. Sin embargo, los que dominan esa zona son el Cuartel de Milicias Provinciales, situado junto a la actual Diputación Provincial; el convento de San Francisco, donde ahora está la iglesia de San Esteban y la Casa de Misericordia, en la calle de la Cruz, hoy calle del Teniente González. El eje urbano dominante, prácticamente único, la Carretería, está marcado por la presencia de tres conventos: en un extremo, el ya citado de San Francisco, en medio el de San Agustín y al comienzo el de la Trinidad; de los dos últimos, como sabemos solo perviven sus nombres, vinculados a las respectivas zonas urbanas.

La ciudad tiene un marcado carácter eclesiástico. Hay una catedral, catorce iglesias parroquiales, 19 ermitas, 7 conventos de frailes, 6 de monjas además de instituciones tan representativas como la Inquisición, el hospital de Santiago o el recién abierto Oratorio de San Felipe Neri. Todas las parroquias están situadas intramuros. Aún no ha surgido la necesidad de

implantar una de ellas en los arrabales, cosa que no sucederá hasta mediado el siglo XX, cuando San Esteban baje a Carretería y se de carácter parroquial a la ermita de Nuestra Señora de la Luz.

En el censo mandado elaborar por Godoy en 1802 y publicado en 1804, Cuenca tiene una población de 26 hidalgos, 1733 individuos del estado general y 137 eclesiásticos, es decir, un total de 1.896 vecinos, que pueden traducirse aproximadamente en 8.000 habitantes, sin incluir las comunidades religiosas. Veinte años antes, el censo de Floridablanca había recogido la existencia de una población de 8.753 personas, de las que 4551 eran varones y 4202 hembras. Ambos recuentos, como se ve, resultan aproximados en ofrecer una población entre ocho y nueve mil habitantes. Recordaremos este dato más adelante.

Cuenca es ya en esos momentos una ciudad de actividad económica muy limitada. Se ha escrito con profusión de datos cómo desde mediado el siglo XVIII se extiende una profundísima crisis económica y laboral, que tiene mucho que ver con lo sucedido en el conjunto del país, sobre todo en el interior de España, y también con coyunturas exteriores, pero que tiene también los propios matices locales. Son constantes las referencias nostálgicas a las fábricas de paños y otros tejidos vinculados a la generosa producción de lana de nuestra potente cabaña ganadera y junto a ellas, los también abundantes talleres de tintar y lavar. Cuenca había sido un importante centro artesanal y comercial, antes de empezar a quedar aislada en su difícil situación orográfica.

Para intentar corregir esa situación decadente, el arcediano Antonio Palafox, un auténtico ilustrado, además de hombre de singular energía emprendedora, implantará fórmulas encaminadas a recuperar la actividad. En 1774 había puesto en marcha una nueva fábrica de tejidos, utilizando la antigua Casa de la Moneda, en la bajada al Júcar desde el puente de san Antón, logrando que la empresa fuera asumida por los Cinco Gremios Mayores de Madrid, empresa de carácter público, como diríamos hoy. En 1799, es decir casi en vísperas de que empiece la guerra, hay trabajando en Cuenca 39 telares de paños y 14 de sargas, dando empleo directo a 281 personas e indirecto a 1.300 hilanderas que trabajan en distintos pueblos de alrededor. La muerte de Palafox, cuando ya era obispo, en 1802, representará el decaimiento de aquel impulso.

Por lo que se refiere al aspecto urbanístico de la ciudad, para terminar esta rápida aproximación a cómo era Cuenca en los inicios del siglo XIX, ya se ha apuntado su carácter de recinto amurallado, dominado por un castillo que, si bien ya en trance de ruina, aún conservaba bastantes elementos de la antigua fortaleza. Sin embargo, en los años anteriores a 1800, la ciudad había empezado a conocer una importantísima renovación, tanto urbanística como monumental. En el primer aspecto, lo más destacado es la realización de una obra que, desde nuestra óptica, debemos considerar ciertamente titánica, la modernización de la subida a la plaza mayor.

Todos conocemos, sin duda, los comentarios repetidos escritos por los viajeros que se habían acercado a Cuenca, asombrados por las dificultades que ofrecía una ciudad tan arriscada. A los conquenses parece que eso no les había preocupado especialmente nunca pero a lo largo del siglo XVIII el criterio empieza a cambiar, seguramente condicionado por la construcción de nuevos edificios tan importantes como el Oratorio de San Felipe Neri, la Casa del Corregidor, la Casa-Palacio de los Clemente de Aróstegui, el Seminario de San Julián, la Casa de los Cerdán de Landa (conocida hoy como Casa Zavala) y, finalmente, el Ayuntamiento. Podemos imaginar fácilmente que todo ello cambia de manera importantísima el aspecto de la ciudad, su ambiente edificado. La ciudad tiene ante sí una nueva y hasta ese momento insólita necesidad: hacerse más cómoda y asequible. Para ello, bajo la dirección del arquitecto municipal Mateo López se emprende la titánica tarea de suavizar la subida a la plaza mayor, mediante la roza del enorme roquedo natural que sirve de asiento al casco urbano. Para resumir el tema y no extenderme más: se hace el trazado de toda la subida desde el puente de la Trinidad, y en especial nace la actual calle de Alfonso VIII por la que podrán transitar coches y no solo caballerías. Al propio Mateo López se debe la traza del Parador de la Escuelas, levantado por iniciativa del obispo Palafox a comienzos de la subida, mientras se termina la construcción de la Casa de Beneficencia, junto al puente de San Antón.

Esa es, a grandes rasgos, la Cuenca que van a encontrar los franceses cuando pongan sus ojos en la aislada ciudad.

## **LAS PRIMERAS Y TERRIBLES INVASIONES**

Y la ponen, todo hay que decirlo, por casualidad. Nada en los planes iniciales de Napoleón y sus acólitos españoles hay que muestre especial interés por entrar, conquistar o dominar Cuenca, una ciudad insignificante en los planes del emperador y que, por otro lado, parece estar completamente despreocupada de lo que está pasando en el país. Desde el verano de 1807, Napoleón, reconocido como aliado de la corona española, está desplegando tropas en nuestro país con el pretexto de dirigirse a Portugal. Paralelamente, intriga con el propósito de destronar a Carlos IV y efectivamente consigue la abdicación de éste en su hijo Fernando VII, que tampoco agrada al emperador por lo que finalmente decide que es mejor poner una dinastía completamente nueva, la suya propia, a través de su hermano José. El país está dividido; una parte contempla con disgusto lo que está sucediendo pero hay otra, bastante importante, que muestra simpatías hacia los manejos de Napoleón, en lo que éste significa a favor de la modernidad, la libertad, el progreso; en definitiva, la eliminación de todo lo que en la España del Antiguo Régimen hay de obsoleto e inoperante, una auténtica lacra representada en la corrupta familia real.

El pueblo llano, que no entiende de sutilezas ideológicas, está a disgusto. Para el pueblo todo es muy simple: hay un invasor extranjero, hay un ejército que se está apoderando del país, está en peligro la independencia nacional y también las costumbres, incluso las más perniciosas, pero que forman parte de la tradición asentada. Así llega el dos de mayo y se produce el levantamiento popular madrileño, con el pretexto de que la familia real está siendo trasladada, a la fuerza, a Francia.

La interpretación inicial que se da a estos hechos dista mucho de la que luego ha prosperado. Quienes toman nota de tales sucesos no les aplican ningún calificativo patriótico. Un buen ejemplo lo tenemos en el acuerdo adoptado por el Ayuntamiento de Cuenca el 7 de mayo, cuando llegan las noticias de lo sucedido en Madrid el día 2, y que se califica como “alboroto”. Para los regidores conqueses, como para los de la mayor parte del país, la única preocupación consiste en recomendar sosiego para que no haya incidentes entre los ciudadanos españoles y los soldados franceses. De hecho, deberá pasar más de un año para que los sucesos del 2 de mayo empiecen a ser mitificados y celebrados como un acto heroico y se considere, como hacemos hoy, un levantamiento popular espontáneo, un grito estentóreo de independencia. En su día fue solo una revuelta callejera a cargo de un populacho incontrolado.

Ya he dicho que la noticia llegó a Cuenca el 8 de mayo como se comprende de la dificultad de comunicaciones propia de la época. Mientras tales cosas sucedían en Madrid, con sus secuelas (los fusilamientos del 3 de mayo, la proclama del alcalde de Móstoles el 4) en Cuenca se llevaba a cabo una ceremonia completamente fuera de lugar, la proclamación del nuevo rey Fernando VII, cuando ya había sido secuestrado por Napoleón y trasladado a Francia. En lugar del rey, se había formado una Junta Suprema de Gobierno, que a partir de este momento actuará como una autoridad soberana, pero bajo el control de Joaquín Murat, duque de Berg, lugarteniente de Napoleón en España. Situación ambigua que el audaz emperador corta de raíz el 6 de junio, proclamando rey a su hermano José y abriendo así el paso a una nueva dinastía.

En las decisiones del Ayuntamiento de Cuenca en esas fechas no hay ningún acuerdo que refleje lo que está pasando. No hay condenas de los sucesos de Madrid ni tampoco proclamas a favor de la independencia nacional o de censura sobre las actuaciones del ejército francés pero tampoco hay ninguna declaración de adhesión o simpatía hacia el nuevo soberano. A diferencia de lo que hicieron buena parte de las ciudades españolas, mostrando su respeto hacia José I, en Cuenca no hay una sola palabra en tal sentido.

En realidad, Cuenca se muestra absolutamente pasiva hacia lo que está sucediendo, como si no hubiera nadie en la ciudad capaz de advertir sobre la conveniencia de adoptar un camino u otro. Serán los hechos los que terminen de inclinar la balanza en un determinado sentido. El 25 de

4 El marco general de la guerra de la Independencia puede estudiarse en numerosos textos de referencia indiscutible, desde el clásico *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, del Conde de Toreno, del que hay una edición moderna (Génève, 1974) hasta obras más recientes, como *La España de Fernando VII* (Miguel Artola, Madrid, 1978), *Del antiguo al nuevo régimen* (José Manuel Cuenca Toribio, Sevilla, 1976), *España contra Napoleón* (Charles J. Esdaile, Barcelona, 2006), *La maldita guerra de España* (Ronald Fraser, Barcelona, 2006), *Los afrancesados en la guerra de la Independencia* (Hans Juretschke, Madrid, 1962), *Napoleón. La aventura de España* (Manuel Moreno Alonso, Madrid, 2004), *La batalla de Ocaña* (Florencio Ontalba, Pedro Luis Ruiz, Toledo, 2006), *La guerrilla española y la derrota de Napoleón* (J.L. Tone, Madrid, 1999).

mayo estalla la revuelta popular en Oviedo y el levantamiento se extiende como un reguero por todo el norte de España y Cataluña. El 12 de junio tiene lugar el primer enfrentamiento militar en campo abierto, en Cabezón de la Sal. El 21 de julio, Castaños vence a las tropas imperiales en Bailén. Es la primera derrota del emperador. Eso es, ya, una guerra total, una guerra en el amplio sentido de la palabra y no alborotos callejeros o enfrentamientos aislados<sup>4</sup>.

En ese periodo, Cuenca ha conocido ya las dos primeras invasiones y también la cara y la cruz del conflicto, si bien en el futuro ya no habrá más caras: todo serán cruces.

Como ya he señalado antes, la primera llegada francesa a nuestra ciudad responde a un hecho puramente casual. En realidad, el mariscal Moncey no tenía ningún interés especial en venir a Cuenca. Su objetivo era llegar a Valencia para sofocar la revuelta surgida en esa ciudad; ante las diversas opciones para trasladar las tropas, eligió el camino más corto, el que pasa por Cuenca, verdad incontestable aunque de manera pertinaz no lo quiera reconocer así el ministerio de Fomento, empeñado en llevarse trenes y carreteras por senderos desviados. Moncey salió de Madrid el 4 de junio, al frente de 9.000 hombres, incluyendo divisiones de infantería y caballería y 16 piezas de artillería y se plantó ante las murallas de Cuenca el día 11. Hubo algunos dimes y diretes sobre la forma de alojar a las tropas (recorremos que Cuenca tenía 8.000 habitantes, o sea, menos que el ejército francés) y en especial al orgulloso mariscal, finalmente recibido por el obispo Falcón en su palacio, pero ningún incidente. La convivencia fue pacífica y ordenada y el día 16, festividad del Corpus, las tropas imperiales rindieron honores a la custodia de Becerril, en la que habría de ser su última aparición pública.

Esa primera visita de tropas francesas fue la única pacífica y tolerante. Todo lo que vino después estuvo marcado por el horror, la sangre y la crueldad. Para empezar, la segunda llegada del ejército imperial, ahora al mando del general Caulaincourt y esta vez sí con destino específico hacia Cuenca porque la situación de levantamiento generalizado en todo el país había servido para formar numerosas partidas incontroladas en las montañas del sur de Aragón, en La Mancha y en la zona de Requena, es decir, comarcas inmediatas a nuestra provincia. El alto mando francés consideró que era preciso controlar tales aventuras y ordenó a Caulaincourt, acampado en Tarancón, que se dirigiera hacia la capital conquense. Lo hizo y entró en ella sin miramientos, a sangre y fuego, el 2 de julio. Podríamos reconocer incluso que fue provocado por una partida de atrevidos muchachos, convencidos de que una anticuada bombarda y una buena colección de piedras eran suficientes para asustar a un ejército aguerrido y eso es lo que intentaron desde la zona de la Fuensanta pero tal recibimiento solo sirvió para irritar más a los franceses que, como digo, no perdonaron el desmán y se cebaron sin miramientos en la desprotegida ciudad.



*A la sombra del vetusto castillo de Uclés se dio una de las grandes batallas de la primera parte de la guerra. Terminó con victoria de las tropas napoleónicas.*

Este suceso es el que con mayor detalle narra Muñoz y Soliva y es también el más conocido; de modo que no me detendré mucho en él, salvo recordar que ese fue el momento de la destrucción de la custodia de Becerril, que simboliza no solo la furia de los franceses sino también su codicia puesto que el objetivo era, sencillamente, apoderarse de la plata y ello sin el menor respeto hacia el recinto religioso en que se encontraba<sup>5</sup>.

A partir de esos momentos, las invasiones serán esporádicas y siempre como consecuencia de los movimientos de tropas que tienen lugar en lugares próximos, salvo el periodo de estancia del gobierno francés, que señalaré más adelante.

Así, la tercera invasión tiene lugar en enero de 1809, a cargo del mariscal Victor, tras la batalla de Uclés, quien se llevó secuestrado al regidor decano, Ignacio Rodríguez de Fonseca, retenido durante los siguientes nueve meses; la cuarta, en diciembre de 1809, impulsada por el despliegue del general Milhaud en persecución del brigadier Villacampa; tras algunos acercamientos no violentos, el 17 de junio de 1810 se produjo otra invasión, a cargo del general Lucote, quien durante 48 horas dirigió un saqueo general; en abril y en julio de 1811 es el general Lahoussaie el protagonista de los respectivos desafueros. La siguiente, en septiembre de ese mismo año,

<sup>5</sup> Sobre este episodio puede verse PÉREZ RAMÍREZ, Dimas: *La custodia de la catedral de Cuenca*. Cuenca, 1985, Gaceta Conquense.

no es una invasión, sino una conquista en toda regla. Por ello merece un párrafo aparte.

## **LAS BRIOSAS TROPAS NACIONALES**

Naturalmente, el patriotismo, bien o mal entendido, como cada cual guste de interpretar, nos puede impulsar a dedicar toda clase de imperios a la canallesca actuación de los franceses, pero si somos medianamente objetivos tampoco deberemos ahorrar adjetivos a las tropas nacionales, fuesen regulares o espontáneas.

Quizá la mayor desgracia de Cuenca en esas delicadas circunstancias fue el no contar con tropas de guarnición estable en la ciudad. El encargo de la defensa correspondía a un cuerpo de voluntarios milicianos, sin disciplina, orden ni armamento. E incluso podríamos añadir, con un escaso espíritu combativo. Parece innecesario añadir que tampoco había policía de ningún tipo. La protección de la ciudad quedaba así encomendada a dispositivos que pudieran llegar desde el exterior y eso ocurrió en muy pocas ocasiones.

Las primeras experiencias fueron terribles y sirvieron para hacer comprender a los conquenses que poco podrían esperar de la ayuda exterior. En efecto, cuando los franceses abandonaron por primera vez Cuenca, a la ciudad llegaron partidas de voluntarios, procedentes de Valencia, con la intención declarada de proteger la ciudad hasta la muerte. A cambio, como es natural, fueron alimentados, vestidos y regalados. Pero en cuanto se recibieron las primeras noticias de un nuevo acercamiento de franceses salieron huyendo a toda prisa llevándose todo lo que pudieron. Luego vinieron otros valientes desde Teruel y repitieron exactamente la misma maniobra y así podríamos seguir repitiendo acontecimientos calcados unos de otros.

No hubo mejor suerte con la presencia de tropas regulares, cuando las hubo, pues de manera sistemática huir ante el primer aviso de llegada de los enemigos fue la norma de conducta. El pretexto, siempre, que la ciudad era difícilmente defendible por lo que procedía buscar mejores espacios para ordenar las tropas y preparar la ofensiva, que nunca se produjo.

El papel de Cuenca era servir de estación de paso para los desplazamientos de tropas militares, a las que era preciso alojar, vestir y alimentar. Los primeros avisos en tal sentido siempre sobresaltan al Ayuntamiento, como cuando en los inicios de la guerra recibe el aviso de preparar 200 camas, incrementadas a 1600 en una semana más. El Cuartel de Milicias carece de medios y las arcas municipales están exhaustas, como es costumbre. Dar soluciones pasajeras a cuestiones de este tipo será una de las principales ocupaciones del Ayuntamiento durante estos años.

Uno de los momentos más duros llegó a finales de diciembre de 1808 y fue una consecuencia derivada de la singular ubicación de nuestra

ciudad. En vista de que su hermano José no conseguía controlar el país de una manera efectiva, el propio Napoleón decidió asumir la dirección de las operaciones; en una marcha relámpago, propia de su genio militar, atravesó toda la mitad norte de España, se plantó ante Madrid, obligó a huir a la Junta Suprema y entró en la capital. A continuación desplegó sus tropas por los alrededores, obligando al ejército español a salir en desbandada. Una gran parte tomó la dirección de Cuenca; era una tropa desordenada, casi desnuda, mal alimentada. Podemos imaginar la dureza de aquella huida, además en invierno. La mayor parte del ejército entró en Cuenca el 10 de diciembre. El historiador Miguel Artola calcula que llegaron a estar concentrados en la ciudad más de 21.000 hombres. Recordemos que la población de Cuenca era de unos 9000 habitantes e imaginemos la tremenda situación que se producía en esos momentos, con semejante cantidad de soldados distribuidos no solo por la capital sino también por todas las tierras inmediatas, convertidas así en un gigantesco campamento militar en condiciones ciertamente penosas y con un auténtico gravamen sobre la población civil, obligada a alimentar y asistir a semejante despliegue humano.

El nuevo jefe del ejército del Centro, el duque del Infantado, situó en Cuenca su estado mayor y aquí procedió a reorganizar el ejército y preparar nuevas actuaciones, que tuvieron un final desgraciado. El objetivo era recuperar Madrid y para ello el general dividió sus tropas en dos sectores, uno encaminado hacia Tarancón y otro hacia Aranjuez, con el propósito de recuperar el control de ambas posiciones antes de intentar la conquista de Madrid. Los franceses, ahora al mando del mariscal Victor, advirtieron la maniobra y se adelantaron a ella. En Uclés se vieron las caras el 13 de enero de 1809 con un resultado totalmente desastroso para la causa nacional. El ejército volvió a emprender la huida como pudo, en su mayor parte otra vez en dirección a Cuenca, donde entró el 14 de enero, si bien ahora continuó la marcha hacia Almodóvar del Pinar y la Mancha, con el añadido de que Victor, que venía en su persecución, aprovechó la ocasión para invadir Cuenca por tercera vez, lo que se traduce en un nuevo periodo de violencia, robos y saqueos a discreción, además de daños en las infraestructuras, en especial en el puente de Carballido, hoy conocido como de los Descalzos.

Tras este episodio, quedó situada en Cuenca una guarnición estable de 400 soldados, ubicados en el Cuartel de Milicias, con la intención de ampliar este número hasta más de 2000, a los que, como he señalado ya antes, hay que alimentar, vestir y calzar, además de atender a los enfermos y heridos que llegan hasta aquí desde los frentes de batalla. En especial, el suministro diario de pan se convertirá en un calvario constante para los regidores municipales, situados entre la espada de cumplir esa obligación y la pared de no tener fondos para pagar lo que, con toda lógica, reclaman los fabricantes.

## **LA ORGANIZACIÓN DE LA RESISTENCIA**

Durante los primeros meses del conflicto, hay un amplio desconcierto sobre cómo organizar la resistencia ante el invasor. Sólo después de la batalla de Bailén, a finales de julio, comienza a desarrollarse la idea de formar algún tipo de gobierno efectivo. En esos primeros meses se forman Juntas Provinciales, autónomas entre sí. Será en octubre de 1808 cuando una Junta Central empiece a coordinar a las provinciales y a actuar como auténtico gobierno de la nación. En Cuenca la Junta se había formado en agosto y la integraron el obispo Ramón Falcón, el corregidor Ramón Gundín, el intendente Baltasar Fernández, el canónigo Juan Antonio Rodrigálvarez y los propietarios Ignacio Rodríguez de Fonseca, Santiago Antelo y Coronel, Francisco Manuel de Parada, Bernabé Grande y Pascual de Lope. Una de sus primeras decisiones fue dirigir un manifiesto a la ciudadanía conquense; este documento fue firmado el 16 de agosto, es decir, tres meses y medio después del inicio del conflicto, tiempo que necesitaron los prohombres conquenses para darse cuenta de la gravedad de lo que estaba sucediendo en España.

Más tarde, la jefatura de la Junta fue encomendada siempre al general encargado del mando militar de la provincia, lo que ocasionó curiosas (y ridículas) cuestiones de competencia, como la surgida en abril de 1809 cuando el nuevo presidente, marqués de las Atalayuelas quiso imponer su autoridad sobre la del Ayuntamiento en cuestiones de tipo doméstico y protocolario. Pero la situación más grave, desde este punto de vista, se produce en enero de 1810 cuando llega a Cuenca un nuevo comandante general, Luis Alejandro de Bassecourt, dispuesto a tomar no solo el mando militar de la provincia sino también el político y ejercer además como cabeza del Ayuntamiento de la capital. El conflicto duró varios meses y no es cosa de entrar a detallarlo aquí. Basta con la cita. Ni que decir tiene que el brioso general Bassecourt era también de los que huían a la menor señal de peligro.

Huir fue la respuesta habitual de los conquenses ante cada anuncio de una nueva llegada de franceses. Los primeros en hacerlo, como ya queda dicho, las tropas acantonadas en la ciudad, que generalmente emprendían el camino de la Mancha. Localidades como Minglanilla o Iniesta serán repetidamente las sedes del mando militar y desde ella emitirán órdenes y mensajes.

La Junta Provincial prefirió casi siempre refugiarse en las montañas, tan generosas por aquí. Las zonas del Alto Tajo, hacia Poveda de la Sierra y Peñalén, en unas ocasiones, en otras las de Cañete y Moya, fueron los destinos preferidos, seguramente porque eran los más inaccesibles para los franceses. Las gentes de a pie huían en masa hacia las sierras más próximas a la ciudad, por Las Majadas y Buenache. Los niños de coro del colegio de San José fueron enviados una larga temporada a Valdemoro de la Sierra y

el Archivo Municipal, íntegro, fue escondido en una ermita en Bascuñana de San Pedro. En 34 cajones, trasladados a lomos de una recua de acémilas, durmieron los documentos municipales durante el periodo más duro de la invasión.

Otros no tuvieron tanta suerte. Quizá la más dramática correspondió a los niños expósitos alojados en la calle de San Pedro. Ya en la segunda invasión, la de Caulaincourt, quedaron abandonados al salir huyendo sus cuidadores, pero la situación pudo corregirse a los pocos días. Sin embargo, el caso se fue repitiendo por lo que el Ayuntamiento ofreció ayuda al cabildo de canónigos, que la rechazó asegurando ser suficientes sus medios. La realidad fue durísima. El 15 de diciembre de 1810 se produjo la quinta invasión y se repitió lo ya conocido, esto es, la huida en masa de la población. El primer regidor en volver a la ciudad, el síndico Vicente López Salcedo ofrece un relato ciertamente espeluznante. Estaba participando en las tareas de reparación de daños tras el desastre cuando a las dos y media de la madrugada unos vecinos le avisaron de que había niños abandonados en la Casa de Expósitos. Encontró a seis niños, dos muertos y cuatro moribundos por el hambre y el frío. Pidió ayuda a dos mujeres y ellas atendieron a las criaturas, sin poder evitar que una muriese de inmediato y las otras tres al día siguiente. Así es el terrible tributo que debe pagar la población civil en todas las guerras.

## **LA CONVOCATORIA A CORTES GENERALES**

Un suceso singular se produce al margen o dentro del ámbito de la guerra. A primeros de 1810 llega a Cuenca la convocatoria a Cortes Generales, que deben reunirse en la isla de León, junto a Cádiz. A la provincia de Cuenca le corresponden seis diputados y dos suplentes; uno de ellos debería ser elegido directamente en la capital. El proceso electoral fue celebrado en la ciudad con un repique general de campanas y el encendido de luminarias en las calles. La votación, indirecta y por un sistema muy complejo, terminó con la elección, ciertamente desdichada, del abogado Antonio García Gómez a quien se encomienda así la representación popular de la ciudad de Cuenca en el trascendente episodio legislativo que dará lugar al nacimiento de nuestra primera Constitución.

Pero cuando llega la hora de emprender el viaje hacia Cádiz, el diputado electo dice que está enfermo y que vaya otro. El Ayuntamiento insiste en que García Gómez debe cumplir sus obligaciones, el elegido se resiste y así van pasando los meses hasta que, finalmente, en septiembre de 1810, se organiza una nueva elección que favorece a nuestro viejo conocido, el arquitecto e historiador Mateo López. Todos están muy satisfechos porque ya se veía en peligro la presencia de la ciudad de Cuenca en la magna asamblea parlamentaria (recordemos que, desde la Edad Media,

Cuenca había sido ciudad con derecho a voto en las Cortes de Castilla). Vana esperanza. Mateo López se pone en marcha, vía Alicante, donde piensa embarcar y al fin, después de muchos incidentes, lo consigue, pero cuando llega a Cádiz recibe un jarro de agua fría: a la burocracia, siempre puntillosa, se le había olvidado pedir la renuncia expresa de Antonio García Gómez, así que las Cortes no reconocen la representación de Mateo López, que vuelve a Cuenca. El Ayuntamiento intenta conseguir de García el documento de renuncia, a lo que éste se niega, asegurando que cuando mejore de salud emprenderá el viaje a Cádiz. El Ayuntamiento, indignado con esta actitud, acuerda poner el caso en conocimiento de las Cortes para reclamar una decisión y que la ciudad no quede privada de la representación que le corresponde. A este patriota, Antonio García Gómez, lo vamos a encontrar de nuevo dentro de poco.

### **CUENCA BAJO EL TERROR**

Ya señalé antes que en septiembre de 1811 se produce una nueva invasión, solo que esta vez no es pasajera. Los franceses vienen a Cuenca para quedarse, produciendo así una situación completamente nueva. Los invasores van llegando en sucesivas oleadas, a partir del 29 de septiembre y hasta primeros de diciembre, en que la ocupación ya es total y está motivada, como ya he señalado, por la misma causa que otras anteriores: el desarrollo de las maniobras dirigidas por el mariscal Suchet para controlar el reino de Valencia. En la lógica de la guerra, Cuenca no es más que una pieza necesitada de ser ocupada como garantía para la retaguardia. La invasión lleva consigo la inevitable secuela de crímenes, saqueos e incendios, entre estos, el del convento de San Francisco.

El general D'Armagnac asume el mando de la provincia y designa un nuevo ayuntamiento de Cuenca, con personas totalmente diferentes, que se reúne por primera vez el 6 de enero de 1812. Al frente, el invasor designa un nuevo corregidor, Antonio García Gómez, sí, el mismo diputado electo a las Cortes de Cádiz, enfermo para acudir a las sesiones parlamentarias y ahora dispuesto a asumir el feo papel de cómplice del enemigo. Ciertamente hay que decir en su honor que, previamente, había sido advertido de ser ejecutado si no aceptaba el cargo. Que, por cierto, es también la misma amenaza ejercida sobre los nuevos concejales. Así funcionaba la democracia liberal propugnada por el régimen napoleónico.

La administración francesa trae hasta aquí su propio modelo. Hubo, incluso, un proyecto de reforma provincial que imitaba descaradamente la estructura de Francia, denominando a las nuevas prefecturas con títulos geográficos; la que tendría por capital Cuenca se denominaría Alto Júcar. Proyecto que no pasó de los papeles, aunque los cargos si llegaron, pues en Cuenca aparece ahora la figura del prefecto, con una función cla-

ramente gubernativa y de carácter policial. El encargado de este papel se llama Luis Saiz y será el responsable, en los meses siguientes, de implantar un auténtico terror en forma de amenazas, extorsiones, imposiciones de gravámenes pecuniarios y órdenes rigurosísimas y terribles, del más variado sentido, además de encargarse de la ejecución de las penas de muerte decididas por los tribunales impuestos por el invasor. Insisto en estos conceptos porque, paralelamente, el régimen bonapartista difunde proclamas encaminadas a mostrar su mejor cara, hablando de las bondades del sistema y de las ventajas que podrían derivarse de su aceptación. Resulta sorprendente creer que un pueblo, el español en este caso, el conquense en particular, podría mostrar simpatías hacia quienes le estaban humillando, robando y asesinando de manera sistemática. Lo que vive Cuenca durante esos meses de ocupación es un auténtico régimen de terror, en el que no se ahorra ningún sufrimiento, sea cárcel, persecución, impuestos, exilio, extorsiones o ejecuciones. Pensar que desde el terror se pueden ganar adeptos para la causa resulta al menos sorprendente.

Para convencer a los ciudadanos de que con el nuevo rey es posible el progreso aparece una figura de nuevo cuño, el comisario regio, cargo que recae en el barón Nardonne, quien de inmediato reúne a empresarios y comerciantes para mostrarles las benéficas intenciones de su majestad, que incluye la modernización de las estructuras urbanas, el impulso del comercio y la industria, un plan para la mejora de la producción agraria, etc. Seguramente es innecesario comentar que ni una sola de tales ventajas llegó ni a España ni a Cuenca.

Lo que si llega hasta aquí es un feroz sistema tributario que se traduce en continuas exigencias de nuevos ingresos en las arcas públicas y eso tiene una explicación: el régimen de José I solo ejerce un control efectivo sobre Madrid y las provincias de alrededor y son ellas las que tienen que cargar con todo el peso de sostenimiento del gobierno intruso. Así entendemos los comentarios de auténtica desesperación que aparecen recogidos en las actas municipales, con un amargo “ya no podemos más” que es cada vez más oneroso, a medida que aumentan las huidas de gentes en busca de refugio en otras zonas. Claro que para exigencias las del siguiente comandante general, el duque de Mahón (que pese a ese título es un francés), martirizando al Ayuntamiento con constantes exigencias para surtir diariamente su mesa. El asunto lleva a los concejales encargados a mostrar también su desesperación, no solo por el gasto enorme que se debía asumir sino también por la naturaleza exótica de los productos que reclamaba el sujeto en cuestión, imposibles de encontrar en el mercado conquense. Como entre ustedes habrá algún experto en gastronomía francesa, dejo a la imaginación intentar adivinar qué tipo de platos pretendía consumir el goloso general en una ciudad en situación tan precaria.



*El hospital de Santiago sufrió gravísimos daños, pero no por los franceses, sino a causa de un desventurado incendio provocado por las gentes de El Empecinado.*

## EL EMPECINADO Y LA LIBERACIÓN

Con todo, lo peor estaba a punto de llegar. El 9 de mayo de 1812 cae sobre Cuenca el cabecilla, luego brigadier, Juan Martín El Empecinado. Esta era una de las partidas más activas y mejor organizadas que en el centro de España causaban problemas al gobierno intruso. Ya antes había hecho algunas incursiones por las cercanías de Cuenca, pero esta es la más fuerte y produjo enormes daños en el sistema defensivo francés. Pero la reacción fue terrible, con la llegada de tropas de refuerzo que incrementaban las necesidades de suministro pero también con el castigo impuesto por el prefecto Luis Sáiz incrementando los tributos sobre la población mientras que la tropa, necesitada de alimentos, se dedicaba al robo y el pillaje por las huertas de alrededor. Desde el Ayuntamiento se lanza un mensaje a los pueblos cercanos para que contribuyan en el suministro de víveres.

Como ejemplo textual de lo que estaba pasando recojo aquí un párrafo del acta municipal del 15 de mayo, en que se anota que “en el preciso término de 48 horas había de aportar esta ciudad la cantidad de trescientos cincuenta mil reales bajo del más riguroso apremio y de ser ellos mismos (los regidores) responsables”. U otra anotación de días posteriores, señalando cómo tuvieron que ir los canónigos “de casa en casa y por la noche, pidiendo pan para las raciones que continuamente se pedían, sin saberse para quien ni como y otros artículos de manteles, servilletas, ropa



*El castillo de Cuenca, que ya estaba maltrecho, alcanzó su imagen actual tras la voladura realizada por los franceses antes de abandonar la ciudad.*

de cama”, etc. Y muy expresivo es el comentario que anota el secretario del ayuntamiento el día 18 de mayo: “Es imposible dar salida a tal confusión y tanto encargo, creyéndose todos con derecho contra la Municipalidad”. Pero quizá más que el dinero o la presión puede ser ilustrativo un dato que muestra el carácter miserable de los invasores. Tras la incursión del Empecinado, cada día dos ciudadanos, un seglar y un eclesiástico, son apresados y llevados a la comandancia militar como rehenes. Para salvar sus vidas, el resto de conqueses tiene que estar en permanente situación de vigilancia y avisar la posible llegada de las tropas nacionales; en caso contrario, los rehenes serán fusilados. Podemos imaginar con qué preocupación quedan anotados esos hechos en las actas municipales.

Este es, a grandes rasgos, el ambiente que vive Cuenca en la primavera y verano de 1812, bajo el gobierno francés y que podríamos seguir ilustrando con docenas de observaciones. Seguramente en ayuda del ánimo de la muy disminuida población podían venir ya las noticias que llegaban del exterior. El jefe del ejército aliado hispano-inglés, lord Weillington tenía de cara la suerte de las armas. El 21 de julio, en Arapiles, dio un golpe definitivo a las tropas francesas, abriendo el camino hacia Madrid. José I huye precipitadamente hacia Valencia, su último refugio. El 12 de agosto, Wellington entra en la capital; con su liberación, también Cuenca veía despejarse el

horizonte. El último acuerdo municipal bajo dominio francés tiene también un tinte muy humano: hay que adoptar medidas para socorrer a las prostitutas de la Casa de Recogidas, pues están a punto de perecer por falta de alimentos.

El Empecinado vuelve a caer sobre Cuenca y en la embestida muere el comisario regio, el barón Nardonne, en la bajada del Carmen. A continuación llegan tropas regulares que apenas encontraron resistencia. El 22 de agosto abandonó la ciudad el último soldado francés, no sin antes proceder a la voladura de lo que quedaba de castillo. El 23 de agosto quedó formado el nuevo Ayuntamiento. Su primera decisión es proclamar la Constitución que había sido aprobada en Cádiz el 19 de marzo. Aún no ha terminado la guerra y todavía habrá algunos sucesos aislados pero con ese gesto parece que la ciudad vuelve a la normalidad tras tantos años y meses de angustia y sufrimiento. El 30 de agosto, en la Plaza Mayor, se lleva a cabo la proclamación de la Constitución. Las tropas del Empecinado están formadas en cuadro. Hay repique general de campanas, acuden los gremios con sus estandartes, los cabildos religiosos. En un tablado, bajo un dosel, está el retrato del deseado rey, Fernando VII. Hay misas, fiestas, jolgorio. Y, naturalmente, se corrieron vacas, cuya carne sirvió de alimento al Batallón de Cazadores de Cuenca.

Así termina este apretado resumen por algunas de las vivencias ocurridas en esta ciudad aquellos tiempos, ciertamente duros, hace ahora doscientos años. Lo que vino después ya es otra historia.

## EL EXILIO ESPAÑOL EN MÉXICO. EL HOMENAJE DE LA REVISTA LAS ESPAÑAS A ANTONIO MACHADO<sup>1</sup>

Pedro C. Cerrillo

<sup>1</sup> Vid. *Las Españas*. Antonio Machado. Madrid: Fundación Pablo Iglesias y Fundación Jaime Vera, 2002. Edición facsimilar en homenaje al exilio.

*Y es hoy aquel mañana de ayer...*  
(Antonio Machado)

La proclamación de la II República representó un impulso para el pensamiento, la cultura, la educación, la literatura y el arte. La labor educadora que había venido haciendo la Institución Libre de Enseñanza verá ahora cómo, a partir de 1931, se proyecta con mayor fuerza al conjunto de la sociedad española, con el objetivo de hacerla más libre, más justa y mejor formada.

Los intelectuales, los escritores y los artistas de aquel momento vieron que la II República era una ocasión histórica para finalizar con el absurdo e irracional devenir político que había tenido a España anclada en un pasado más que conservador, en el que el ejército y la iglesia habían tenido un poder desmedido. Consecuentes con esas ideas, muchos de aquellos hombres y mujeres se comprometieron con decisión en la vida política y social de España; ese compromiso se acentuó con el inicio de la guerra civil.

Aunque fueron pocos años los que tuvo de vida la II República, durante aquel tiempo surgieron diversas revistas culturales y literarias de importante valor (entre otras, *Cruz y Raya* en 1933, fundada por José Bergamín; *Octubre*, fundada por M<sup>a</sup> Teresa León y Rafael Alberti en 1934; *El mono azul* en 1936; *Hora de España* en 1937). La rebelión militar de 1936, que llevó a España a la Guerra Civil, provocó que algunas de ellas vieran truncado su desarrollo, pero otras siguieron existiendo durante los años de la Guerra, incluso después, en el exilio, siendo la voz de la cultura de los

republicanos que perdieron la trágica Guerra Civil, y que ahora se encontraban en el exilio. Desde él, algunos de ellos quisieron que, con esas revistas, siguiera existiendo la voz que reivindicara la libertad, la igualdad, la inteligencia y la justicia. No podemos olvidar que, al acabar la guerra, casi un millón de personas tuvieron que iniciar el largo éxodo de un exilio del que muchos nunca pudieron regresar.

## EL HOMENAJE DE LAS ESPAÑAS A ANTONIO MACHADO

Al poco tiempo de llegar a sus lugares de exilio, aquellos españoles procuraron organizarse políticamente, pero también empezaron a hacer publicaciones

*Cuidaron de no perder la memoria, publicando revistas y periódicos, celebrando reuniones y asambleas; como patriotas que fueron, allí esperaron la hora de volver a la patria y allí dejaron el producto de su trabajo y de sus actividades culturales.*<sup>2</sup>

2 Santos Juliá: "Voces del exilio", en *Babelia. El País*, 4 de marzo de 2000, p. 12.

Una de aquellas publicaciones fue *Las Españas*, editada en México a partir de octubre de 1946 (aunque su registro es de 7 de noviembre de ese año, en Ciudad de México), siendo sus fundadores José Ramón Arana y Manuel Andújar, también sus editores junto a José Puche y Anselmo Carretero. El objetivo esencial de aquella revista fue el de contribuir, desde el destierro, a la cultura española y a la "liberación" de España. A diferencia de otras revistas de exiliados en América, que tuvieron desde el comienzo un carácter hispanoamericano, *Las Españas* fue siempre publicada mirando a España desde el destierro. En ella aparecen trabajos de la mayoría de los intelectuales exiliados: Pedro Salinas, José Moreno Villa, Fernando de los Ríos o Juan José Domenchina, además de otros de figuras de renombre internacional, como Albert Camus, Marcel Bataillon, Herman Hesse, Alfonso Reyes, John Dos Passos o Gabriela Mistral.

La revista se distribuía en España gratuita y clandestinamente, así como en otros países tanto de América como de Europa. La publicación de *Las Españas* supuso un gran esfuerzo, de trabajo y dinero, para quienes la crearon y mantuvieron durante años. El nombre de la revista es muy significativo porque manifiesta una idea de España como comunidad de todos sus diversos pueblos. De hecho, en ella se recogieron trabajos muy variados, en ideas y en posturas. Lo expresa bien Francisco Caudet cuando la califica de "revista-selva: frondosa, extensa, variada, plural... inabarcable".<sup>3</sup>

3 *Las Españas...*, cit., s/p.

Fechado en abril de 1948, apareció en México D.F. el primero de los llamados suplementos de *Las Españas*, que recogía las intervenciones que se hicieron en el acto de recuerdo al poeta Antonio Machado, organizado por la propia revista y celebrado unos días antes, el 10 de marzo, en





*Antonio Machado, el profesor-poeta, contó siempre con la predilección de la revista.*

4 Andújar, Manuel:  
“Actualidad de Antonio Machado”, en *Las Españas. Antonio Machado*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias y Fundación Jaime Vera, 2002, s/p.

Antonio Machado como hombre y como español, manifestando su identificación con él y contribuyendo a que su figura y su obra no se olvidaran, por lo que simbolizaban de:

*Espíritu noble y comprensivo, de hermoso aliento creador, de raíz popular, arrojado de nuestra Patria por la dictadura franquista.*<sup>4</sup>

5 La primera noticia de aquel homenaje me llegó de boca del propio Manuel Andújar, en agosto de 1981, cuando tuve la suerte de compartir mesa de comedor en el Palacio de la Magdalena de Santander, adonde él había acudido, recién vuelto del exilio mexicano, como ponente invitado de un curso de novela española de postguerra, y yo como alumno. Me fascinó la humildad y la dignidad de un hombre que no quería exteriorizar sus sufrimientos.

En las palabras que justifican el “Propósito” de los organizadores del Homenaje, podemos comprobar que aquellos exiliados que hacían la revista *Las Españas* nunca renunciaron a volver a su país e iniciar una segunda etapa de la revista, pero en una España diferente, “libre y renacida, ganada por su pueblo y suya para siempre”. Aunque padecían situaciones de desarraigo, de extrema pobreza y de humillación, aquellos españoles transterrados soñaban con una España reconciliada y pacífica.

Abrían el suplemento una foto de Machado y estos tres versos del escritor sevillano:

*Para dialogar,  
preguntad, primero;  
después... escuchad.*

A ellos le sigue un breve texto de uno de los fundadores y editor de la revista, el novelista Manuel Andújar<sup>5</sup>, quien con el título de “Actua-



*Manuel Andujar, nacido en Jaén, fue el gran animador de la revista.*

lidad de Antonio Machado” se dirige a los amigos de la revista como si de una carta se tratara.

Antonio Machado había arraigado fuertemente en el alma de los exiliados españoles, como antes lo había hecho en la de los combatientes republicanos; su lealtad al gobierno legítimo de la República y las penalidades personales que tuvo que soportar en su largo y esforzado camino hacia el sur de Francia, cuando la Guerra Civil estaba a punto de acabar, hicieron mella en el pensamiento de los españoles de buena fe, que vieron en él la imagen de la dignidad. Dice Manuel Andújar:

*Antonio Machado es el poeta que comprende al soldado y al labrador, al obrero y al artífice, porque ha calado en el paisaje que los sustenta, en la atmósfera de siglos e ilusiones que los explica en el momento crucial.<sup>6</sup>*

<sup>6</sup> Andújar, Manuel, cit. s/p.

En el acto de homenaje, tras Andújar, habló brevemente Daniel Tapia (“Manuel y Antonio. Antonio y Manuel”) para recordar el drama de las vidas distanciadas de los dos hermanos, más distantes aún, física e ideológicamente, durante los años de la guerra.

Tras él, Mariano Granados hizo una “Evocación sentimental de Antonio Machado”, con quien se había relacionado durante el tiempo que el poeta vivió en Soria, ya que fue alumno suyo en el instituto de aquella ciudad en donde Machado enseñó francés:

*En nosotros –se refiere a quienes fueron alumnos de don Antonio– aquellas horas de comunicación con don Antonio dejarán para siempre un eco inolvidable. En la primera juventud... es el estado emocional quien lo domina todo. Lo*

7 Granados, Mariano:

“Evocación sentimental de Antonio Machado”, en *Las Españas. Antonio Machado*, cit., s/p.

*cierto es que desde aquel instante, y sin saber por qué, ni pretender hallar la causa, nos sentimos amigos del profesor-poeta.*<sup>7</sup>

Los de Granados son recuerdos de alguien que se sentía fascinado por el poeta y por el profesor, a quien luego tuvo la oportunidad de seguir viendo, fuera ya de Soria, tanto en Baeza como en Madrid: “Era bueno, fundamentalmente bueno”.

Granados también tuvo palabras para uno de los episodios más importante y, al tiempo, dramático de la vida de Machado: su enamoramiento de la joven Leonor, en cuya casa materna de Soria residía como huésped; aunque fue correspondido y el amor se consumó en boda en el año 1909, todo se truncó con la pronta muerte de la jovencísima Leonor en 1912. Machado no soportó seguir viviendo en el lugar en donde se le había roto su felicidad: huyó del dolor, del recuerdo de la mujer amada y de los lugares frecuentados por ella o con ella compartidos.

La relación de Mariano Granados con Antonio Machado continuó años después, cuando en 1921 fundó el periódico republicano *La voz de Soria*, su primera aventura editorial, para la que pidió colaboración a don Antonio, quien se encargó de la sección “De mi cartera”, en la que publicó una docena de artículos, que enviaba desde Segovia —donde ya vivía— entre agosto y octubre de 1922.<sup>8</sup>

8 Vid. Machado, Antonio:

*Obras Completas*, II. Madrid: Espasa Calpe y Fundación Antonio Machado, 1988, p. 1.631 y ss.

Por el artículo de Granados sabemos que Antonio Machado no regresó jamás a Soria, a pesar de los intentos que hicieron sus amigos sorianos, particularmente el mismo Granados. Le gustaba recordar los paisajes, las personas y las emociones que allí conoció y vivió, pero no quería volver. En 1933, un grupo de amigos de la ciudad castellana decidió colocar una placa conmemorativa a orillas del Duero, en uno de los paseos favoritos del poeta, el camino de San Saturio, que él había inmortalizado en estos versos:

*He vuelto a ver los álamos dorados,  
álamos del camino en la ribera  
del Duero, entre San Polo y San Saturio:  
tras las murallas viejas  
de Soria —barbacana  
hacia Aragón, en castellana tierra—.  
Estos chopos del río, que acompañan  
con el sonido de sus hojas secas  
el son del agua, cuando el viento sopla,  
tienen en sus cortezas  
grabadas iniciales que son nombres  
de enamorados, cifras que son fechas.  
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis  
de ruiseñores vuestras ramas llenas;  
álamos que seréis mañana lirás  
del viento perfumado en primavera;*

*álamos del amor cerca del agua  
que corre y pasa y sueña;  
álamos de las márgenes del Duero,  
conmigo vais, mi corazón os lleva!*<sup>9</sup>

9 Machado, Antonio: *Obras Completas*, I, cit., p. 515.

Con ese motivo parecía que el poeta se había dejado convencer para volver a Soria y que asistiría al acto de colocación de la placa que había realizado el escultor Barral. Fijado el día para ello, Granados se presentó en la casa de don Antonio en Madrid, pero no quiso ir:

*No voy; no puedo ir, he meditado mucho sobre esto. No voy; no, no me atrevo... Llevo dentro de mí la emoción de Soria; tengo en los ojos su paisaje... Denles las gracias y un abrazo a los amigos de Soria... Ellos comprenderán.*<sup>10</sup>

10 Granados, Mariano, cit., s/p.

La sinceridad del poeta sevillano volvía a ponerse de manifiesto, como a lo largo de toda su vida, como hombre y como escritor:

*(...) mi verso brota de manantial sereno;  
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.  
Adoro la hermosura, y en la moderna estética  
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;  
mas no amo los afeites de la actual cosmética  
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.*

*Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente, entre las voces, una.  
¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.*

*Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.*

*(...)  
Y cuando llegue el día del último viaje  
y esté a partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.*<sup>11</sup>

11 Machado, Antonio: *Obras Completas*, I, cit., pp. 491 y 492.

La última vez que Granados habló con Antonio Machado fue en Valencia, en el año 1937, aunque volvió a verlo fugazmente en Barcelona al año siguiente:

12 En *Las Españas...*, cit., s/p.

*Conocí la noticia de su muerte en París, el mismo día 23 de febrero de 1939. Me la comunicó Corpus Barga.*<sup>12</sup>

Antonio Machado murió en Collioure, ya en tierras francesas, el 22 de febrero de 1939, nada más pasar la frontera e iniciado el exilio; tres días después moría también su madre, siendo enterrados los dos en el cementerio de aquel pueblecito francés. La muerte de Machado fue la muerte del hombre leal y consecuente, sincero y tímido, estoico y valiente, que no entendió nunca por qué España tuvo que padecer el dolor que padeció, y por qué tantos españoles sufrieron la injusticia, la incomprensión y la marginación. En el poema “Meditación del día”, recitado ante amigos en Valencia en 1937, podemos leer su pensamiento sobre la guerra en aquellos dramáticos momentos:

*Frente a la palma de fuego  
que deja el sol que se va,  
en la tarde silenciosa  
y en este jardín de paz,  
mientras Valencia florida  
se bebe al Guadalaviar  
—Valencia de finas torres  
en el lírico cielo de Ausias March,  
trocando su río en rosa  
antes que llegue a la mar—  
pienso en la guerra. La guerra  
viene como un huracán  
por los páramos del alto Duero,  
por la llanuras de pan llevar,  
desde la fértil Extremadura  
a estos jardines del limonar,  
desde los grises cielos astures  
a las marismas de luz y sal.  
Pienso en España vendida toda,  
de río a río, de monte a monte, de mar a mar.*<sup>13</sup>

13 Machado, Antonio:  
*Obras Completas*, I, cit., p.  
829.

El día 22 de enero de 1939, Antonio Machado había marchado con su familia y junto con otros intelectuales en dirección a la frontera de Francia, adonde llegaron tras duras penalidades el día 27 del mismo mes. Machado, muy enfermo, tenía 64 años y le acompañaban su madre Ana Ruiz y su hermano José; se instalaron en Collioure el día 29, en el hotel Bougnol-Quintana. El paso de la frontera lo hicieron a pie y bajo una intensa lluvia, junto a una gran cantidad de personas que huían desde diversos lugares, sobre todo de Cataluña: en unos pocos días pasaron la frontera más de cuatrocientas mil personas. El gobierno republicano se había trasla-

dado de Barcelona a Gerona, teniendo lugar en Figueras, el 1 de febrero, la última sesión parlamentaria en suelo español.

En el homenaje mexicano que comento, Granados terminó su alocución diciendo que el espíritu de Antonio Machado vivía entre todos los exiliados, porque su recuerdo no podrá ser borrado de su memoria.

Tras Granados, y en último lugar, en aquel homenaje intervino Luis Santullano, colaborador de la revista. El acto se había alargado mucho por lo que Santullano se limitó a referir algunos recuerdos personales que le seguían uniendo a la memoria del escritor, destacando su faceta de lector asiduo, sobre todo de textos de filosofía.

La publicación resultante de aquel homenaje a la que me vengo refiriendo se cierra con una selección de textos del *Juan de Mairena*, un escrito de Antonio Machado titulado “Los milicianos de 1936” y fechado en Madrid en agosto de aquel fatídico año, una foto del poeta de joven y el poema manuscrito que empieza “Esta luz de Sevilla...”, un soneto que le había dedicado a su padre, don Antonio Machado y Álvarez, prestigioso folclorista conocido por el pseudónimo “Demófilo”:

*Esta luz de Sevilla... Es el palacio  
donde nací, con su rumor de fuente.  
Mi padre, en su despacho. La alta frente,  
la breve mosca, y el bigote lacio.  
Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea  
sus libros y medita. Se levanta;  
va hacia la puerta del jardín. Pasea.  
A veces habla solo, a veces canta.  
Sus grandes ojos de mirar inquieto  
ahora vagar parecen, sin objeto  
donde puedan posar, en el vacío.  
Ya escapan de su ayer a su mañana;  
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,  
piadosamente mi cabeza cana.<sup>14</sup>*

14 Ídem, ib., p. 666.

## **EL EXILIO MEXICANO DE LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES**

Muchos de los mejores intelectuales, escritores y artistas españoles iniciaron el camino del exilio al término de la guerra civil. ¿Qué señas de identidad les pueden quedar a quienes, en plena juventud o en plenitud creadora, tienen la necesidad de exiliarse? Probablemente sólo los recuerdos y su propia tradición cultural –de algún modo rota a partir de ese momento–, de ahí la importancia que tuvieron esas asociaciones de

exiliados que mantuvieron viva la llama de la cultura española desde sus destinos de exilio.

El exiliado es, casi siempre, una persona que debe abandonar sus raíces e iniciar la nada fácil tarea de plantar unas nuevas en otro lugar, a menudo muy distinto y distante del suyo originario. Al hecho cotidiano de procurarse trabajo, alimento y vivienda, deberá unir el esfuerzo de indagar en una sociedad y en una cultura que no son las suyas, en busca de algunos puntos de referencia que le permitan volver a tener, en el seno de una nueva sociedad, sentimientos, ideas y proyectos.

En el caso concreto de los exiliados republicanos españoles, que iniciaron su aventura europea o americana en los últimos momentos de la guerra o tras el fin de la misma, confluuyó otro factor, además de los citados: el convencimiento de que el suyo era un destierro transitorio y que, pasado no mucho tiempo, volverían a una España leal y legítima; ese convencimiento, día a día y año a año, fue chocando contra el muro de una dictadura que duró, en contra de su inicial convencimiento, casi cuarenta años. Pasado tanto tiempo, ya no era posible el retorno: había transcurrido la mejor parte de unas vidas que ya eran mexicanas, norteamericanas, dominicanas, cubanas, argentinas, uruguayas, francesas (...) <sup>15</sup> Algunos habían muerto... Y, en casi todos los casos, sus raíces españolas seguían siendo los recuerdos, aunque más lejanos y distantes, de un país al que habían dejado en manos de un poder impuesto por la fuerza y con una sociedad rota por una larga e injustificable guerra civil.

El desgarró de los exiliados republicanos españoles era doble: al hecho mismo del destierro se le unía el sentimiento de saberse perdedores, aun estando en posesión de la legítima razón política, que habían defendido con dignidad. Cada cual tuvo que buscar, a menudo desesperadamente, un nuevo lugar en el que reiniciar su vida, no sin pasar, en bastantes casos, la humillación de unos campos de concentración crueles e inhumanos, como los franceses, antes de poder encontrar un rumbo más seguro que les condujera a un lugar en el que pudieran disfrutar de paz y de libertad.

México acogió a millares de refugiados republicanos españoles de una manera institucionalmente organizada, gracias a la valentía de un magnífico estadista, Lázaro Cárdenas, quien no dudó, además, en recibirlos con los honores de que eran merecedores, pues para el pueblo mexicano la derrota de los republicanos en la guerra española no supuso ningún deshonor, ya que los vencedores habían sido quienes se habían rebelado contra el poder legítimo. El presidente Cárdenas quiso hacer justicia a los vencidos republicanos españoles ofreciéndoles tanto las garantías jurídicas que corresponden en esos casos a asilados políticos, tratándose de estados de derecho, como sus simpatías por su proyecto social y político, ya roto, que representaba la 2ª República, haciendo posible que iniciaran una nueva vida en libertad, fuera cual fuera su origen y procedencia.

15 El 13 de octubre de 1991 tuve la oportunidad de pronunciar una conferencia sobre la obra literaria de los poetas exiliados del Grupo del 27 en el Ateneo Español de Ciudad de México, una institución fundada en 1949 por los españoles que fueron acogidos por México; a la conferencia acudieron muchos exiliados que no habían vuelto a España, y que no tenían intención de volver, a pesar de que hacía más de 13 años que se había aprobado la Constitución española. Eran mexicanos, también españoles..., pero de la España de 1939.

*México fue como tierra de promisión. Lázaro Cárdenas, y Narciso Bassols e Isidro Fabela, delegados ante la Sociedad de Naciones, denunciaron desde el primer momento de la guerra civil la política de No Intervención como un engaño ideado para aislar a la República mientras se dejaba hacer a Italia y Alemania.*<sup>16</sup>

16 Santos Juliá: *Ob. cit.*, p. 12.

El gobierno mexicano, por medio de Bassols, había defendido con extrema firmeza el Gobierno legítimo de España ante la Sociedad de Naciones ya en el mes de octubre de 1936. Isidro Fabela, por su parte, fue la autoridad mexicana que se encargó directamente de diseñar una política de acogida a los exiliados españoles.

Aunque no hay registros exactos de los españoles refugiados en México, pudieron llegar entre 30.000 y 40.000, muchos de ellos escritores, arquitectos, profesores universitarios, maestros, abogados, militares, economistas, artistas, políticos, ingenieros, médicos, es decir una emigración de profesionales e intelectuales en plenitud productiva que se incorporó a sus propios trabajos en el país que les acogió. Entre ellos, José Gaos, Joaquín Xirau, Emilio Prados, Luis Cernuda, Juan J. Domenchina, José Bergamín, Manuel Altolaguirre, Luis Buñuel, León Felipe, Juan Rejano, José Giral, José Puche, Antonio Sacristán, César Pi Suñer, Bernardo Giner de los Ríos, Max Aub, Eduardo Ugarte, Salvador Bartolozzi, Antoniorrobes, Mercedes Díaz Roig, José Renau, Enrique Guarnier, Pedro Garfias, Luis Recasens, Rodolfo Halffter, Linares Rivas, José Miaja, Agustí Bartra, Margarita Nelken o Concha Méndez. Los refugiados españoles en México participaron intensamente en la creación de “El Colegio de España”, hoy “El Colegio de México”, un foco de actividad científica y cultural importantísimo en el que tienen su sede diversos centros de investigación de gran prestigio; también ayudaron a la aparición de la famosa editorial “Fondo de Cultura Económica”, así como se incorporaron a los departamentos académicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), entre otras instituciones.

*Lugar especial en su historia –se refiere a la acogida de México a los españoles refugiados– merece el recibimiento dispensado al general Miaja y la multitudinaria acogida al buque Sinaia, un acontecimiento capital en la construcción de la imagen del refugiado republicano en México.*<sup>17</sup>

17 Ídem, *ib.*, p. 13.

Aún en 1940, el 1 de julio exactamente, Lázaro Cárdenas, cuyo mandato presidencial concluía a finales de ese mismo año, dio instrucciones a su ministro Luis I. Rodríguez para que comunicara al gobierno de Francia que el gobierno mexicano acogería a todos los refugiados españoles que residían en el país vecino: Europa estaba en plena 2ª Guerra Mundial, y México quería evitar el peligro que corrían aquellos republicanos españoles

exiliados en Francia, tras la declaración de guerra de Alemania, que no dudó en perseguirlos en sus nuevos destinos.

Lázaro Cárdenas, en un homenaje que se le hizo tras acabar su mandato como Presidente del gobierno mexicano, se dirigió a los exiliados españoles con estas palabras:

*Al llegar ustedes a esta tierra nuestra entregaron su talento y sus energías a intensificar el cultivo de los campos, a aumentar la producción de las fábricas, a avivar la claridad de las aulas, y a hacer, junto con nosotros, más grande la nación mexicana.*<sup>18</sup>

<sup>18</sup>Vid. *Homenaje a México. 1939-1979, la historia contemporánea de una emigración*. México, D.F.: Ateneo Español de México, 1980, pp. 5-6.

México, por medio de su Presidente Cárdenas, inició así lo que hoy es ya una arraigada tradición en el estado mexicano: su capacidad y disposición para acoger a asilados políticos, pues a los españoles les siguieron chilenos, argentinos, salvadoreños, guatemaltecos o nicaragüenses. Los exiliados españoles en México siempre supieron responder a aquel gesto con el mayor de los respetos, además de con un profundo agradecimiento y un sentido y sincero cariño.

## EL PÁJARO DE PAJA

Hilario Priego y José Antonio Silva

**E**l *Pájaro de Paja* vio la luz por primera vez en el mes de diciembre de 1950.<sup>1</sup> Su aparición era fruto de la iniciativa conjunta de Ángel Crespo, Gabino Alejandro Carriedo y Federico Muelas, quienes se proponían complementar con esta revista poética otra del mismo carácter que la Diputación de Ciudad Real había encargado al primero de ellos, y cuyo nombre habría de ser el de *Deucalión*. El propio Crespo contó el episodio en el número 0 con el que acompañó algunos años más tarde la reedición facsímil de la publicación manchega: “No sé cómo conoció Carriedo a Federico Muelas, pero lo que sí recuerdo es que cuando le dije a Gabino que iba a aparecer *Deucalión*, se entusiasmó y me propuso que sacásemos entre Federico, él y yo una revista pagada y dirigida por los tres, que aparecería en Madrid, no periódicamente, sino de vez en cuando. La idea me pareció muy buena porque pensé que, como en efecto ocurrió, ambas revistas se apoyarían y complementarían. *Deucalión* fue la revista *seria*, aunque vanguardista, mientras *El Pájaro de Paja* [...] se permitiría alguna que otra pirueta”.<sup>2</sup>

Según Ángel Crespo, el nombre lo decidieron Carriedo y él “tras una divertida discusión”; Muelas lo aceptó de buen grado, aunque en alguna ocasión confesó que le hubiera gustado llamarla *Vencejo*, para jugar con el doble significado de la palabra y con la V inicial que, en su opinión, tenía algo de pájaro en vuelo. Todas las entregas de la revista llevaron el subtítulo de “Carta Circular de la Poesía”, y aparecieron como “remitidas” por Gabino Alejandro Carriedo desde sus sucesivos domicilios en la capital de España; la Carta Quinta (de agosto de 1951) añadió en la portada la indicación “Santander. Verano”, y ello induce a pensar que fue elaborada desde el retiro vacacional del poeta palentino.

Curiosamente, el trío fundador no figuró en ningún número como responsable conjunto de *El Pájaro de Paja*. Las nueve primeras Cartas no señalan a nadie al frente de la publicación, al margen del ya mencionado “remite” de Carriedo; la Décima aparece al cuidado de éste y de Federico

1 Hay edición facsímil de la revista, con introducción de Jaume PONT, en Archeles, Ciudad, Real, 1998.

2 Ángel CRESPO. “Notas, después del diluvio, para el nuevo viaje de *Deucalión*”. Número 0 de la edición facsímil de *Deucalión*. Ciudad Real. 1986.



Muelas, y en la Undécima –y última– se une a sus nombres como directores el de Francisco Chavarría Crespo, médico conquense que mantenía una estrecha relación de amistad con el autor de *Poema de la condenación de Castilla*. La desaparición de Crespo parece que se debió a un cierto distanciamiento (pasajero, por lo demás, pues pronto emprenderían juntos nuevas aventuras, como la de *Poesía de España*) con Gabino Alejandro, y la presencia de Muelas en la etapa final de la revista no pasó de lo meramente nominal. En todo caso, y como ha señalado César Augusto Ayuso, el verdadero responsable de *El Pájaro de Paja* fue siempre Carriedo; él era quien se ocupaba



Federico Muelas, Gabino A. Carriedo y Ángel Crespo "pensando" *El Pájaro de Paja*.

de reunir el material para cada número, quien lo llevaba a la imprenta, etc., y el papel de Crespo y de Muelas se reducía a dar algunos consejos y a moderar un poco sus continuas extravagancias y audacias, además de aportar colaboraciones de poetas conocidos.<sup>3</sup>

El propio Ayuso ha ofrecido también testimonios de las dificultades (no muy diferentes de las que afrontaron otros muchos poetas de la época en similares circunstancias) con que se encontraba Carriedo a la hora de sacar la revista; ello puede explicar, en parte, la discontinuidad de *El Pájaro de Paja* en su cita con los lectores. En efecto, la aparición de las distintas Cartas estuvo marcada —sobre todo, al final— por la irregularidad: las seis primeras vieron la luz entre diciembre de 1950 y octubre de 1951, con una separación aproximada de dos meses; en 1952 se publicaron números en febrero y julio, y los dos años siguientes sólo ofrecen una entrega cada uno (ambas en abril); por último, para la Carta Undécima hay que esperar hasta el mes de mayo de 1956. *El Pájaro de Paja* no saldría ya más, a pesar de que Carriedo apuntó en alguna ocasión su intención de volver a editarla, introduciendo en ella novedades (como secciones de crítica o poesía extranjera, por ejemplo) que la hicieran más atractiva e interesante.

Los once números que vieron la luz tuvieron como característica común una confección extremada y queridamente sencilla; frente a su hermana *Deucalión*, a la que el mecenazgo institucional garantizó durante toda su existencia papel abundante (treinta y dos páginas por número) y de buena calidad, además de una excelente impresión, cada Carta de *El Pájaro de Paja* se editó en un humilde cuadernillo de seis hojas, con un papel bara-

3 César Augusto AYUSO. *El realismo mágico. Un estilo poético en los años cincuenta. El toro de barro*. 1995, páginas 38-40).

to y una tipografía pobre e irregular. Eso no significa, sin embargo, que no fuese una revista cuidada, dentro de su modestia; como la propia *Deucalión* y como la mayor parte de las publicaciones que se situaron más tarde en su órbita, *El Pájaro de Paja* prestó una atención especial al aspecto plástico y contó con la colaboración gráfica de algunos ilustradores de estética vanguardista más o menos afín. En sus páginas aparecieron dibujos de Ángel Ferrant (Carta Segunda), Gregorio Prieto (Tercera), Francisco Nieva (Cuarta), Mathias Goeritz (Sexta) y Rafael Zabaleta (Décima); además, María Luisa Madrilley realizó pequeñas ilustraciones para algunos de los números. En la portada, y bajo las letras del título (obra de Carriedo, como el pájaro que figuró siempre en la última página), cada Carta llevaba una pequeña viñeta de trazo deliberadamente elemental y espontáneo, en la mayor parte de los casos con toda la gracia y la ingenuidad de los dibujos infantiles; tales viñetas corrieron a cargo del propio Carriedo (Cartas Primera y Sexta), Ángel Crespo (Segunda, Séptima y Novena), Federico Muelas (Tercera), María Luisa Madrilley (Cuarta), Enrique Núñez Castelo (Quinta), M<sup>a</sup> Luz Muelas (Octava) y Rafael Millán (Décima y Undécima).

Desde el punto de vista literario, *Deucalión* y *El Pájaro de Paja* aspiraban a llenar el vacío creado en la poesía española tras el fracaso del postismo, el primer movimiento que se había planteado en la posguerra una renovación estética desde posiciones vanguardistas. Los postistas habían irrumpido en el panorama literario en 1945, de la mano de Chicharro Hijo, Silvano Sernesi y Carlos Edmundo de Ory, con todos los rasgos externos de las vanguardias históricas: un nombre que hacía referencia a los *ismos* anteriores, un grupo fundacional, publicación de manifiestos y revistas (como *Postismo* y *La Cerbatana*), etc. Sin embargo, su reducido bagaje creativo y una cierta inclinación hacia los gestos bufos y provocativos habían impedido que se valorara adecuadamente su apuesta de renovación. El movimiento fue acogido con recelo desde los ámbitos cercanos al poder, por sus evidentes puntos de contacto con las experiencias vanguardistas anteriores a la guerra (sobre todo, con el surrealismo), y tampoco fue bien entendido en círculos literarios más abiertos, que vieron en él vanguardia antigua y decadente, en un momento histórico en el que se consideraba prioritario poner la palabra poética al servicio de la transformación social y política del país; lo ha escrito Luis Antonio de Villena, para quien el postismo fracasó por decrepitud aparente, pues sus propuestas estéticas parecieron “viejas” en un contexto en el que “lo nuevo” era “la poesía como comunicación, el compromiso, la poesía militante, directa, salvadora y engrandecedora del hombre”.<sup>4</sup>

Hubo escritores, sin embargo, que creyeron en la posibilidad de una revolución poética desde posiciones como las mantenidas por el postismo, e intentaron relanzar el movimiento; en 1949, Ángel Crespo, Gabino Alejandro Carriedo y Félix Casanova de Ayala impulsaron su recuperación, en un episodio de escasa repercusión que terminaría, además, con importantes disensiones entre estos poetas y alguno de los creadores del postismo,

<sup>4</sup> Luis Antonio DE VILLENA. “El postismo en los días de Venecia”. *Barcarola*, número 50, de junio de 1996, página 239.

lo que supuso la ruptura definitiva de cualquier afán vertebrador. Es en estas circunstancias en las que debe situarse el nacimiento de *El Pájaro de Paja*; con su creación, Crespo y Carriedo se proponían dar continuidad, desde fuera del movimiento, a algunas de las propuestas renovadoras del postismo, “con la bienintencionada idea de aclarar y dilucidar el momento poético español”, según escribiera el propio Carriedo en el número 2 de *Deucalión*; para ello, incorporaron al grupo a Federico Muelas, un autor muy interesado por las novedades, en aquellos momentos, y cuya posición en el mundo literario más o menos oficial podía resultar de gran ayuda. De esta manera, con la nueva revista se apostaba por el mantenimiento en la poesía española de la época de una actitud imaginativa, lúdica, anticonvencional y antirretórica que se rebelaba tanto contra la mediocridad del momento cultural como contra las corrientes líricas dominantes.

Por lo demás, y aunque *El Pájaro de Paja* se planteaba la superación del postismo, la impronta de este movimiento no sólo se manifestó en sus páginas, como veremos, sino en el desenfado y el espíritu provocativo con que actuaron sus promotores. Es sabido, por ejemplo, que los pocos ejemplares que se vendían (la revista se enviaba gratis a amigos y conocidos de los fundadores) eran exhibidos en una jaula en el escaparate de una pajarería madrileña, y que el escaso dinero recaudado se dedicaba a costear el alpiste de los pájaros del establecimiento. Otro gesto (de mayor alcance, por su profunda carga crítica) fue la convocatoria paródica en 1951 de un supuesto “Premio El Pájaro de Paja de Poesía”; las bases del certamen cuestionaban con humor corrosivo el valor mismo de los concursos poéticos y la imparcialidad de los jurados, además de arremeter contra las tendencias dominantes.

La huella del postismo en *El Pájaro de Paja* no se reduce, sin embargo a aspectos (interesantes, sin duda, pero más bien anecdóticos) como los que acabamos de señalar; al contrario, es bien reconocible en los planteamientos estéticos de sus creadores, como puede verse mediante una lectura atenta de “La escoba”, el texto (de intencionalidad transparente desde el propio título) con el que se abría la Carta Primera de la revista. Con el desenfado de alguno de los Manifiestos del Postismo (aunque sin su profundidad programática), los creadores de *El Pájaro de Paja* proclamaban, en primer lugar, su necesidad imperiosa de escribir, y hacían a continuación una defensa apasionada del humor y de la actitud lúdica ante la vida como aspectos esenciales de su propuesta: “Al ahondar la materia y aplicar el escarpelo a las tenebrosas raíces de nuestra espiritualidad, trataremos de reír, no de sonreír. La sonrisa no nos gusta; preferimos reírnos a mandíbula batiente, aunque hayamos de estremecernos hasta la médula”. El mundo, añadían, es fundamentalmente serio, pero también hace reír: “Hemos de mirar la vida con desparpajo y hasta con cierto aire de negligencia. Esto le va bien a la figura”. Como ha puesto de relieve Jaume Pont al referirse a los postistas, no es difícil ver bajo los ropajes expresivos del humorismo una profunda exi-

5Jaume PONT. *El Postismo. Un movimiento estético-literario de vanguardia*. Edicions del Mall. Barcelona. 1987, páginas 228-229.

gencia trágica; mediante el humor, el poeta hace patente su disconformidad con el orden establecido del mundo que le rodea, de modo que éste queda convertido “en comedia grotesca, absurda, extravagante o ridícula, irónicamente melodramática y, a veces, monstruosa, pugnando por reencontrarse en una expresión poética a medio camino del radical exabrupto de Quevedo, la caricatura de Valle Inclán, el humor negro de André Breton o el verbo excéntrico de Gómez de la Serna”.<sup>5</sup>

“La escoba” rechazaba a continuación con ironía el preciosismo que había hegemonizado poéticamente los primeros años de la posguerra (“Hemos dicho que nos interesa lo metafísico, pero no lo metafórico. También nos interesa lo metapsíquico, lo metatársico y lo metacarpiano”), y se desvinculaba igualmente del tremendismo existencialista con que se había intentado neutralizar a aquél a partir, sobre todo, de la publicación de *Hijos de la ira* (“El mundo está hecho, pero, ¿quién arregla el mundo? La pena dura tanto como la pana y la risa brilla por su ausencia [...] No. no corresponde a los poetas el arreglo del mundo”). Como hombres, los escritores de *El Pájaro de Paja* se manifestaban “verdaderamente sujetos al estigma de lo truculento, de lo inesperado y de lo sorprendente”, y a desvelar estos aspectos es a lo que aspiraban con su grito “pulmonar, telúrico y taumatúrgico”. De ahí la declaración de principios con que cerraban su carta de presentación; en cuanto escritores, se sentían llamados a hacer una poesía inédita y distinta, capaz de alumbrar una nueva realidad, y ponían el énfasis, ante todo, en lo puramente poético: “Si sabemos que la trascendencia nos rige, tampoco olvidamos que la poeticidad es el primero, indispensable elemento conformativo del poema [...] Y en verdad, en verdad decimos que, siendo cual lo somos, listos como el hambre, los poetas no nos interesan lo más mínimo; pueden ser rubios o morenos, altos o bajos, guapos o feos, cultos o peces, protegidos o postergados. Lo único que nos interesa es la obra de los poetas, o la de aquellos que, no siendo poetas, hagan poesía por hirsuta casualidad”.

La Carta Undécima (separada de las anteriores, como ya se apuntó, por varios años) se abrió también con un texto de presentación cuyo título “El rastrillo” enlazaba perfectamente con el del primer número. El largo silencio obligaba, quizás, a una justificación de la nueva salida, y a ello se aplicó Carriedo (Muelas y Crespo no participaron en la redacción del texto) con un humor mordaz e irreverente no exento, sin embargo, de un punto de amargura en algunos momentos. Tras una alusión inicial al “letargo de siglos” de *El Pájaro*, el autor de “El rastrillo” arremetía contra quienes les habían sido hostiles en su andadura anterior (“El demonio se los comerá tarde o temprano, porque —¿lo dijo el Eclesiastés?— no hay mayor pecado que el de la envidia. La envidia, como lepra purulenta”) y contra aquellos que los habían tachado de locos; daba las gracias también a quienes habían creído en ellos y los habían apoyado, y proclamaba de nuevo sus preferencias por una poesía limpia, que revelase los aspectos más profundos de la realidad con alegría y sencillez; así mismo, renovaba su reivindicación del

humor como actitud ante la vida: “Si por destemplado se entiende la alteración de lo serio, nosotros somos destemplados. Pero quede bien claro: cuando nos percatemos de que lo superfluo es profundo en la misma medida que lo profundo es superfluo habremos adelantado mucho. Sin alegría nada es posible. ¿Lo dijo el Eclesiastés? Hay que verterla a cubos en todos los rincones”. Finalmente, y con una nueva alusión a sus detractores, reafirmaba Carriedo su voluntad de perseverar en el empeño: “renovamos nuestro voto y nos hacemos a la mar, donde los caimanes esperan”.

César Augusto Ayuso ha puesto de relieve la contribución de algunos de los poetas de *El Pájaro de Paja* al nacimiento de un estilo nuevo y caracterizado por una peculiar manera de presentar la realidad, al que se ha dado en llamar *realismo mágico*. En esencia, tal estilo consiste en un modo diferente y original de tratar los temas eternos de la poesía, en contraste con la retórica con que se han abordado tradicionalmente; tales temas (y otros que también serán sometidos a este nuevo tratamiento) “conocen una transubstanciación mágica a través de la imaginación de lo humilde, que alcanza una dimensión trascendente en su misma raíz de certeza diaria y perecedera. Para los poetas del realismo mágico ya no es el tema lo trascendente en sí, sino el modo de tratarlo, la capacidad del lenguaje de convocar el misterio, de sondearlo y desvelarlo acercándose a lo que las cosas tienen de esencial”. El medio utilizado para aquella transubstanciación mágica es un lenguaje de raíz aparentemente coloquial, desprovisto de cualquier elemento superfluo, aunque estos poetas jamás olvidan “el poder de convocatoria de la palabra y sus mil irisaciones en el acontecer diario, la potestad intuitiva de la memoria humana que se funde en mundos interiores insondables donde el vuelo imaginativo es más libre”.<sup>6</sup> Este modo de proceder no es ajeno a la influencia de algunos poetas postistas, y en *El Pájaro de Paja* se manifestó de manera singular en las colaboraciones de Ángel Crespo y Gabino Alejandro Carriedo.

Este último fue el escritor que más veces apareció en la revista, pues no faltó en ninguna de sus Cartas (si bien en la última firmó un poema en colaboración con el portugués Antonio Rebordao Navarro). Las composiciones de Carriedo en *El Pájaro de Paja* representan, en muchos aspectos, el nuevo modo de hacer poesía a que nos acabamos de referir. “La langosta” (4)<sup>7</sup> e “Historia de la vaca” (10) se integrarían más adelante en *Los animales vivos* y, como es habitual en este libro, ofrecen un lenguaje ilógico y lúdico, a través del cual se presenta un universo animal incoherente y de sorprendentes metamorfosis, en el que cabe ver a veces un correlato del mundo humano. En la misma línea de frecuentación del absurdo se sitúa “Para comprender las cosas” (8), una composición bien representativa del estilo personalísimo de Carriedo y de su gusto por las estructuras paralelísticas o por las enumeraciones caóticas. “Parábola del Cristo” (2) poetiza en versos de claro simbolismo el poder transformador de la palabra de Jesús, mientras que “Margen derecha del río” (3) habla de la fusión hombre-naturaleza,

6 César A. Ayuso. *El realismo mágico...*, citado, página 123.

7 Los números de los paréntesis se refieren siempre a la Carta en que apareció cada poema.

al presentar a un ser humano que contempla un río y acaba mágicamente convertido en uno de los juncos de sus orillas. Mágico es también “Mensaje a una mujer” (5) –perteneciente a *Del mal, el menos*–, aunque el tema amoroso le presta un aire más intimista. “Versos a la muerte de mi madre” (6) afronta con emoción el doloroso acontecimiento a que hace referencia su título, y critica algunos de los convencionalismos que rodean a la muerte en nuestra sociedad; por su parte, “Oda reciente a los cirujanos del mundo” (7) –escrito en las mismas circunstancias que el poema anterior– contiene una durísima acusación contra la deshumanización de la medicina, en una estructura acumulativa de repeticiones y enumeraciones de intensidad creciente, que estalla con crudeza en los versos finales. Por último, “Confesión a medias” (9) revela una profunda crisis personal, en un lenguaje deliberadamente sencillo y prosaico.

En *El Pájaro de Paja* aparecieron también tres de los denominados ‘anónimos chinos’, que se atribuían comúnmente a la pluma de Carriedo; él mismo declaró “solemnemente”, en nota al publicado en la Carta Novena, que estos poemas no eran suyos, sino que los había extraído “de gruesos libros de arte y poesía chinos”, limitándose su papel a “darles una forma más afortunada que la que recibieron de sus traductores”. Según relató Ángel Crespo (en las “Notas...” que citábamos al principio), Carriedo le aseguró que eran poemas traducidos de versiones francesas, aunque luego le divertía contar a algunos amigos (nunca al propio Crespo) que se trataba de una invención suya, mientras decía a otros que eran auténticamente chinos. En cualquier caso, los poemas tienen calidad, y ponen de relieve la capacidad creadora del escritor palentino, sea como adaptador, sea (lo que parece más probable) como verdadero autor de los mismos.

En cuanto a Ángel Crespo, su aportación al realismo mágico aparece teñida de evidentes rasgos postistas, por más que el propio escritor estuviese empeñado en aquellos momentos en desvincularse del movimiento que poco tiempo antes había intentado impulsar. De raíz postista es, por ejemplo, el sentido lúdico de poemas como “Palabrero” (8) o “El payaso” (9); en el primero, Crespo aborda desde la ironía y el juego constante el oficio de escritor, mientras que en el segundo un tratamiento similar no oculta, sin embargo, la ternura que siente el poeta hacia la figura del payaso. Postistas son también algunos rasgos lingüísticos de estas composiciones, como ciertos paralelismos y repeticiones estructurales de “A una mujer encinta” (2). Pero los poemas que más claramente se adscriben al realismo mágico son, quizá, “San Isidro Labrador” (4), “Romance del buen obispo” (5) y “Versos de la oveja” (6); el primero se sitúa en una línea –muy grata a su autor– de desmitificación de motivos tradicionales (en este caso, el religioso): con un lenguaje sorprendente, por lo inusual, Crespo desnuda de toda solemnidad la devoción al santo, y el poema ofrece una visión del tema, entre irónica y lúdica, de gran originalidad. Algo parecido puede decirse del “Romance del buen obispo”, aunque el afán desmitificador es aquí más visible por el

tratamiento absurdo a que es sometido el protagonista. En cuanto a “Versos de la oveja”, ofrece otro tema del gusto del autor el animalístico, y en él la aparición de lo mágico al final le da a la composición un cierto carácter simbólico. “El invisible” (3) y “El aire” (10) participan de esta visión misteriosa de la realidad, mientras que “Un vaso de agua para la madre de Juan Alcaide” (7) presenta una estética realista de gran eficacia expresiva: Crespo evoca a la madre del poeta valdepeñero (recién fallecido) ante el féretro de su hijo y, con un lenguaje extremadamente claro y sencillo, compone un canto de belleza estremecedora sobre el dolor materno.

El caso de Federico Muelas se ha señalado repetidamente no deja de resultar curioso. Aunque todavía no había publicado ningún libro, en los años de *El Pájaro de Paja* era ya un escritor respetado en los ambientes literarios madrileños, y contaba con una gran experiencia poética como “sonetista admirable” y “delicado canzonetista”, según dijera de él Carlos de la Rica. Ello no le impidió, sin embargo, apostar por una aventura vanguardista (y arriesgada) como la emprendida por Crespo y por Carriedo, a la que aportaría no sólo su privilegiada posición en los círculos oficiales, sino una personalísima manera de entender la renovación que propugnaban sus compañeros. En efecto, de esta etapa de Muelas nos ha quedado un puñado de excelentes poemas, llenos de vigor expresivo y de un lenguaje experimental, de raíz surrealista, de indiscutible originalidad. Entre los publicados en *El Pájaro de Paja*, marcados casi en su totalidad por un acusado carácter exhortativo muy acorde con la personalidad del escritor, sólo “Llanto en el umbral” (1) queda fuera de esta línea innovadora de la que hablamos, por el tratamiento más o menos tradicional que en él recibe el tema religioso. El contraste lo ofrece, por ejemplo, “Interpelación al ángel cerca de la tierra” (3), donde la misma temática se afronta con una sorprendente riqueza imaginística y una gran fuerza verbal. En una línea similar de imaginación creadora están otros poemas como “Confidencia primera” (2) o “La cosecha” (6), pero en ellos son visibles, además, ciertos elementos formales (como estructuras repetitivas, bimetraciones, etc.) muy del gusto de los poetas “pajareristas”, quizá por influencia de Gabino Alejandro Carriedo. “Poema en la ribera de la indecisión” (4) explora en los abismos de la irracionalidad, y apunta hacia una desazón muy íntima del autor, mientras que “Casi cántico” (5) y “Página” (7) se acercan poéticamente al mundo de la mujer. Por último, Muelas publicó en *El Pájaro de Paja* dos de sus conocidas “Arengas” (8 y 10), originales composiciones en las que alcanza la culminación su torrente verbal.

Junto al trío fundador de la revista, hay que destacar la presencia en sus páginas de dos de los creadores del postismo: Carlos Edmundo de Ory y Eduardo Chicharro. El primero de ellos colaboró con una única entrega, después de la cual se distanció del grupo y no volvió a firmar ni en ésta ni en otras de sus publicaciones más representativas, como *Deucalión* o *Doña Endrina*. Su aportación se redujo, pues, a los “Tres poemas para ser

felices y sencillos” de la Carta Primera, breves composiciones cuyos rasgos comunes eran las continuas referencias al mundo animal y un tratamiento absolutamente dislocado que las situaba en el plano del puro juego. En cuanto a Eduardo Chicharro, su colaboración se plasmó en tres entregas; de todas ellas, la más destacada fue, sin duda, “Carta de noche a Carlos” (5), un poema de gran libertad formal repetidamente antologado como síntesis estilística de muchos de los rasgos característicos de estos escritores y como homenaje a todo el grupo. “Romancillo” (1) y “El tambor mayor” (9), por su parte, están llenos de elementos postistas y presentan una búsqueda constante de la sorpresa expresiva y de la dislocación lógica y lingüística.

Juan Eduardo Cirlot, Miguel Labordeta y Gabriel Celaya fueron tres figuras de excepción que se incorporaron desde sus personales posiciones poéticas a la renovación propuesta desde *El Pájaro de Paja*. El primero colaboró con tres composiciones, de las cuales “Bajo el humo” (2) y “Confesión” (4) ofrecen un gusto muy similar por las imágenes simbólicas, dentro de una línea de irracionalidad que lo entronca con el movimiento surrealista. En cuanto a “El pájaro de paja” (10), constituye un homenaje a la propia revista y al tipo de poesía que ésta representaba; los últimos versos apuntan una premonición sobre el fin próximo de su andadura: “Y el pájaro de paja / sigue, con su verde mortaja. / Su corazón de azufre / sufre”. En cuanto a Miguel Labordeta, está representado por dos poemas: “Hermano hombre” (3) y “Severa conminación de un ciudadano del mundo” (7); el primero presenta una visión del ser humano de dimensiones cósmicas, si bien no faltan en ella algunos de los aspectos más sombríos de la vida, lo que lo convierte en una lúcida reflexión sobre la existencia. El segundo contiene una advertencia sobre la capacidad de autodestrucción del hombre, aunque el poeta parece pedir, al menos, la salvación del individuo, en versos de gran libertad formal y de solemne tono exhortativo.

El de Gabriel Celaya es, sin duda, un caso especial. Su participación en las revistas “pajareristas” fue muy frecuente, y los escritores vinculados a las mismas mantuvieron con él relaciones cordiales que, en algún caso, llegaron a la sincera amistad. Al margen de sus diferencias estéticas, Celaya representaba para ellos un ejemplo a imitar, por cuanto había sido una de las pocas voces que se habían atrevido a romper con el adocenamiento del preciosismo garcilasista; por otra parte, compartían con él un mismo interés por la realidad cotidiana y una clara vocación antirretórica, lo que les hacía sentirse poéticamente muy próximos a sus planteamientos. Como en otras publicaciones del grupo, en *El Pájaro de Paja* colaboró Celaya con fragmentos de “La buena nueva” (Cartas Segunda y Quinta).

Otros escritores que aportaron su prestigio a la revista con entregas aisladas (pero de gran valor simbólico, por lo que tenían de apoyo a su empresa renovadora) fueron Camilo José Cela, Gerardo Diego y Eugenio D’Ors. El primero publicó un “Poema humilde” (3) de actitud corrosiva, cuyo tratamiento lingüístico estaba muy acorde con el espíritu provocativo

de los postistas; según el propio Cela, la composición había sido “pateada entusiásticamente” el día de la inauguración de las “Alforjas para la Poesía”, que coordinaba Eduardo Alonso en el madrileño Teatro Lara. En cuanto a Gerardo Diego, entregó “Canción” (3), con una fusión muy personal de tradicionalismo formal y enfoque renovador (incluso lúdico) del tema amoroso; Eugenio D’Ors, por su parte, colaboró con tres poemas ocasionales bajo el título común de “Circunstancias” (6), con un tono festivo y de divertimento muy en consonancia con el desenfado de la revista. Desde posiciones independientes escribieron también en *El Pájaro de Paja*, por ejemplo, Enrique Azcoaga (cuyo “Poema” –en la Carta Décima– se acercaba, sin embargo, a alguno de los rasgos “pajareristas”, especialmente en el aspecto imaginístico), Carmen Conde (con “Hirviente rescoldo puro”, en la Carta Segunda), Fernando Quiñones (que firmó tres entregas) o Lorenzo Gomis. En la Carta Quinta se incluyó también un soneto de Juan Alcaide (al que algunos de los poetas del grupo admiraban profundamente), como homenaje tras su fallecimiento, y con un motivo similar se publicó en la contraportada del número 11 una breve composición de Eduardo Alonso.

En cuanto a los poetas más directamente vinculados (junto con Crespo, Carriedo y Muelas) a *El Pájaro de Paja*, constituyen en conjunto un grupo de escritores con afanes innovadores, al que la crítica se ha referido a veces como “generación del 51”, empleando para ello un marbete lanzado desde la propia publicación (véase la portada de la Carta Décima). Sin entrar en valoraciones acerca de la oportunidad de utilizar en este caso el método generacional (demasiado desprestigiado, por su empleo abusivo) y sin discutir la existencia real de un grupo que pueda llevar con propiedad aquella denominación, lo cierto es que en torno a *El Pájaro de Paja* se originó un movimiento de renovación poética a cuyo amparo se acogieron quienes creyeron posible continuar la labor emprendida por el postismo para remover el sombrío panorama literario español de los años cincuenta. Entre estos escritores, cabe señalar, en primer lugar, a Félix Casanova de Ayala, poeta canario que había participado junto a Crespo y Carriedo en el fallido relanzamiento postista en 1949; su colaboración en la revista se limitó a “Caza menor” (3), una composición claramente deudora –sobre todo en el aspecto fónico– del gusto por el juego que había caracterizado al movimiento de Ory, Chicharro y Sernesi. Lo mismo cabe decir de “Niño flaco” y “No tiene que ver nada”, de Gloria Fuertes, que se publicaron en la Carta Décima bajo el título conjunto de “Dos poemas importantes”; ambos forman parte de *Aconsejo beber hilo*, libro bien representativo del estilo de la autora en aquella época.

Antonio Fernández Molina fue uno de los más firmes defensores de la estética impulsada por *El Pájaro de Paja*, a cuya causa contribuyó desde Guadalajara con los seis números de la diminuta (pero cuidada) *Doña Endrina*. Los cuatro poemas que publicó en nuestra revista participan, en general, de una línea de irracionalismo que el autor cultivó con frecuencia; pueden

destacarse “Versos a mi abuelo” (6), visiblemente influido por el estilo de Carriedo, y “Cosas de muertos” (8), con un tratamiento anticonvencional del tema de la muerte que fue habitual en estos autores, como contraste con el desgarrado de los poetas de corte existencial o tremendista. Junto a Fernández Molina hay que situar a Antonio Leyva y José Antonio Suárez de Puga, jóvenes escritores que se sumaron con él al “pajarerismo” desde la capital alcarreña, donde publicaron la revista *Trilce*; en *El Pájaro de Paja* entregaron, respectivamente, “Atracciones” (9) y “El Brujo” (10), representativos ambos del realismo mágico característico de todos estos escritores.

Carlos de la Rica colaboró con “A Ezra Pound” (10), que constituye una de las primeras referencias poéticas de la posguerra española al escritor norteamericano, a quien se homenajea con una gran libertad estructural y de composición (versos libres, expresiones en varios idiomas, técnica de *collage*...); el poema ha sido considerado a veces un claro antecedente del culturalismo. Por su parte, José Fernández Arroyo publicó “Casi soneto 10” (5) y “Escribe el muerto” (9); ambas composiciones afrontaban el tema de la muerte desde un tratamiento anticonvencional como el señalado al hablar de Antonio Fernández Molina, y el primero de ellos formaba parte de una serie que el autor fue entregando durante aquellos años en todas las revistas del grupo.

Junto a estos poetas hay que situar a otros menos implicados en la vida del “pajarerismo”, aunque de uno u otro modo participaron de sus presupuestos estéticos o se sintieron próximos a ellos. Es el caso, por ejemplo, de Rafael Millán, autor de “Muerta en verano” (10), poema muy cercano en estilo e intención a “Un vaso de agua para la madre de Juan Alcaide”, de Ángel Crespo; o de Manuel Pacheco, que en “La bomba atómica” (9) nos dejó una buena muestra de su personal lenguaje poético, bronco y dolorido; con ellos se puede mencionar a Manuel Pinillos, Mario Ángel Marrodán o Emilio Ruiz Parra. Otros escritores, como Santiago Amón, Jaime Maestro, Isaac Oliva, Francisco Chavarría Crespo o Antonio Pérez,<sup>8</sup> entraron en *El Pájaro de Paja* de la mano de Carriedo o de alguno de los poetas próximos a éste, y estuvieron, en general, cercanos a sus presupuestos estéticos. Por fin, cabe destacar a Francisco de la Vega, autor que participaba en las tertulias del grupo y que publicó en la revista un emocionado “Responso al poeta Pin de Pría”, escrito en lengua asturiana.

Las colaboraciones recogidas en *El Pájaro de Paja* se completaron con las aportadas por algunos escritores extranjeros proclives, también, a la renovación literaria; entre ellos estuvieron, por ejemplo, el rumano Alejandro Busuioceanu, el dominicano Manuel del Cabral, el nicaragüense Mario Cajina-Vega, el colombiano Eduardo Cote Lamus, el portugués Antonio Rebordano Navarro o el belga Theodore Koenig. Además, y como muestra del interés que los postistas y sus continuadores sintieron por la infancia (en la que creían poder encontrar la exploración de impulsos imaginativos totalmente espontáneos), *El Pájaro de Paja* publicó en su Carta Undécima

8 La colaboración de este último apareció en la revista con la firma de Antonio Pérez and Pérez, lo que hizo pensar a algunos en una broma más de Carriedo, al estilo de la de los anónimos chinos. El autor del texto, sin embargo, era real, como lo era también su nombre (excepción hecha, claro está, del extravagante *and* que unía los dos Pérez del apellido): se trataba del mismo Antonio Pérez que, instalado entre París y Cuenca en los años siguientes, desarrollaría una importante actividad como bibliófilo, artista y coleccionista, fruto de la cual es la Fundación que hoy lleva su nombre y cuya sede se encuentra en el antiguo convento de las carmelitas de la capital conquense.

“Poema de la luna”, una composición de un niño francés de cinco años, extraída de un libro colectivo editado en el colegio dirigido por el conocido pedagogo C. Freinet.

Finalmente, convendrá recordar que, como ya hemos señalado, *Deucalión* y *El Pájaro de Paja* nuclearon un movimiento de renovación poética en el que se integraron algunas otras revistas de estética más o menos afín; Carlos de la Rica situó entre ellas a las ya citadas *Doña Endrina* (1951-55) y *Trilce* (1952-53), a la cacereña *Arcilla y Pájaro* (1953) y a la barcelonesa *Haliterses* (1952-53), si bien matizó que el “pajarerismo” de esta última –en la que él mismo participó– fue un tanto peculiar.<sup>9</sup> César Augusto Ayuso ha añadido también la jiennense *Aljaba* (1951-53), que dirigía el valdepeñero Emilio Ruiz Parra.<sup>10</sup> Además, y al igual que hicieron otras muchas revistas de la misma época, *El Pájaro de Paja* creó una colección de libros poéticos que llevó su mismo nombre, y cuyo propósito era el de facilitar la publicación de obras de los autores más o menos directamente relacionados con el grupo. En dicha colección se editaron cuatro títulos: *El paisaje contiguo*, de Félix Casanova de Ayala; *Del mal, el menos*, de Gabino Alejandro Carriedo; *Una carta de barro*, de Antonio Fernández Molina, y *Paz y concierto*, de Gabriel Celaya. La propia revista anunció en alguno de sus últimos números nuevos libros (de Miguel Labordeta, Federico Muelas, Eduardo Chicharro, Camilo José Cela, Ángeles Fernández, Francisco Chavarría o Ángel Crespo) que, sin embargo, no llegaron a salir.

<sup>9</sup>Véase, por ejemplo, “Vanguardia en los años cincuenta. (Desde el *ismo* a la generación)”. *Papeles de Son Armadans*, número CX, de mayo de 1965, página XXXVIII.

<sup>10</sup>*El realismo mágico* citado, páginas 66 y siguientes.



## DOS ARTÍCULOS DE FEDERICO MUELAS

Francisco Page

La obra de Federico Muelas girará después del año 1939 en torno a la ciudad de Cuenca. Una Cuenca intangible, personificación de un ente indefinido a la vez que preciosista, que porta en sus entrañas conceptos contradictorios o complementarios: madre, diosa, amante, paradigma de la estética o refugio de las musas. Y su verso girará en torno a esos temas porque, él como adalid de una nueva cruzada a favor de esta tierra, encontró aquí su reconocimiento e inspiración. Desde Federico Muelas, Cuenca ha tenido las piedras más olímpicas, los chopos más amarillos y los sueños más elevados. Pero no siempre la ciudad fue la monomanía del poeta. A principio de la Guerra Civil tuvo que escribir, obligado por las circunstancias, dos artículos exculpatorios que le sirvieran de salvoconducto ante unas autoridades poco o nada condescendientes, artículos que fueron publicados en *El Heraldo de Cuenca*. Uno a propósito del asesinato de Federico García Lorca; el otro, despidiendo a los soldados que partían a la guerra.

Daniel Calvo Portero, director y propietario del semanario *El Heraldo de Cuenca*, asumió desde el primer número, en febrero de 1935, hasta el 16 de mayo de 1938, fecha en que cierra sus páginas, el papel de portavoz de las corrientes intelectuales más progresistas de la ciudad. Su militancia socialista no impidió que en las páginas de *El Heraldo* colaborasen, además de muchos de los periodistas que habían formado parte de los periódicos *La Lucha* y *Electra*, conquenses o enconquesados de adscripción comunista o afiliados a Izquierda Republicana; en consecuencia, publicar en su páginas suponía aparecer ante la sociedad local como izquierdista. Iniciada la guerra civil, *El Heraldo de Cuenca* continuó con su labor, más intensa si cabe, publicando ahora información dictada desde las diferentes instancias del Frente Popular, centrándose sobre todo en patrocinar diversas campañas de recogida de fondos: combatientes, desplazados del frente y Socorro Rojo Internacional (una organización para la atención a las víctimas republicanas de la guerra). Durante la contienda, mientras se siguió publicando, el periódico del inspector de educación Calvo Portero fue un órgano de información y desinformación de retaguardia.

1 «El incidente de los ojos le ha llevado lejos de los lauros / militares de los Santa Coloma». (RICA, 1975, pág. 8).

Federico Muelas vivía en septiembre de 1936 en esa retaguardia porque, nada más comenzar sus estudios, había sufrido un gravísimo desprendimiento de retina que estuvo a punto de dejarlo ciego y que, según Carlos de la Rica, le impidió cursar la carrera militar<sup>1</sup>. La guerra lo había devuelto a Cuenca desde Madrid; en su equipaje llevaba una poética preñada de influencias: Juan Ramón Jiménez, Alberti, Lorca, Giménez Caballero o el primer Hernández. Muchos de ellos lo acompañaban intelectualmente desde finales de los años veinte. De ellos bebió sobre todo gracias a su capacidad de imitación; siempre fue un gran lector con un impresionante «oído», sirva como ejemplo este poema a la manera de Alberti publicado en el primer y único número de la revista *Horizontes* de marzo de 1931 (pág. 6):

«¿Quién te ha dado marinero  
este ramo de coral?  
—Guárdalo bien, novia mía,  
¡es el corazón del mar!  
¡Que es el corazón del mar,  
guárdalo bien, novia mía!  
¡Ay, si lo sabe la verde  
sirena de la bahía! »

2 Ambos participan en la elaboración de la letra del *Cara al sol* junto a José Antonio Primo de Rivera, Agustín de Foxá, Pedro Mourlane y José María Alfaro.

Por su actitud política, era un idealista de extracción cristiana, el joven Muelas también habría recibido influencias de los ambientes falangistas madrileños donde se habría relacionado, sin duda, con Dionisio Ridruejo o Rafael Sánchez Mazas<sup>2</sup> (con el primero se retrató en alguna ocasión), además del ya citado Ernesto Giménez Caballero. Con ese bagaje tan diverso la ciudad se le quedaría pequeña; Cuenca era entonces una aldea en donde todos se conocían, todos sabían o sospechaban de las grandezas y miserias del vecino. Si a esta pública exposición unimos la cruel realidad de que el orden público estuvo durante los primeros meses de la guerra en manos de incontrolados dispuestos a ejercer su venganza particular, podemos comprender la inseguridad que debía de sentirse en determinados ambientes de la derecha local. Quizá por eso Muelas necesitaba mantener una doble actitud de discreción a la vez que de aparente fidelidad al régimen constitucional de España. De cara a la opinión pública debía aparecer como un pájaro herido, comprometido con el Frente Popular, incapaz de defenderlo con las armas por su incipiente ceguera. Pero para que esa imagen trascendiera, necesitaba un tablón donde pregonar su aparente compromiso. Por eso durante el mes de septiembre de 1936 publica dos artículos en el periódico de Daniel Calvo; uno sobre el asesinato de Federico García Lorca, el día 14; el otro, justificando su ausencia del frente y solidarizándose con los muchachos que marchan a la guerra, el 28. Dos artículos apresurados que si bien le permitieron no ser molestado durante algún tiempo, posi-

blemente también le impidieran el acceso a más altas cotas de poder dentro de las instituciones franquistas una vez acabada la Guerra Civil.

El primero, *En la torre amarilla de mi odio dobla una campana...*, supone la vindicación de Federico García Lorca una vez que es conocido en todo el territorio controlado por la República su fusilamiento (en la prensa madrileña se confirma en torno al día ocho, aunque la noticia ya había circulado como rumor). El artículo aparece preñado de referentes culturalistas con los que demuestra un vasto conocimiento de la obra del poeta granadino; será sobre esos cimientos sobre los que construya un discurso con el que promover una venganza de papel protagonizada por personajes impresos; una venganza a la que, sorprendentemente, no invita a seres reales y a la que, por supuesto, tampoco se sumará él a pesar de que el artículo lo inicia doblemente dolorido: por la muerte del poeta y por el dolor que se auto inflige hasta hacerse sangrar las palmas de las manos.

Cuando hablamos de personajes lorquianos nos referimos a los de la primera época; en este artículo el objeto de interés del joven Muelas es el Lorca folclórico y, en consecuencia, será el más populista el que le ahorme el artículo, un Lorca a la medida de sus intereses políticos y poéticos, no olvidemos que Carlos de la Rica, biógrafo del conquense, lo definiría en 1975 también como neopopularista<sup>3</sup>.

En el segundo, *Dolor y soledad del poeta en su ventana*, aporta la justificación literaria necesaria ante los lectores del periódico por su no participación en la guerra. El poeta se muestra como un hombre sensible a los conflictos humanos que vive con un relativo distanciamiento literario; en el artículo inserta citas de dos grandes poetas: Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez; tras el primero subyace la Castilla deprimida de la Generación del 98; y en el segundo, un literario sacrificio por la paz.

En estos artículos todo es literatura; incluso cuando brama contra la injusticia o cuando pide religiosamente la paz, hay literatura. La literatura es el lugar del artificio, el sitio donde la palabra da forma a los sentimientos y no a la inversa. Pero lo literario no empece para que el lector vea con prístina claridad lo que el poeta piensa tras la densa cortina de los vocablos.

Reproducimos a continuación, anotados, ambos artículos.

- 3 (RICA, 1975, pág. 15).
- 4 El poeta está solo. Es, por lo tanto, un artículo personal, una elegía íntima.
- 5 En su despacho además del retrato de Federico García Lorca tiene el de Juan Ramón Jiménez.
- 6 Es sorprendente que no cite *Mariana Pineda* (1925), obra más a propósito de aquel tiempo.
- 7 Gráfico de la Petenera (Campana). *Poema del cante jondo*: «En la torre / amarilla / dobla una campana». Muelas añade «de mi odio» e «incesantemente».
- 8 Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino a Sevilla. *Romancero gitano*.
- 9 *Ibid.* «Si te llamas Camborio, / hubieras hecho una fuente / de sangre con cinco chorros».
- 10 El fusil reglamentario de la guardia civil era un máuser.
- 11 «Los fríos reflejos charolados» lo son de los tricornos.
- 12 Romance del emplazado. *Romancero gitano*.
- 13 Escena del teniente coronel de la guardia civil. *Poema del cante jondo*.

EN LA TORRE AMARILLA DE MI ODI  
DOBLA UNA CAMPANA

14 En el original «azul y verde»: «Pasaron cuatro jinetes, / sobre jacas andaluzas, con trajes de azul y verde, con largas capas oscuras». Arbolé, arbolé. *Canciones*.

15 *Ibid.* Toda la oración consiste en la libre interpretación de este poema.

16 Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino a Sevilla. *Romancero gitano*.

17 Romance de la guardia civil española. *Romancero gitano*.

18 Poema de la soleá (Cueva). *Poema del cante jondo*.

19 Romance sonámbulo. *Romancero gitano*.

20 Poema de la soleá. *Poema del cante jondo*.

21 Muerto del amor. *Romancero gitano*.

22 Eros con Bastón (Lucía Martínez). *Canciones* (1925).

23 «Se apagaron los faroles / y se encendieron los grillos». La casada infiel. *Romancero gitano*.

24 «Sin luz de plata en sus copas / los árboles han crecido / y un horizonte de perros / ladra muy lejos del río». La casada infiel. *Romancero gitano*.

25 La casada infiel. *Romancero gitano*.

26 Dos muchachas (Lola). *Poema del cante jondo*.

Aún más secos los ojos que llorar no pueden. Aún más enclavijadas las mandíbulas. Aún más apretados los puños hasta sangrar en las palmas de las manos las huellas de las uñas. ¡Han fusilado al García Lorca!... Y en la soledad<sup>4</sup> de mi cuarto mis ojos van a su retrato<sup>5</sup>, a sus volúmenes, compañeros inseparables desde hace tantos años.

¡Han asesinado al poeta del «Romancero gitano», al autor de «Yerma»<sup>6</sup>, al director de la Barraca; y dibujante y compositor y pianista y cantante y pintor.

En la torre amarilla de mi odio dobla incesantemente una campana<sup>7</sup>.

★  
★ ★

¡Todos en pie para vengarle! Tú, Antonio Torres Heredia, hijo y nieto de Camborios, ¡tira esa vara de mimbre con la que garbosamente ibas a Sevilla a ver los toros<sup>8</sup>! ¡Han asesinado a García Lorca! Recuerda que eres gitano legítimo. Él te dijo un día —cuando te agraviaron cinco guardias civiles atándote codo con codo— que debías haber hecho una fuente de sangre con cinco chorros<sup>9</sup>. ¡Tira la vara de mimbre y empuña el fusil<sup>10</sup>; ese fusil que siempre viste en trágicas manos, emergiendo de unas sombras grises, bajo fríos reflejos charolados<sup>11</sup>! Llama al Amargo<sup>12</sup>, y a aquel gitanillo con ojos de mulo joven que hacía torres de canela en los puentes de los ríos y mataba con frases poéticas al teniente coronel de la Guardia civil<sup>13</sup>. Avisa a todos los torerillos sevillanos de chaquetillas color naranja y delgada cintura, a los jinetes cordobeses de trajes azul y grana<sup>14</sup> y largas capas oscuras, al joven aquel que al crepúsculo venía trayendo rosas y mirtos de luna<sup>15</sup>... ¡Venid, venid todos para vengar a Federico García Lorca! Venid, gitanos legítimos, los que tenéis como ejecutoria el cutis amasado con aceituna y jazmín y sabéis por capricho arrojar limones al agua hasta ponerla de oro<sup>16</sup>; los que sabéis cómo florecen las rosas de pólvora negra<sup>17</sup>, y habéis sentido en la noche temblar el silencio de la cueva encalada<sup>18</sup>, porque

«guardias civiles borrachos  
a la puerta golpeaban»<sup>19</sup>

¡Han asesinado a García Lorca! ¡Hacedle un velatorio digno de él!... Pero no hagáis sonar las palmas de vuestras manos. Jalead una de esas soleares vuestras, tan trágicas y concisas<sup>20</sup>, con las palmadas secas de los fusiles, con las castañuelas de las ametralladoras. Haced un velatorio digno al poeta gitano, al poeta bueno. Que bajo la luna de esta menguante que nos preside, «ajo de agónica plata»<sup>21</sup>, no dejen de sonar las palmadas de la zambra.



claramente antirreligioso,  
resulta chocante.  
35 A los esclavos les  
pagaban con vales que  
debían cambiar en los  
departamentos comerciales.  
El valor del producto  
era muy superior al del  
mercado libre.

36 El rey de Harlem. *Poeta  
en Nueva York.*

37 En el cartel de la primera  
película sonora *The Jazz  
Singer*, dirigida en 1927 por  
Alan Crosland, se destacan  
sobre todo las manos, los  
labios y las escleróticas de  
los ojos del protagonista  
pintado de negro.

38 El duelo debe esperar  
hasta que acabe la guerra.

39 «*Bienaventurados los que  
tienen hambre y sed de justicia;  
porque ellos serán saciados.*»  
Mateo, 5: 6.

40 Federico García Lorca,  
si hacemos caso Ian Gibson,  
sigue aún enterrado en el  
lugar donde fue asesinado,  
el camino de va de Víznar  
a Alfacar. Dicen que en la  
misma tumba excavada bajo  
un olivo centenario podrían  
estar enterrados también un  
maestro y dos banderilleros.  
Se están realizando trabajos  
de excavación.

41 Federico Muelas nace el  
7 de octubre de 1910, por  
lo que cuando escribe este  
artículo tiene 25 años.

42 La guerra más reciente  
para el poeta sería la de  
África.

Venid todas: La Lola, que tenía los ojos verdes y violeta la voz<sup>26</sup>;  
Amparo, siempre vestida de blanco sola en su casa<sup>27</sup>; la monja gitana, que  
tenía en los ojos un sueño de barcos<sup>28</sup>... Y no lloréis ahora. ¡Todavía no es  
hora de llorar! Mirad, aún hay luna<sup>29</sup>, una luna amarillenta que surge pasada  
la media noche. Y en estas noches de luna trágica, las estrellas y las gotas de  
los surtidores se tornan de vidrio<sup>30</sup> y las fuentes duermen sus voces<sup>31</sup>... ¡No  
lloréis! ¿Acaso no tenéis como yo los ojos secos, muy secos? Haced sonar  
vuestras palmas. Los flamencos saben cuando la palmada es de hombre o de  
mujer. Yo creo que análogamente, cuando empuñéis el fusil, cuando dispa-  
réis vosotras, el disparo sonará de otro modo<sup>32</sup>... Que en la noche andaluza,  
bajo el cielo reluciente «como la grupa de un potro»<sup>33</sup>, podamos decir: Qué  
digno velatorio hacen sus mujeres a Federico García Lorca. Venid también  
vosotros hermanos de otros climas. Venid hermanos negros<sup>34</sup>, lo[s] que ayer  
—con frase de Rodríguez Méndez<sup>35</sup>— sintieron como:

«el látigo del mayoral nos castigaba los ijares del miedo  
para que marcháramos dóciles como potros embridados.  
Junto a los bueyes,  
moríamos también como bestias,  
castigados por el agujijón esclavista.  
Y para “consolarlos” de nuestras llagas ulceradas  
nos hablaban del cielo.  
¡Pero siempre sus crucifijos,  
para acercarse a nosotros,  
venían escoltados por el látigo del mayoral!

¡Cómo añorábamos en silencio los  
cocos de nuestra tierra salvaje  
con el racimo ridículo del rosario en las manos!»

Venid, hermanos negros, los que hoy  
«...Somos esclavos también  
porque sudamos y nos desgarramos las manos  
por un jornal barato,  
porque hemos visto los “tickets”<sup>36</sup>,  
porque conocemos la voracidad de los departamentos comerciales,  
y, porque, para que estemos contentos,  
hermanos nuestros han caído  
adornados de plomo a nuestros pies».

¡Venid todos a vengar a Federico García Lorca! Que vuestro mag-  
nífico rey, el rey de Harlem<sup>37</sup>, con su uniforme de conserje y la cuchara con  
que saca los ojos a los cocodrilos os conduzca.

Y en las noches andaluzas, fundidos vuestros cuerpos negros con las sombras, seríais sólo un ejército de escleróticas blancas<sup>38</sup> y abanicos de sonrisas silenciosas hasta hacer sonar las maracas de las bombas de mano.

★

★ ★

Y cuando llorar podamos, Federico García Lorca, cuando estas nubes de sangre, esta tierra de ceniza y este ventarrón negro se aclare, cuando estos secos ojos de vidrio puedan verter lágrimas, cuando estos puños cerrados hasta tornar al esfuerzo amarilla la carne puedan modelar la caricia, cuando estos labios endurecidos sobre las apretadas mandíbulas sean capaces de cuajar el beso, entonces, Federico García Lorca, te lloraremos todos<sup>39</sup>. Tú que estuviste al lado del que sufre, del que trabaja, del que sueña, del que lucha; tú que ensalzaste al humilde, al perseguido al que padecía hambre y sed de justicia<sup>40</sup>; tú, defensor del negro, del gitano, tendrás un cortejo de lágrimas como nadie tuvo. De lágrimas sinceras de los que lloraron mucho porque mucho sufrieron.

★

★ ★

¡Han asesinado a García Lorca<sup>41</sup>!

En la torre amarilla de mi odio suena incesante una campana.

FEDERICO MUELAS

43 El cielo anubarrado presagia la tragedia y, como en la obra de Lorca, la luna anuncia la muerte.

44 Una imagen sustituye a la otra. Ambas son para el poeta intercambiables puesto que las dos hablan de tragedia.

45 La calidad de la impresión es muy deficiente por lo que aquellas palabras que no he conseguido descifrar con absoluta seguridad las escribo entre corchetes.

46 Afirma que la guerra tiene un gran componente de idealismo que los invita a cantar a pesar del trágico destino que podría esperarles.

El día 24 de septiembre, jueves, partió el Batallón voluntario nº 2 de Cuenca con destino a Madrid, «un ejército del pueblo» como dice *El Heraldo de Cuenca* (nº 92) «debidamente equipado». En el mismo número se afirma que el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, entregó en el parque de Canalejas al teniente coronel del batallón, Arturo Muñoz, un estandarte; al acto asistieron el general Martínez Monge y el ex ministro Blanco Garzón así como varios diputados y jefes del ejército popular.

47 Primera Guerra Mundial. El Batallón

fue organizado por las comisarías de Cuenca y Toledo, «gracias al esfuerzo de los diputados Luis García Cubertoret, socialista; Aurelio López Malo, de Izquierda Republicana; Faustino Valentín, de Unión Republicana, y del militante comunista Felipe Dorado. *ABC*, 25-IX-1936. 48 «La Madelón es dulce y complaciente, / la Madelón a todos trata igual. / Ofreció su amor a todo el frente, / del soldado al general». Se trata del estribillo de la canción adaptada de la original francesa.

49 Según el *ABC* de 25 de septiembre, los soldados desfilaron a los acordes del himno nacional (de Riego) e himno proletario (la Internacional), ninguno de estos himnos contiene expresiones parecidas a éstas por lo que habría que deducir que se cantaron otras canciones (desde luego no *Joven Guardia*, himno de la JSU), o que éstos se cantaban con otras letras.

50 Expresa un deseo imposible de conseguir por lo que el poeta sufre, se crispa a la vez que se consume como la llama inmóvil.

51 No se emociona con los cánticos guerreros, y sí con la sencillez de la jota anclada en la tradición y

## DOLOR Y SOLEDAD DEL POETA EN SU VENTANA

Borrosa en su memoria de hombre de cinco lustros<sup>42</sup>, quizás vista, quizás imaginada, tenía el poeta la triste estampa del soldado que parte hacia la guerra<sup>43</sup>. Pero esta noche septembrina que tibia y calmosa se tiende bajo un trágico cielo anubarrado, translúcida para el creciente pálido<sup>44</sup>, aquella visión antigua se transmuta y una nueva estampa graba hondamente sus líneas<sup>45</sup>.

¡Ya se van los soldados!... Con jubilosa sencillez [realizan]<sup>46</sup> la más sublime de las generosidades: Ofrecer la vida, máximo tesoro, defender en la maravilla de una existencia joven, de una juventud vigorosa, el castillo dorado del ideal. Pasan alegremente entre cánticos y vítores<sup>47</sup>.

(¡Música de la Madelón cantada en los días de la infancia, días trágicos de la Gran Guerra<sup>48</sup> con una letra deliciosamente pícaro: «la Madelón a todos trata igual /y brinda su amor a todo el frente /del soldado al general<sup>49</sup>»...) Pasan y pasan con una confusión de voces limpias. «Y queremos y tendremos libertad<sup>50</sup>...».Y a conquistarla, en esta noche tibia y encalmada, bajo un trágico cielo nuboso, parten los soldados al frente de batalla.

¡Partir con ellos, cantar con ellos!... Exaltado, el poeta es una llama inmóvil, crispada, en el cuadrado negro de la ventana.

Inadvertida, oscura, entre los fervorosos himnos [juveniles], sin ardor bélico, como [empañada], alguien canta una jota de la tierra.

No dice de triunfo ni de santas rebeldías, ajena al momento engarza en el hilo pardo de su ritmo monótono una letra sencilla, anécdota ingenua de unas vidas humildes. El poeta ha oído la copla. El poeta la sigue [oyendo] a ella, nada más que a ella<sup>51</sup>. Y sus ojos miran la piña gigante de la ciudad alumbrada tristemente por unas luces amarillas como llama de cirio, y el perfil negro de los montes gigantes, y del otro lado, la línea del horizonte lejos... ¡Tierras de Castilla! ¡Castilla la gentil y la bravía, la parda y la manchega. «Castilla de grisientos peñascales /pelados serrijones /barbechos y trigales /malezas y cambrones /Castilla visionaria y soñolienta /de llanuras viñedos y molinos<sup>52</sup>»... Sobre tus tierras –¡tierras tristes de la tierra mía!–, sobre tus pueblos se cierne el fantasma de la guerra. El poeta imagina que una sombra negra va señalando casas y casas, humildes con su marca trágica<sup>53</sup>. ¡Y las calles parecen más retorcidas y los pueblos pardos más encogidos ante la amenaza! ¡Y en las casas humildes<sup>54</sup> y heroicas silencio contando lágrimas en las horas infinitas!...

El poeta –una sombra en la sombra de la ventana– siente que una garra densa le oprime el pecho<sup>55</sup>.

Se fueron los soldados. Regresó la gente que a despedirlos fue. Pero, el poeta sigue en su ventana. Tiene los ojos húmedos, y en voz baja recita, se recita, unos versos del maestro:

Cuenca 14 de Septiembre de 1936

SUSCRIPCIÓN

Capital: 90 céntimos al mes
Provincia: 3,50 pts. al semestre, 6,50 año



SE PUBLICA LOS LUNES

TARIFA DE ANUNCIOS

Dirigirse a CENSA, 48 2º Imprenta Conquense

PAGO ADELANTADO

LA ESCUELA QUE NACE

Ante la nueva España

La Escuela Nacional, aquella escuela magna que fue el ideal soñado, el implantarse la República en España, comienza a crearse en la nueva etapa de innovación social. Nace una nueva España y en consonancia una nueva escuela...

En la torre amarilla de mi odio dobla una campana...

(En la torre amarilla... - F. García Lorca)

Antes veces he oído que lloran... Pero no lloran sobre las palmas de las manos... En la torre amarilla de mi odio dobla una campana...

¡Dobla un velatorio digno de ella! Pero no lloran sobre las palmas de las manos... En la torre amarilla de mi odio dobla una campana...

¡Todos en pie para vencer! T. Antonio Torres Torredija, hijo y nieto en 4 años... En la torre amarilla de mi odio dobla una campana...

¡Dobla un velatorio digno de ella! Pero no lloran sobre las palmas de las manos... En la torre amarilla de mi odio dobla una campana...

Charles anecdóticas

La patológica cura a grandes campañas que los republicanos estamos haciendo como el fascismo...

Hidráulica Conquense

ALFREDO GARCIA
Fabrica de Mosaicos, Mosaicos patentados, Mosaicos Gª (Registados) Pavingment moderno 900

Ramón y Cajal, 17-23 Tel. n.º 131

Repunaciones de Madrid...

Repunaciones de Madrid, de Maquiavos de esclavos y de los hijos...

Relojería Notario

Maquiavos de escribir desde los papeles, viene a plantar el contrato...

Una adhesión expresiva

Con este título, publicó «Heraldo de Madrid» el Virey Aznar de un republicano conservador...

Librería Escobar

La que posee la exclusiva de las ENCICLOPEDIAS «CAMI» Toda novela, toda revista ilustrada...

Suscripción para las banderas de los milicianos-conquenses que luchan en los frentes

Juan Casero Merino, 5 pts. - José Alvarez Carrero, 5 pts. - Segundo Zamora, 5 pts. - Manuel, 5 pts. - Flores Pozuelo, 1 pt. - Julián Cortés, 1 pt. - Mariano Postreán, 1 pt. - Manuel Castellano, 1 pt. - Pedro Cabas, 1 pt. - Antonio Escarbanó, 1 pt. - Juan Lozano, 1 pt. - Pedro Carrero, 1 pt. - D. Amán Martínez, 1 pt. - Pedro Bernal, 0,50 ct. - Julián Chañe, 0,50 ct. - Miguel García, 0,50 ct. - Gregorio Marcos, 0,50 ct. - Felipe Page, 0,50 ct. - Juan Martínez, 2 pts. - Eliseo Molina, 5 pts. - Gaspar Maero, 3 pts. - Félix Palencia, 0,50 ct. - Julián Lucas, 5 pts. - Margarita Giménez, 1 pt. - Marino Pérez, 0,50 ct. - Pedro Martínez, 0,50 ct. - Carmen Ortiz, 0,50 ct. - Maximino Casas, 0,50 ct. - Esperanza García, 1 pt. - Emeterio García, 2 pts. - Julián Andrés, 3 pts. - Adoración de la Torre, 5 pts. - Felisa de la Vega, 8 pts. - Gabriel Giménez, 0,50 ct. - Estanislao Díaz, 2 pts. - Adolfo Alvaro, 5 pts. - Luis Sanja, 1 pt. - Constantino Zafra, 1 pt. - Lucía Triguero, 1 pt. - Fernando Delgado, 0,25 ct. - Tiburcio Molina, 2,50 pts. - Santiago Flores, 0,35 ct. - Antonio Torredija, 0,25 ct. - María Torredija, 0,25 ct. - Valde Vega, 0,25 ct. - Estanislao Díaz, 0,50 ct. - María Seabra, 1 pt. - Mercedes Ande, 1 pt. - Dámaso Urango, 10 pts. - Vicenta Casteja, 0,50 ct. - Mariana Gómez, 0,60 ct. - Mercedes Cruz, 5 pts. - Donaciano Martínez, 1 pt. - Teodoro Hortal, 1 pt. - Julián Villarod, 1 pt. - Juan José Ortega, 1 pt. - Benito Escamilla, 0,50 pt. - Francisco Sánchez, 0,50 ct. - Francisco Dicozo, 1 pt. - Victoria de la Torre, 0,40 ct. - Valentina Seria, 4 pts. - Mariano Zamora, 5 pts. - Julián de Jales, 1 pt. - Dámaso Carrero, 1 pt. - TOTAL, 151,50 pts.

Se vende una casa

Se vende una casa villa en la calle de Alfonso VIII, número 28.

FRUTERIA

«El Avico» CUENCA

«Pensé arrancarme el corazón y echarlo, pleno de su sentir, alto y profundo, al ancho surco del terruño abierto a ver si con partirlo y con sembrarlo la primavera le mostraba al mundo el árbol puro del amor eterno».

56 Juan Ramón Jiménez, *Octubre (Sonetos espirituales)*. En *Libros de Madrid*, bajo el epígrafe *Otoño madrileño (Viñetas)* escrito entre 1916 y 1920 explica este soneto: «Como el paraje era de tanta paz pensaba en la guerra (...) Si mi corazón sirviera de semilla me lo arrancaría del pecho y lo echaría al surco abierto de este otoño, a ver si salía de él un árbol puro de amor que os diese para siempre la paz». (JIMÉNEZ, 2001, pág. 105). Este texto es, sin duda, conocido por Federico Muelas.

57 La propaganda oficial de ambos bandos no suele admitir que se trata de una guerra fratricida.

58 Quizá *Noche oscura del alma*, donde el alma sale con la oscuridad en busca del amado con el que se encuentra. El guiño a Arconada puede ser interpretado de muy variadas formas.

59 Es un violonchelista que junto a otros toca de vez en cuando en el Casino «Círculo de la Constancia».

60 Recalca su insignificancia, ser la sombra de una sombra es no ser nada.

¡El árbol puro del amor eterno! ¡Oh si arrancarse pudiera el corazón el poeta para la divina siembra! ¡Para que a su sombra los hombres todos de la tierra pudieran sentarse, con la palabra hermano desbordante de sentido en la boca<sup>57</sup>! ...

Pero vivimos en una noche oscura<sup>58</sup> –¿no es verdad Arconada<sup>59</sup>? – y el poeta no es sino una sombra en la sombra de su ventana<sup>60</sup>.

Federico MUELAS

## BIBLIOGRAFÍA

ALBORNOZ, A. de, y RODRÍGUEZ-LUIS, J. (1980). *Sensemayá: La poesía negra en el mundo hispanohablante*. Madrid: Orígenes.

JIMÉNEZ, J. R. (2001). *Libros de Madrid*. Madrid: Hijos de Muley-Rubio.

MUELAS, F. (27 de noviembre de 1974). Autorretrato y confesión de Federico Muelas. *ABC* (7), pág. 61.

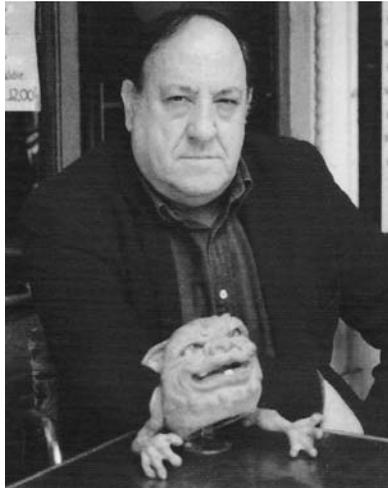
RICA, C. de (1975). [Casi] Biografía apasionada de Federico Muelas. *Cuenca*, 7-18. Revista sin paginar.

## BREVE APROXIMACIÓN A LA NARRATIVA DE JAVIER TOMEIO (UNA PROPUESTA DE LECTURA)

Francisco Mora

Las historias de Javier Tomeo son adictivas. Este aragonés de Quiçena, Huesca (1932), de aspecto bondadoso y trato afable, lleva más de cuatro décadas componiendo una de las más singulares, personales, imaginativas y divertidas obras de cuantas, en lo que a narrativa se refiere, vienen escribiéndose en España en este tiempo. Sus comienzos debemos situarlos hacia el año 1967, cuando publica su primera novela, *El cazador*, una parábola absurda y subyugante (un hombre se encierra para siempre en una habitación de su propia casa) donde ya se contenían buena parte de las claves de su narrativa posterior: el fracaso, la imposibilidad de comunicación del ser humano o el mundo de los sueños. Aunque, en rigor, los primeros escauceos literarios de Tomeo, su verdadero taller de aprendiz de escritor se remonta a la década de los 50 del pasado siglo, cuando escribe para la editorial Bruguera literatura popular (entonces llamada de quiosco); fundamentalmente novelas del oeste y de terror firmadas, como mandaban los cánones del subgénero, siempre bajo pseudónimo, el más conocido de los cuales fue Frantz Keller.

Por aquella época (entre finales de los años 60 y principios de los 70), la crítica, cegata, miope, como tantos personajes de los relatos posteriores de Javier Tomeo, atenta sólo a los glaucomas y cataratas del rabioso realismo imperante, condenó al silencio, cuando no al ostracismo más abyecto, las primeras ficciones de nuestro autor. Que una novela del calibre de *Ceguera al azul* (1969), publicada años más tarde con el título de *Preparativos de viaje* (1991), pasase desapercibida entonces no puede explicarse sino como el producto más depurado de esas anteojeras seculares con las que atacaba sus faenas la crítica del momento, lo cual no deja de ser una cruel alegoría del despropósito digna de cualquiera de los maravillosos, alucinados



Javier Tomeo

y, por momentos, monstruosos personajes de las mejores novelas de Tomeo. Por aquellos años, a lo que parece, los gustos ya no solo de la crítica, sino de los propios lectores, seguían los trillados caminos del realismo social más ramplón y menos estimulante, desdeñando toda obra radical, distinta, con claros visos experimentales, como la de Javier Tomeo. Una obra vinculada al absurdo, un absurdo con ciertos tintes surrealistas aunque sin despegarse nunca, por otro lado (y ahí está la magia y la pericia de un narrador singular como pocos) de la realidad más cotidiana; una obra con una fuerte carga simbólica y que se adscribía con total libertad y desparpajo a los muy saludables géneros de la alegoría y la parábola. No es de extrañar, pues, que ante tan adverso panorama, las cuatro primeras novelas de nuestro autor fueran ninguneadas con empecinamiento mostrenco, o sencillamente ignoradas.

Tuvo que pasar más de una década para que las obras de Tomeo, además de interesar a un reducidísimo número de críticos atentos y a un escaso núcleo de lectores fieles que desde el principio se percataron de la importancia de su propuesta narrativa, de la grandeza de este hombre grande, alcanzaran una difusión mayor y empezaran a cobrar una notoriedad que siempre debió pertenecerles. Este reconocimiento comienza con la publicación en 1979 de la magnífica novela *El castillo de la carta cifrada* y alcanza su punto de inflexión en 1985 con una de sus obras maestras incontestables: *Amado monstruo*.

Hay un antes y un después de la publicación de esta novela. A partir de entonces sus libros se suceden con cadencia constante e ininterrumpida, hasta culminar en sus recientes *Los amantes de silicona* (2008) y *Pecados griegos* (2009). No voy a fatigar al lector con el comentario de todos los títulos de Javier Tomeo, entre otras cosas porque su obra es extraordi-

nariamente fecunda y estos apuntes resultarían, al cabo, demasiado prolijos, aunque eso sí, para el lector interesado ofrezco al final de estas líneas una bibliografía detallada de nuestro narrador. Baste saber que su obra conforma un tejido narrativo abigarrado, excesivo incluso en ocasiones, compuesto por una cuarentena larga de títulos que, como es el caso de todos los grandes escritores, son las minutísimas cuentas de un único collar de perlas, cultivado en un solo paisaje, en un territorio personal y único, el que de verdad le importa a Tomeo, y que no es otro que el que habita el hombre, siempre perdido en su laberinto, acuciado por sus propios fantasmas y sus demonios. Y esto es así para bien y para mal.

Javier Tomeo es un maestro indiscutible de la media distancia. Todas sus obras, si exceptuamos sus libros de cuentos y algunos otros misceláneos, tienen la muy recomendable medida de la novela corta. Tomeo, además, no gusta de la novela coral; sus piezas, por el contrario, son sencillamente arias, dúos o, a lo sumo, minúsculas obras de música de cámara. Este reducido elenco de personajes que habita sus ficciones se mueve, generalmente, en espacios cerrados y con frecuencia en un único escenario, por lo común rodeados de espejos cóncavos o convexos entre los que actúan deformando la más inmediata realidad, creando así una realidad nueva, trascendida, sobre la que proyectan sus traumas y sus anhelos, sus sueños, sus debilidades, sus frustraciones y sus carencias, sin desdeñar incluso al monstruo que todos llevamos dentro, y que vienen, a la postre, a conformar una lección moral (un cierto tono moral recorre toda la obra de Javier Tomeo), una honda reflexión sobre la condición humana. Lo cual no obsta para que, en contra de lo que pudiera parecer, con estos mimbres componga unas narraciones que son un antídoto contra el aburrimiento, pues todas están trufadas de un poderoso y bien aquilatado sentido del humor, a veces negro, a veces socarrón y aun cáustico, que las hace sencillamente deliciosas.

Las novelas de Javier Tomeo carecen de un argumento convencional. Tomeo escribe, según confesión propia, sin un perfecto plan preestablecido y son los personajes los que van abriéndose paso a través de la narración, unos personajes a los que da rienda suelta y a veces se rebelan contra el propio autor, de modo que al final son ellos los que escriben “su” novela. Tomeo ha afirmado que él no escribe sobre lo que ve, sino de lo que imagina a través de lo que ve. Surge así una realidad nueva, recreada, aquella que de la vida cotidiana (nada tan cotidiano y vulgar como los personajes de sus libros) toma la cáscara que habrá de permitirle mirar la realidad de otro modo, que le dará ocasión de cuestionar la percepción racional, incluso sensorial, que tenemos de las cosas, intentando así, al fin, destejer la compleja araña de lo real, las tramas que lo ocultan, las trampas que lo tuercen: algo que tiene menos que ver con el conocimiento que tenemos de las cosas que con la mirada que sobre las cosas proyecta nuestra memoria, o nuestro imaginario.

Tomeo es dueño de una prosa fluida, contenida, clara y limpia que le sirve de vehículo ideal para humanizar todo cuanto toca, incluso cuando

sus protagonistas son animales o cuando actúan movidos por la crueldad más terrible (uno de los temas más apreciados por nuestro autor es la lucha de contrarios, o complementarios, según se mire: poder/sumisión, amo/criado, jefe/subalterno), pues bien, aun en estos casos su pluma se llena de ternura y humor y le habla al hombre en voz baja. Tomeo es uno de esos escritores sabios que, de entre dos palabras escogen siempre la menor. Su lenguaje es sencillo, diáfano, pero tan sutil, tan jugoso y lleno de matices que lo hace apto para los paladares más exquisitos. Tomeo rehuye el artificio; su palabra busca el término exacto, o al menos el más preciso, el giro certero y sin aditamentos. Sus obras, trazadas de este modo con una economía de medios admirable, están escritas con una prosa eficaz y fluidísima que hace que se lean de un tirón y que, por lo general, te dejen con sed, te sepan a poco. Y ello a pesar de su machaconería, de su carácter reiterativo (el prototipo de novela tomeana son dos personajes que dialogan interminablemente, hasta la extenuación) pero que en ningún momento fatigan la atención del lector.

Quizá por los elementos aquí esbozados, y por muchos otros que me guardo en el tintero, pues la obra de este autor es inagotable, se comprenderá el carácter de auténticas piezas dramáticas con que se vienen definiendo insistentemente las novelas de Tomeo. Es evidente la dramaticidad de sus obras, pero no lo es menos que en sus novelas, y ahí radica su pericia y su grandeza, Javier Tomeo da prioridad absoluta a los valores puramente narrativos, evitando la reflexión explícita, diciendo lo que tiene que decir a través de los propios elementos narrativos y huyendo, al fin, de todo sesgo filosófico que pudiera oler a mensaje. Todo ello convierte en extraordinariamente singulares sus ficciones dentro del panorama prosístico español.

Javier Tomeo, admirable en su obra por tantas cosas, lo es aún más porque es un hombre que siempre ha permanecido en su sitio, sin variar un ápice su postura a la hora de enfrentarse a su obra, y ha estado ahí para las duras y para las maduras, cuando le vinieron mal dadas, antes, y ahora que soplan vientos más favorables, ajeno siempre a los dictados de la moda y a las servidumbres del mercado, fidelísimo, desde la primera de sus ficciones hasta la última, a su ética y a su estética.

Apuntaré, para terminar estas líneas apresuradas, que las obras de Javier Tomeo han sido traducidas con éxito a múltiples idiomas y que, sin prácticamente haber escrito casi nada (explícitamente) para el teatro, las adaptaciones de sus novelas e historias lo han convertido, junto a Fernando Arrabal y Federico García Lorca, en el autor español más representado y más exitoso en buena parte de Europa; como lo prueban los montajes de *Amado monstruo*, *El cazador de leones*, *El castillo de la carta cifrada*, *Historias mínimas*, *Diálogo en re menor*, *Los misterios de la ópera* o *La agonía de Proserpina*, éxitos rotundos, además de en España, en Alemania o Francia, país este último que ha representado algunas de sus obras en el Teatro Nacional de la Colline de París o en la Comédie Française, nada menos.

**OBRA**

*El cazador* (1967)  
*Ceguera al azul* (1969)  
*El unicornio* (1971)  
*Los enemigos* (1974)  
*El castillo de la carta cifrada* (1979)  
*Amado monstruo* (1984)  
*Historias mínimas* (1988)  
*Bestiario* (1988)  
*El cazador de leones* (1989)  
*La ciudad de las palomas* (1990)  
*El mayordomo miope* (1990)  
*El gallitigre* (1990)  
*El discutido testamento de Gastón de Puyparlier* (1990)  
*Problemas oculares* (1990)  
*Patio de butacas* (1991)  
*Preparativos de viaje* (1991)  
*Diálogo en re mayor* (1991)  
*La agonía de Proserpina* (1993)  
*Zoopatías y zoofilias* (1993)  
*Los reyes del huerto* (1994)  
*El nuevo bestiario* (1994)  
*El crimen del cine Oriente* (1995)  
*Conversaciones con mi amigo Ramón* (1995)  
*Los bosques de Nyx* (1995) (pieza teatral)  
*La máquina voladora* (1996)  
*Los misterios de la ópera* (1997)  
*Un día en el zoo* (1997)  
*El alfabeto* (1997)  
*Napoleón VII* (1999)  
*La rebelión de los rábanos* (1999)  
*Patíbulo interior* (2000)  
*La patria de las hormigas* (2000)  
*El canto de las tortugas* (2000)  
*La soledad de los pirómanos* (2001)  
*Cuentos perversos* (2002)  
*La mirada de la muñeca hinchable* (2003)  
*Los nuevos inquisidores* (2004)  
*El cantante de boleros* (2005)  
*Doce cuentos de Andersen contados por dos viejos verdes* (2005)  
*La noche del lobo* (2006)  
*Los amantes de silicona* (2008)  
*Pecados griegos* (2009)



## DOS POEMAS

Eduardo de la Rica

### **EL REINO**

Ese es el reino de los niños,  
el jardín donde ríen  
y juegan, donde flotan  
en llano,  
inventan y destruyen sus verdades  
en la medida exacta  
de su propio dilema.

Ahí es adonde todos  
pretendemos llegar,  
adonde dirigimos nuestros pasos.  
El mundo es un surgir  
y es un acontecer.  
Un dar vueltas en torno  
de nuestras cosas todavía.

Ese es el reino de los niños,  
el jardín.  
    Juegan los hombres, ríen,  
dejan caer su aliento  
en tierra y la fecundan  
    de horror, temblores, esperanza.

**EDAD MAYOR**

Sobran los comentarios,  
sobran hechos puntuales.  
Los hijos van saliendo de la tierra  
y regresan más tarde  
como si nada hubiera sucedido.  
Los pensamientos ruedan  
al borde del misterio.

Está rota la Luna  
en profusión de sombras. La cometa  
ya no es recomendable para el día  
porque sobran sonidos  
y las causas concretas también sobran,  
y el niño y su juguete  
es lo que queda en pie,  
cuanto de luz conserva la memoria  
después del desencanto,  
una pura abstracción  
hermana del silencio  
debajo de la noche.

## GREGUERÍAS APÓCRIFAS

Carlos Flores

### ***VIVIR ES RODEARTE DE ESPEJOS QUE SE TE VAN MURIENDO***

El olor a tierra mojada es la forma que tiene el campo de agradecer la lluvia.

Los individuos de la Edad Media nunca pensaron que estaban en la mitad de nada.

Nadie podría culpar a aquel filatélico por tener cien novias en cien países.

Encender un pitillo con la colilla de un puro es como iniciar en el vicio a un menor.

La pantera negra es el único animal que no ha perdido color desde el momento mismo de la Creación.

Sartre sentía tal respeto por la libertad, que incluso les concedía a sus propios ojos que miraran donde les diera la gana.

En las guerras del tipo “1914-1918” se daban casos de jóvenes voluntarios que, a la semana, estaban de vuelta en casa con una pierna menos; como si únicamente hubieran ido a eso.

El pájaro no canta porque esté contento; canta porque es pájaro.

A la mujer lo que verdaderamente le molesta no es ya ser considerada como un mueble, sino como un mueble auxiliar.

Cuando el Sol ilumina una gran instalación de energía nota, algo así, como si se le ordeñara.

Los cisnes del estanque, iluminados por la luna llena, piensan que están rodando una película.

Las amapolas tienen a los cardos por sus mejores parejas de baile, siempre que sean capaces de renunciar al “chick to chick”.

El cerebro se encuentra protegido por una caja fuerte tantas veces injustificada.

Existe ese tipo de cuentagotas, indeciso y tacaño, que parece que va a dejar caer una gota más y al final se la queda.

Las greguerías se escriben para personas a las que nunca les ha preocupado tener o no razón.

Nadie es más que nadie aunque algunos sí sean menos que nadie.

Premio a la perseverancia es jugar toda tu vida al mismo número de la lotería y que al final termine tocándote el reintegro.

Las inscripciones árabes están siempre en movimiento.

Contorsionistas: personas adultas que siguen siendo capaces de chuparse el dedo gordo del pie.

La Luna se fue formando por una condensación de suspiros.

Delante de una vaca no cometamos nunca la imprudencia de hablar de desayunos.

Lo que más le cuesta al ángel de espada flamígera es volver a colocarla dentro de la vaina.

Compañeros de pupitre: siameses con fecha de caducidad.

Ópera: no siempre el que más grita es el que tiene razón.

A la cabeza del rinoceronte se le llama cabeza por llamarle algo.

En los submarinos se elige siempre como servidor del periscopio al tripulante más cotilla.

Difícilmente podrá darse un diálogo más cursi que el de dos mariposas enamoradas.

Aquellos fósiles se habían puesto tan duros que hubo que tirarlos.

Todos los solares de la ciudad sueñan, cada noche, con saltarse las ordenanzas municipales.

Aquel maniático del orden, cuando en el restaurante le enseñaban la paella, antes de servirla, siempre cambiaba la colocación de dos o tres langostinos.

Los libros para ciegos sufren todos de acné juvenil.

El problema de las hormigas es que, si no tienen trabajo, se lo inventan.

Las puertas que indican “tirad” dan la impresión de que preferirían que no entrásemos.

Ante aquel enloquecido violín solista el director de orquesta se hallaba sin más defensa que la batuta.

Era una persona tan perfectamente sana que nunca había necesitado visitar a un médico pero que tampoco quería irse sin haber probado algún tipo de trasplante.

Aquel era un bosque de lobos atemorizados ante una Caperucita, ya crecida, campeona olímpica de tiro.

Los constructores de las catedrales medievales no construían edificios ni construían espacios: construían silencio.

Únicamente se lavaba la mitad de la cara porque la otra media se la afeitaba.

La escalera se conforma con que solo uno de sus peldaños conquiste la cima.

El pingüino es el animal al que más ilusión le haría vestir de sport.

Todos deberíamos intentar llegar a la perfección, pero deteniéndonos unos centímetros antes.

Resulta lamentable que en la vejez no podamos contar con nuestros padres; con la falta que nos harían.

Catastrado: individuo evaluado por el catastro y devaluado por el bisturí.

El porrón es un botijo sin secretos.

Cada primavera nos sorprendemos de nuevo con que la Tierra pudiera tener guardado tanto color.

La democracia no es -como se ha dicho- que llamen a tu puerta a las seis de la mañana y sea el lechero; la verdadera democracia es que al lechero ni se le ocurra llamar antes de las diez.

De lo único que se sentía orgulloso en la vejez era de no haber traicionado su infancia.

Resulta extraño que en Venecia no exista una mayor afición a la pesca con caña.

Pensaba que, ya a su edad, en lugar de hacerse una dentadura postiza le traía más cuenta alquilarla.

Bloques de mármol que parecen libros (Y viceversa).

La mandarina es el primer paso para que el niño pueda llegar un día a comer naranjas.

Su aspecto era tan peculiar que únicamente se veía favorecido en los espejos grotescos.

Sólo desde el día en que le colocaron el marcapasos empezó a darse cuenta de que tenía corazón.

Piropo para uso de vejetes: “Existiendo abuelitas así no es raro que el Lobo Feroz quiera comérselas”.

Los relojes de sol nos enseñan que el paso del tiempo es, solamente, el paso de una sombra.

Esa pata-garra de gallina, tiesa y amarilla, aparecía entre las delicias de los maravillosos cocidos de antes para recordarnos que en la vida no todo puede ser placer.

El lápiz con contera de goma está especialmente pensado para el tipo de gente que enseguida se arrepiente de lo que ha dicho.

Aquel sabio investigador del folklore únicamente bebía el vino en bota o en porrón.

Música de acordeón: aire aplastado que se queja.

Busby Berkeley hubiera sido perfecto para enseñar a los equipos de fútbol a formar barreras.

Los rosetones policromos de las catedrales son flores de interior.

*Despedida junto a la tumba de un amigo: “Nos vemos”.*



## EL ARTE Y EL SÍNDROME DE STENDHAL

Jesús Martínez-Falero

**N**os vamos a ocupar del síndrome de Stendhal y la relación que tiene con el arte creativo. ¿Por qué Stendhal describió esta sintomatología? Después lo precisaremos, pero antes creemos necesario algunos puntos de su biografía y señalar ciertos rasgos del perfil psicobiológico de este escritor.

Stendhal, cuyo verdadero nombre era Henri Beyle, todos sabemos que fue un escritor francés, nacido en Grenoble el 23 de enero de 1783 y que por tanto se desarrolló en los finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX.

Su padre, abogado de los tribunales de esa ciudad, miembro de una familia burguesa, bien acomodada, proporcionó a su hijo Henri –el primogénito– una rígida disciplina a través de preceptores mediocres. Esta educación intolerante y estricta marca la infancia de Henri Beyle y le condiciona un odio reprimido, por la tiranía paterna que se vio exaltada por la prematura muerte de su madre Henriette Gagnon, cuando tenía treinta y tres años, y por la que el futuro escritor sentía un extremado cariño, posiblemente como respuesta a la intransigencia del padre; en ese momento el muchacho tenía ocho años y una exaltada imaginación.

En esta adolescencia triste frente al rechazo que siente por su padre y por su tía Serapio Gagnon, hermana mayor de su madre, solterona frustrada que desahoga con sus sobrinos sus iras, el pequeño Henri encuentra consuelo y alegría en su abuelo materno, Henri Gagnon, médico provenzal natural de Avignon, que ejercía en Grenoble, donde logró conquistar el respeto de sus habitantes y llegó a convertirse en una de las personas más ilustres de la ciudad. Hombre tolerante de corte volteriano, arquetipo de burgués de la ilustración y enamorado de los libros y las artes, influyó poderosamente en su nieto, actuando como verdadero padre. De su abuelo heredará el futuro escritor las principales características que iban a configu-

rar su perfil psicológico y moral que nos describe así Antonio Vilanova: “*Su aristocracia ilustrada, su filosofía sensualista, su espíritu racionalista, su impenitente escepticismo, su amable ironía, su moral hedonista y epicúrea, sustentada por el culto al amor y al placer y también heredará su afición a la lectura*”.

La vida de Henri se desarrollaba sin apenas relación con chicos de su edad. En los libros encuentra el refugio psicológico y refiere en su autobiografía: “*Don Quijote me hizo morir de risa... el descubrimiento de esta obra es acaso el más grande de mi vida*”.

Su tía abuela Isabel Gagnon también influyó en su educación en esta época de su vida y llegó a decir de él que tenía “alma española”, con sentimientos nobles y generosos. El joven Henri tocado por estas connotaciones de su espíritu, definirá en su autobiografía “*los ingenuos rasgos de nobleza a la española en que incurrí durante los primeros treinta años de mi vida*”.

En el transcurso de su madurez, pasó por diferentes actitudes profesionales: militar, subteniente, en la época de Napoleón; intendente y comisario en Alemania; diplomático con la revolución de 1830; pero centremos su personalidad como escritor. En el año 1817 publica por su cuenta un delicioso libro de viajes por Italia: *Roma, Nápoles y Florencia*, firmado por primera vez con el seudónimo de Stendhal, que tomó del nombre de una pequeña ciudad alemana del reino de Sajonia.

En el análisis de su producción literaria sólo vamos a señalar dos obras que consideramos emblemáticas y que son de todos conocidas: *Rojo y Negro*, publicada en 1830, la novela donde describe la ambición y la energía; y *La cartuja de Parma*, publicada en 1839, es sobre todo la novela del sentimiento y de la pasión. En estas dos obras, núcleo de su producción literaria, Stendhal se muestra como un novelista genial, en las que se revelan las verdaderas características de su talante literario.

Stendhal era además un gran amante de las bellas artes, especialmente de la pintura, la música y la escultura. Viajero infatigable y apasionado del arte de Italia y sus hermosas mujeres.

Si junto a estas características consideramos su infancia al lado de su abuelo médico, donde se inició y desarrolló después su conocimiento de la psicología de la sociedad que le rodeaba, tenemos que pensar que reunía las condiciones suficientes para describir la sintomatología después denominada “síndrome de Stendhal” y que hiciera por primera vez en el mencionado libro de viajes *Roma, Nápoles y Florencia*.

Los expertos que lo han estudiado después, Graziela Magherini y Augusto Zanobini, ilustres psiquiatras de Florencia, tienen gran experiencia porque han tenido que atender muchos casos en las épocas de mayor afluencia turística a esta ciudad.

El cuadro clínico que después describiremos, se produce en personas ávida de arte que contemplan la extraordinaria belleza estética, acumulada en una ciudad como Florencia o Roma. Suelen ser turistas de mediana edad, en mayor proporción mujeres, que viajan solas, procedentes

de ciudades tranquilas, de vida ordenada, monótona, que no han tenido grandes estímulos artísticos anteriormente y que después de una serie de visitas sucesivas a bellos recintos arquitectónicos, repletos de pintura y escultura, de elevado nivel estético, son víctimas de un estado de ánimo que se manifiesta en un cuadro clínico que tiene algunas variantes en cada caso, pero que generalmente se presenta con: angustia, confusión, temblor, excitación, palpitaciones en el corazón, sudoración y zumbido de oídos; todo ello de aparición súbita y que, fácilmente, se puede significar que tiene un evidente sustrato vegetativo.

El autor de *Rojo y Negro*, cuando describe este cuadro en su libro de viajes que después fue denominado “Síndrome de Stendhal” por los estudiosos de la psicología, lo enjuició viendo la cúpula de Santa María de Fiore, en Florencia, y dice textualmente: “*Los recuerdos se agolpaban en mi corazón, no me sentía en condiciones de razonar y me abandonaba a la locura, como cuando se está al lado de la mujer que se ama*”.

He aquí dos constantes que después siempre han de estar presentes en la vida de Stendhal: el arte de elevada cota estética y el amor apasionado, que al enjuiciarlas a través de un prisma psicológico, como deja bien patente en sus obras, le valieron para perfilar el cuadro clínico y para ser un precursor de la moderna psicología, encargada después de definir el síndrome y sus características.

Nosotros creemos que para que se produzca este síndrome, tienen que coincidir en el sujeto las siguientes características de su personalidad:

- Gran sensibilidad receptiva
- Avidez y hambre de contemplar belleza artística
- Encuentro de esta situación estética muy concentrada en espacio y tiempo
- Predisposición anímica propiciada por viaje de placer contemplativo
- Fragilidad en la esfera psico-emocional

Psiquiatras y psicólogos estiman que, además de estos aspectos, también pueden influir en la aparición del síndrome las siguientes circunstancias: la fatiga por el viaje, siempre apretado en el tiempo -rápido y alejado-, que produce cansancio muscular, por acúmulo de toxinas, como el ácido láctico; pérdida de electrolitos y agua por sudoración profusa, que sumados a los cambios de la dieta y de las costumbres alimenticias, lógicas en los desplazamientos, son características que afectan al sistema nervioso.

Yo les puedo decir a ustedes, que cuando me encontraba contemplando la pintura de Miguel Ángel, en la Capilla Sextina, hace años, antes de la restauración, pude observar a una mujer de mediana edad, esbelta, rubia, grácil, posiblemente de un país nórdico, que sentada en un banco lateral del recinto, estaba padeciendo ese síndrome. Por mi condición de médico pude comprobar, a través de breves preguntas y comentarios de la situación del momento, que no era por patología orgánica, pues la mujer en cuestión no

me refirió antecedentes a los que se pudiera achacar esta situación, por lo que etiqueté el caso como “Síndrome de Stendhal”.

Después, en mi experiencia y por comentarios que me han hecho asistentes a mis conferencias, en las que me he ocupado de pasada de este síndrome, me han indicado que ahora se explicaban cómo ellas habían experimentado en algún momento sensaciones que se pueden superponer con la descripción clínica que yo había hecho del síndrome en la disertación.

Esto nos hace pensar que no es del todo raro y que se produce con alguna frecuencia que, naturalmente, no podemos cuantificar estadísticamente.

En marzo de 1996 pudimos leer en *Diario Médico* cómo los servicios médicos del Museo del Prado, dirigidos por el Dr. Don Alberto Pascual y en lo relacionado con los visitantes turistas, nos dice que tienen que atender a una media de dieciocho personas al mes con diferentes patologías. El Dr. Pascual asegura que en el Museo del Prado ha asistido a cuatro casos del síndrome de Stendhal, todos ellos con mareo e hipotensión y siempre en salas de grandes pintores: Goya, Velázquez y El Greco. Suelen ser casos con antecedentes psiquiátricos, generalmente depresiones. Nosotros creemos que no necesariamente tienen historia psiquiátrica anterior. Los casos que nosotros hemos constatado, uno en presencia física y en tiempo real, que les he comentado, y otros que han sido referidos y etiquetados retrospectivamente, no parece que tuvieran antecedentes psiquiátricos, aunque sí es posible que existiera cierta labilidad en su esfera psicológica y emocional, como ya hemos señalado entre las características que reúnen los predispuestos a padecer este síndrome.

Para terminar diremos que Stendhal, escritor rebelde, mezcla de paradoja y enigma, sensualista apasionado, admirador del arte de alto nivel estético, con conocimiento psicológico de la persona, en su esfera humanística, tenía que ser, y así contestamos al interrogante planteado al comienzo del artículo, el escritor que describiera este síndrome que después con justicia fue denominado con su nombre por los estudiosos de la psicología.

Como escritor, como ocurre en ocasiones, sólo tuvo muestras del aprecio de su categoría por algunos de sus contemporáneos como Merimée y Balzac. Sólo veinte años después de su muerte el gran apologista Hippolyte Taine, en 1863, le dedicó un ensayo con el que el autor de *Rojo y Negro* ingresó en la nómina de escritores de gloria universal.

## TIERRA DURA

Enrique Domínguez Millán

*En homenaje a Ángel Luis Mota,  
tan de nuestra tierra, tan de todos*

**E**l huerto no daba para más. Eran cuatro palmos de tierra reseca que se resistía ferozmente a la azada. Antes era distinto. Antes estaba el manantial. Brotaba bajo la peña grande, entre centenares de juncos por los que revoloteaban las libélulas. Pero va ya para tres años que el manantial se secó, los juncos se agostaron y las libélulas desaparecieron del contorno. Ahora había que subir el agua a cántaros desde el río, empujando cuesta arriba la carretilla, e irla dosificando cuidadosamente: un bote para cada planta y, si el calor apretaba, uno por la mañana y otro algo más menguado por la tarde. Veces había en que el sudor que cayera de la frente de Acisclo era más abundante que el agua que recibía la planta.

Antes, además, vivía el padre. El padre -toda una vida de trabajo forzado- consiguió reunir una hacienda mínima, suficiente sin embargo para criar y casar a cuatro hijos. La hacienda se extendía desde la ribera del río hasta lo más alto de la ladera, donde la roca se empinaba en un muro casi vertical de más de treinta metros, rematado por una cresta erosionada de formas caprichosas. Al pie del muro, que cerraba el paso a los ventarrones del norte, el padre había levantado con sus propias manos la casa, bien encarada al sol del mediodía. Tenía la casa dos plantas, corral, cochiguera y sobrado. A Acisclo ahora se le hacía demasiado grande, ya que sólo ocupaba la planta baja. La Antonia y él dormían en la alcoba contigua a la cocina, en la que fuera siempre la de los padres, y al chico, que en septiembre cumpliría seis años, lo habían acoplado en la banca, bajo la ancha campana de la chimenea. La otra plata guardaba para Acisclo los oscuros terrores de la infancia, cuando los tres hermanos -Angustias, por ser hembra, tenía para ella solo el pequeño tabuco medianero- yacían en sus catres y escuchaban, hasta conseguir agarrar el sueño, las carreras y los chillidos de las ratas en la estancia de al lado, donde se almacenaba el grano. También guardaba

otros recuerdos más dulces y recientes: los de los casi dos años que allí vivió con la Antonia, a contar desde el día mismo de la boda. Esperaban a que todos estuvieran dormidos para hacer el amor. Y se amaban cerca ya de la madrugada, entre suspiros y risas contenidas, siempre con el temor de que pudieran darse cuenta los hermanos solteros –alojados en el cuarto que fue de la Angustias– o los padres, que dormían justamente debajo. Las escaleras fueron una tortura para la mujer en los meses duros del embarazo. Tentado estuvo Acisclo de pedirle a los viejos que les cedieran su cama, pero no acabó de decidirse y, al final, les nació el hijo allá arriba, una tarde de otoño en que los chopos empezaban ya a amarillear y las parras estaban cuajadas de racimos negros.

Cuando murió el padre vinieron los hermanos, que andaban desperdigados. La Angustias, ya viuda y con una buena pensión en Valencia, se empeñó en llevarse a la madre, y la madre se dejó llevar como un corderillo. Paco y Andrés, los mellizos, que habían hecho la “mili” en Barcelona y allí habían encontrado trabajo y mujer, vivían en Tarrasa, en dos pisos contiguos, y estaban como desarraigados. A la hora de las particiones, a Acisclo le correspondieron los banales altos, incluida la casa. Eran, claro está, los más pobres, los que menos rendían, pero tenían la compensación de la vivienda. Acisclo supo que le iba a ser difícil salir adelante sin más tierra que aquella. Trató de convencer a los hermanos de que le cedieran en renta sus herencias o que les dejaran írselas pagando a plazos. No hubo forma de convencerles. Ellos se habían hecho otros planes y tenían prisa por vender, por convertir en dinero contante y sonantes aquel terruño de cuya servidumbre habían conseguido librarse. Andrés y Paco para quitarse de encima las letras y las hipotecas de los pisos y comprarse el cochecito con el que andaban soñando. Y Angustias, la viuda, pensaba hacer dos partes de su hijuela: una para ella, para ver cumplida su ilusión de abrir una droguería en el barrio valenciano de La Malvarrosa; la otra para Antoñete, su único hijo. Antoñete le había salido aficionado al “rock” y pretendía, con dos amigos y la hermana de uno de ellos, formar y capitanear un conjunto y echarse al ruedo de la música joven. Con buenos instrumentos y un equipo de sonido aceptable, Angustias estaba segura de que Antoñete alcanzaría, fácil, fácil, la fama y los millones. Así pues no hubo nada que hacer y Acisclo se vio reducido a aquel huerto que, al fallar el manantial, iba camino de convertirse en un ejido.

Que había que tomar una decisión estaba claro. Aguantar más era imposible. Ya se veía que, aunque volviera el agua, aquello no daría nunca ni para mal vivir. El invierno había sido duro. Hasta el pan tuvo que pedirse fiado muchos días. Escaseó la lluvia y abundaron, en cambio, las heladas. Las rocas que resguardaban la casa crujían a veces en el silencio de la noche como si se quejasen. También la tierra se quejaba de la única forma que podía hacerlo: volviéndose más tersa, más compacta, resistiéndose cada vez más al laboreo y dejándose cubrir por el salitre, como si fuera tierra maldita. Y hasta la Antonia, tan callada siempre, tan sufrida, había comenzado a

quejarse. La pobre arrastraba una vida de lo más ingrata, todo el día de acá para allá, sin parar un instante desde que Dios amanecía hasta bien entrada la noche. Era mucho pedir que no se comparara con sus cuñadas. Las dos catalanas vestían a la moda, calzaban zapatos de tacón alto y llevaban peinados de peluquería. La misma Angustias parecía una señorona, con el pelo teñido de rubio y aquellos trajes estampados ciñendo sus carnes orondas. Ella, en cambio, cada vez estaba más seca, más enjuta, más ajada y renegrida. Siete años apenas de casada y cualquiera la tomaría por una vieja. A la cama llegaban derrengados, sin ganas de nada más que de dormir. Cuando se le entregaba lo hacía resignadamente, sin ninguna pasión, con el miedo no confesado, pero que él adivinaba en sus ojos huidizos, de quedar embarazada. Así no se podía seguir.

Andrés de lo plantó en la cara cuando vino con su mujer por la Semana Santa. Fue a la caída de la tarde. Estaban los dos solos, sentados bajo la parra todavía sin hojas, apurando un vaso de vino. Fumaban en silencio y, de pronto, Andrés dijo:

- Por más vueltas que le doy no lo entiendo. ¿Qué es lo que haces aquí? ¿Es que piensas pasarte la vida destripando terrones? Despierta, leche. Trabajáis como burros para ir cada día a menos. Allí no es que aten a los perros con longaniza, pero hay vida y donde hay vida se puede prosperar.

Acisclo, cogido por sorpresa, no supo qué responder. Sólo después de darle dos largas chupadas al cigarro, acertó a balbucir:

- ¿Y qué puedo hacer allí? Yo no sirvo más que para esto. No tengo otro oficio.

- ¿Es que nosotros teníamos oficio? Pues ya nos ves.

Andrés vació lo que quedaba de su vaso antes de añadir:

- Mi mujer podría colocar a la Antonia en la fábrica donde ella trabaja. Mientras, tú irías buscando y antes o después, algo saldría. Donde no va a salirte nada es aquí. En fin, tú verás, es cosa tuya. Pero yo, en tu lugar, no me lo pensaría.

Acisclo sí se lo pensó. Se lo había estado pensando cuatro meses. Ahora mismo, mientras descansaba a la sombra del álamo, junto al río, cargada ya la carretilla con los cántaros que había de empujar cuesta arriba, se lo seguía pensando. Y seguía diciéndose que había que decidirse, que los hermanos tenían razón, que la tierra no daba más de sí, que cambiar de aires sería bueno para todos.

Lo que no se atrevía a confesar a nadie es que a él, a pesar de todo, le gustaba esta tierra. La quería como se quiere a una madre vieja y seca, pero a cuyos pechos uno se ha criado. Gozaba viendo brotar de aquella gleba dura cada planta, y viéndola crecer, y viendo levantarse sus hojas mustias cuando él les llevaba el regalo del agua. Le gustaba aquella casa donde nacieran todos los hermanos, donde había pasado toda su vida, donde conociera el amor de la Antonia y el primer llanto del hijo y el último suspiro del padre. Sentía un placer infinito sentándose a la puerta bajo el emparrado,

al atardecer, contemplando cómo trepaban las sombras desde lo hondo del tajo hasta alcanzar las crestas más altas.

Separarse de todo esto sería como desgajarse de su tronco. Pero había que hacerlo. No podía seguir sacrificando a la Antonia y al chiquillo, condenándolos a la miseria. Lo venderían todo y se marcharían con los cuatro cuartos que les dieran. Empezarían una nueva vida que, por mala que fuera, no podría ser más pobre que la que habían llevado hasta ahora. Sí, estaba decidido. En cuanto acabara de regar se lo diría a la Antonia. Y esta misma noche escribiría a los hermanos.

Acisclo llamó al niño, que estaba sentado bajo el saz, extrayendo pipas de una torta de girasol:

- Juanchín, ven acá.

Acudió al momento, todo ojos interrogantes.

- Oye, Juanchín, hijo. ¿Te gustaría que nos fuésemos a vivir a otro sitio, muy lejos?

- ¿A Tarrasa, con los tíos?

- Sí, a Tarrasa.

- Claro que me gustaría. Me gustaría mucho.

- Pues vamos a hacerlo, ¿sabes? Vamos a hacerlo.

Se puso de pie y echó a andar empujando de nuevo la carretilla. Fue entonces cuando estalló aquel trueno espantoso, un trueno que Acisclo no había oído nunca. Pero no era un trueno. Se dio cuenta al ver rodar por la ladera enormes pedruscos entre una nubarrada de polvo.

Corrió como un loco, a ciegas, ahogándose por la aspereza de la pendiente y la acritud de la tolvanera. Corrió sorteando milagrosamente las piedras que se cruzaban en su camino, pisoteando los bancales, aplastando las plantas cuidadas con tanto esmero. De su garganta surgían gritos que eran como aullidos de lobo:

- ¡Antonia!... ¡Antonia!

Cuando llegó frente a la casa, la casa no existía. Una gran parte de aquel ingente muro de roca a cuyo abrigo fuera levantada había caído sobre ella, derribándola y sepultándola por entero.

Acisclo se detuvo en seco. Al estrépito del hundimiento había sucedido, de pronto, un silencio absoluto. Sólo se escuchaba el jadeo bronco de aquel hombre sobre el que parecían haberse abatido siglos de infortunio.

A poco llegó el niño y se asió aterrizado a sus pantalones, sollozando. Pero Acisclo no escuchó sus sollozos. Tenía los oídos sordos, los labios prietos, los ojos fuera de las órbitas. Un bloque de piedra que superaba su estatura se erguía ante él. Y Acisclo comenzó a golpearlo con los puños cerrados, descargando salvajemente toda su furia, toda su desesperación, todo su odio, una vez y otra vez, hasta que sus manos fueron sólo dos amasijos de carne sanguinolenta.

## HABLANDO DE RENATO

### BREVE APROXIMACIÓN AL PERSONAJE DE LAS COLUMNAS PERIODÍSTICAS DE ÁNGEL LUIS MOTA

José Ángel García

**N***i muy serio ni muy alegre; ni muy extrovertido ni muy introvertido. Normal, normal hasta la exageración<sup>1</sup>, Renato – “ya saben, el personaje plano que de puro plano casi no existe”<sup>2</sup>– protagonista de tantos y tantos de los textos de Ángel Luis Mota en la sección de Columna Cinco de los periódicos del grupo El Día o en los artículos de la revista Crónicas, fue sin duda un vehículo ideal para que su creador jugara sobre seguro una de las bazas más eficaces de su hacer de columnista: esa ironía a la par socarrona y tierna, nunca cruel ni mordaz, sí desde luego zumbona y jacarandosa, marca de la casa, que igual servía para analizar con agudeza los más o menos revueltos patios de vecinos de la política nacional, regional o provincial, que para poner en solfa las rutinas, convencionalismos, prejuicios y obsesiones del cotidiano, rutinario y las más de las veces previsible acontecer local. Imagen de la postura y opiniones del ciudadano de a pie, de a pie de barra cabría añadir poniéndonos a tono, es decir, del ciudadano medio (eso sí, dejémoslo claro, del género masculino) de cualquier pequeña capital de provincias –en su caso, evidentemente Cuenca, pero, prescindiendo de determinados y concretos detalles puntuales claramente desde luego identificativos, perfectamente extensible en su esencia a tantas otras poblaciones de similares características– pero también indirecto y paradójico portador a la contra, bajo sus aparentes comportamientos y comentarios tertulianos entre reo y reo de dados, de las socarronas críticas de quien un buen día se lo inventara.*

Las frases que aparecen en el texto en cursiva están tomadas de las columnas firmadas por Ángel Luis Mota que a continuación se detallan. De algunas se indica la fecha de publicación y de otras no, ya que al autor ha trabajado con originales de ordenador en los que, en ocasiones, no figuraba tal dato. Si se especifica cuáles de ellas se encuentran incluidas en el volumen *Cien columnas* al que se hace expresa referencia.

1 “Circunspecto”. (27-10-2003) Columna Cinco. Grupo El Día. Incluida en *Cien columnas*. Diputación Provincial de Cuenca, 2005, pág. 123.

2 “Gran Tomillero” (28-8-2003) Columna Cinco. Grupo El Día. Id., ib., pág.117.

- 3 “Peristilo” (archivado en ordenador con fecha 19-2-2009)
- 4 “Verano y calor (archivado en ordenador sin precisar fecha)
- 5 Id.,ib.
- 6 La expresión tertulia del resoli on the rocks para designar la mantenida habitualmente por Renato figura en numerosas ocasiones en las columnas del autor.
- 7 “Cumplidores” (29-1-2009) Columna Cinco. Grupo El Día
- 8 “Espionaje regional” (febrero 2009) Crónicas de Cuenca.
- 9 “Más sobre la crisis” (12-3-2009) .Columna Cinco. Grupo El Día.
- 10 “El dedo” (archivado en ordenador sin precisar fecha)

Sí, porque es el caso que mientras Renato, acodado en el mostrador, por sobre *“el chocar de las fichas de dominó y de los dados sobre el aluminio de la barra, mientras el televisor suena para nadie”*<sup>3</sup> tapiz sonoro al que, si es verano, se unirá inexorablemente *“el murmullo de un acondicionador que, según los tertulianos, sólo sirve para crear un zumbido constante”*<sup>4</sup>, medita en voz alta acogido a *“ese mundo distinto, diferente, que para nuestro amigo es el mejor de los paraísos imaginables”*<sup>5</sup> para igual pontificar ante sus compañeros de la tertulia del *“resoli on the rocks”*<sup>6</sup> sobre la inmutabilidad de los tiempos y las anuales estaciones -*“la estación es como es y cumple lo que se espera de ella”*<sup>7</sup>- que, tan contradictorio como cualquiera de nosotros, *“más que escamado ante los últimos acontecimientos”*<sup>8</sup>, inquietarse o soliviantarse por los cambios que en torno suyo experimenta el orbe, a los que, encima, hasta se vienen a unir, mire usted por dónde, las propias personales preocupaciones -*“a la crisis general, ésa que llena titulares de periódicos y grandes espacios de radio y televisión, se le une la crisis de Renatín, su hijo querido, quien, según los psicólogos del colegio, está atravesando la crisis de la adolescencia”*<sup>9</sup>-, por debajo de ésas sus sentencias, chascarrillos o tomas de posición, zumba y se nos transmite el siempre inteligente punto de vista de un Ángel Luis Mota permanentemente a la que salta para analizar cualquier hecho de la vida política, económica, social o cultural, sea del propio terruño o pertenezca al más globalizado universo universal. Y es que -como bien pudieron desde un principio darse cuenta sus lectores- bajo los verbales desahogos de un Renato portavoz autodesignado de pareceres y sentimientos que sin duda tanto juzga patrimonio del sentido común cual, también y al tiempo, producto de su individualizado y sesudo cavilar y de su probada experiencia como activo participante en la vida ciudadana en su condición de miembro tanto de semanasanteras cofradías, cual cumple a un hombre cual él ferviente amante de la tradición, que de agrupaciones más hijas de los actuales tiempos, que siempre se ha considerado hombre muy de su época, sean las comunidades de vecinos u otras que, como las mateas peñas, se convirtieron en un pispás en tan asentadas cual si siempre hubieran existido, bajo ese su apodíctico sentenciar, asoma siempre implícita, agazapada tan sólo lo justo -en el propio tono de la narración, del brazo de este guiño o transparentada en el uso de ése, y no otro, preciso adjetivo- la personal toma de postura del columnista de una manera tan clara que hace innecesaria en la mayoría de las ocasiones su exposición directa, al contrario de lo que suele ser habitual en sus entregas no renatiles. Y así, bajo la personalidad de un Renato, que *“viene de una familia muy antigua, de una familia muy arraigada como se suele decir, que forma parte de nuestra historia. Que se sepa, al menos desde el bisabuelo paterno. Por eso su familia cuenta con unos conocimientos y con una filosofía particular que recoge una rica visión del mundo (lo que los pedantes llamarían una weltan chaung) que además cuenta con sus propios decires y sus propias expresiones”*<sup>10</sup> y que, consolidado a su vez por el hecho de que *“se ha convertido en un fenómeno mediático. Cartas, llamadas, correos, interpelaciones callejeras se preguntan por este personaje que lleva*

*camino de desbordar a Beckhan en popularidad con su aplastante plenitud*<sup>11</sup> va convenciéndose día a día, columna a columna, cada vez más, de su propio valer y de lo acertado de sus juicios y opiniones hasta ponerse a pasear “*por Carretería sacando pecho y orgulloso de ser quien es*”<sup>12</sup>, los lectores de Ángel Luis Mota sabían que iban a encontrar siempre, además de la sonrisa que les proporcionaba el asomarse a una nueva andanza del personaje, el siempre perspicaz análisis, la nada emboscada toma de postura de un agudo comentarista instalado en las mismísimas antípodas culturales e ideológicas de su protagonista pero, al propio tiempo, tan comprensivo hacia su forma de ser y comportarse que en ocasiones hasta se permitía confundirse con él para hacerle expresar, sin segundas, su propio punto de vista. Y si ustedes no se lo creen, echen mano de sus textos –aparte de las hemerotecas aún quedan por las librerías ejemplares del volumen *Cien columnas*” donde se recogen bastantes de ellas– y “*compruebe cada uno la veracidad de tal afirmación*”.<sup>13</sup>

11 “Colecciones” (25-3-2004) Columna Cinco. Grupo El Día. Incluida en *Cien columnas*. Id., ib., pág. 131

12 “Grifos e interruptores” (26-2-2009) Columna Cinco. Grupo El Día.

13 “El dedo” (archivado en ordenador sin precisar fecha)



## LA ESPERANZA DE VIDA

Miguel Ángel Ortega

La esperanza de vida a una edad concreta ( $ex$ ) requiere sumar todos los supervivientes desde la edad  $x+1$  hasta la edad  $\phi$  y dividirlos por los supervivientes a la edad  $x$ , teniendo en cuenta también las fracciones de año vividas después de cumplir un aniversario concreto. La fórmula en este caso es:

$$ex = 1/2 + [(Sx+1)+(Sx+2)+(Sx+3)... + Sx\phi] / Sx$$

El profesor Orenes deja escrita la fórmula en la pizarra, levanta la vista del libro y se gira para comprobar el grado de interés que su explicación suscita entre la clase.

Ninguno.

El profesor contempla el panorama, firmemente desalentado. A la izquierda, dos chicas miran hacia la pizarra, es cierto, pero su mirada traspasa el encerado y todo este cochino mundo: diríase que levitan. Por aquí y por allá se distinguen corrillos de chicos y chicas que charlan sobre cualquier cosa que ni remotamente tiene que ver con la Demografía. Algunos alumnos más copian apuntes, evidentemente de otra asignatura. Al fondo, dos chicas se acarician las manos con amorosa sinceridad. Sólo algunos rostros lo miran y, de entre estos, la mayoría lo hace por cumplir. Y por si eso cuenta luego, cuando el profesor ponga las notas.

- ¿Por qué se matricularon en Geografía? -pregunta Orenes utilizando un tono poco profesoral que recupera la atención de algunos alumnos.

- ¿Usted qué cree? -contesta Rodelas, Laura Rodelas, una de las recién conquistadas por la intempestiva pregunta-. ¿No querrá que con lo tonta que soy firmase Álgebra?

Orenes tiene el pelo rojizo y la costumbre de cortárselo como si le pusieran un tazón. De frente y de perfil tiene un aire clásico al que contribuye su nariz cesarina, como le dice, generosa, su compañera Rosaura, especialista en Antigua. Visto desde detrás, en cambio, la ausencia de pelo en la coronilla le da un aspecto de fraile. Y así es él, una mezcla de antigualla y hombre de prez.

- Por favor, Rodelas, no se tenga usted en tan baja estima. Cualquiera de nosotros es capaz de hacer más de lo que se cree. La Geografía no puede ser para usted un obstáculo insalvable.

Laura Rodelas tiene los ojos grandes y los labios carnosos. Por primavera lleva a clase camisetas muy pequeñas con el fin de que sus senos bien inflados rebosen por las costuras y hagan babear a compañeros y profesores. Orenes, lo reconoce, es de los que babea. Por eso le sostiene difícilmente la mirada cuando ella se empeña en clavarle sus ojazos de tigresa en sus ojillos apocados, avergonzados.

- Eso son pamplinas, profesor. Usted sabe como yo lo que esta cabeza da de sí. No se engañe ni quiera engañarme, que ya soy mayorcita.

Rodelas tiene una voz ronca, aguardientosa, de cantante de *blues*. Sus compañeros no se la imaginan interpretando *The man I love* porque no saben que existe esa canción ni ese estilo, pero Orenes fantasea de vez en cuando: Rodelas en un traje largo de satén negro, una sala con humo, un foco iluminando sus ojos pintados, sus labios gruesos de rojo fuerte:

*When the mellow moon begins to beam,  
Ev'ry night I dream a little dream*

Ahora ha conseguido que más gente se interese por lo que ocurre en el aula. El profesor constata que las dos *budas* de la izquierda han parpadeado como si fuesen televisiones que sintonizan el canal adecuado.

- Bueno, admitamos que ustedes no son estudiantes de Ciencias. Los números se les resisten. Abominan de las fórmulas porque una les lleva a otra y esa a otra más y así hasta el infinito. Pero esto que les presento -duda Orenes, mirando la pizarra-...

- Muy teórico, profesor -interviene Páez, desde un extremo de la clase.

- ¿Qué quiere decir con eso, Páez?

- Lo que ha oído, profesor. Esto es muy teórico. Que si equis, que si equis más uno. ¿A quién puede interesarle esto?

- Yo pensaba que usted quiere aprobar el examen de junio...

- Si vamos a eso sí, profesor. Pero no quiera que además de estudiarlo cuando llegue el momento tenga que atenderle a usted mientras me lo cuenta. Eso es pedirme mucho.

La clase entera estalla en una carcajada. Los pocos que permanecían en la inopia se lanzan a preguntar a los de al lado qué paso, qué me perdí.

Orenes nunca se ofende por las bromas de los alumnos. Ni siquiera cuando van cargadas de mal café. Los comprende bien. Sobre todo a los chicos. A pesar de lo que ha cambiado el mundo en el último medio siglo, los varones todavía necesitan ser fanfarrones, hinchar el cuello para que las chicas se fijen en ellos. Por lo menos, así lo creen.

- ¿Todos opinan como Paéz?
- Sííí -explota el coro, revolcándose feliz en su gregarismo.
- ¿Pero no se han dado cuenta de que hablamos de la vida de las personas, de lo que tardarán en morir o de lo que vivirán?
- No se engañe, profesor, eso no va con nosotros -apoya Rodelas a Paéz-. ¿No nos ve? Háblenos de lo que haremos pasado mañana por la noche, San Jueves, ¿qué le parece?

De pronto, Orenes cree que ha encontrado el camino. La experiencia es muy importante en su oficio.

- Bueno, pues entonces les diré que no beban si piensan montar en moto o conducir el auto de papá.

- ¡Eh!, ¡eh!, ¡eh!, que algunos ya tenemos coche propio -agita la mano desde el centro de la clase Xisco Arpón, veterano repartidor de comida rápida.

- Bueno, pues tampoco beba usted si piensa conducir.

- ¿Lo ve, profesor? -interviene Rodelas como reconveniéndole: «por ser tan malo no volveré a insinuarme nunca más», parece decirle.- No se puede hablar con usted. Es tan viejo como todos los demás. Pareciera que ustedes nos tienen envidia a los jóvenes.

- No, señorita -replica Orenes-, no les hablo como viejo sino como profesor de Geografía. Si el alumno Xisco Arpón se mata el jueves que viene por la noche, además de una tragedia para sus padres, eso será una mala noticia para sus hermanos pequeños. Me refiero no a los de Xico sino a lo de todos ustedes, por si me he explicado mal.

- Acabáramos, profesor. ¿Ha dormido bien esta noche? -protesta Xisco, un poco tocado porque lo hayan señalado con el dedo de esa manera.

- Si hubiesen atendido a mi explicación, me comprenderían bien. No necesitaría tener que seguirles hablando. Pero en fin, veo que serán precisos unos minutos de explicación añadida. Trataré, alumno Páez, de no ser teórico.

El profesor se detiene un instante para ordenar las ideas.

- Ustedes tienen ahora diecinueve años como media, ¿no es así? -la clase asiente de nuevo, esta vez con la cabeza: alguno la mueve para indicar que eso es sólo una aproximación: ya ha cumplido los diecinueve-. Bien. Supongamos que ustedes son todos los chicos y chicas de diecinueve años que hay en este país. En total son hoy cincuenta y tres según dice el parte de faltas. Supongamos también que cada uno de ustedes tiene un hermano de diez años. Si el viernes son ustedes sólo cincuenta porque de madrugada tres se han abierto la cabeza contra el asfalto, ¿qué dirá la Demografía cuando estudie la esperanza de vida de sus hermanos más jóvenes?

Orenes hace una larga pausa. Escruta la mirada de los alumnos y cree descubrir que acaba de atraer el interés de algunos de ellos, quizás de los que tengan hermanos menores.

- Dirá que cuando la generación de sus hermanos llegue a los veinte años sólo serán cincuenta porque tres se habrán quedado en el camino.

La afirmación de Orenes levanta una indignación leve de algunos alumnos.

- ¿Y si no conducen ellos?

- ¿Y si para entonces los médicos reparan mejor las cabezas abiertas?

- ¡No diga tonterías!

- ¡Bah! Si lo dice para que me quede en casa estudiando...

- Está bien profesor -pone Rodelas orden en el gallinero-, díganos cuál es el truco. ¿Por qué tiene que morirse nadie si Xisco...?

-Y dale con Xisco -protesta el repartidor

- No hay ningún truco, querida Laura. Las cosas son como las he contado. Bueno -se retracta-, sí hay una pequeña trampa, pero es muy pequeña. La certeza de la que les he hablado es sólo una certeza estadística. Diríamos que si tres de ustedes fallecen este fin de semana, será *estadísticamente cierto* que morirán tres de sus hermanos en los próximos años. Puede que no muera ninguno, pero puede que lo hagan más: cinco, seis. No se sabe.

Orenes genera otro largo silencio. Ahora apenas se oye un murmullo en la clase.

- ¿Qué les parece? ¿Les ha comido la lengua el gato?

- ¡Nos ha pillado, profesor! Me rindo. Pero no nos hable de estas cosas, que traen mal fario -le ruega Suances, del que sabe que es buen bailarín y aplicado en Historia.

Orenes mira su reloj: faltan diez minutos para terminar la clase. Ahora se siente crecido. Incluso aguanta bien dos segundos sobre los ojos de Rodelas. Y sobre sus senos que rebosan.

- Escúchenme bien, porque el plan de hoy era hablarles de la esperanza de vida y es preciso que adquieran bien el concepto. La esperanza de vida es el tiempo que, estadísticamente, una persona puede esperar que le dure la vida. Fíjense en mí: mi esperanza, hice ayer los cálculos para venir hoy a clase, es de veintitrés coma treinta y dos años.

«¿Mucho? ¿poco?» -pregunta retóricamente-. No, no. No contesten. Tampoco lo haré yo. En esta clase sólo se habla de ciencia y, hoy, de Demografía. Quizás viva treinta años más o quizás sólo cinco. Pero puedo confiar razonablemente en que me quedan veintitrés años. Diez hasta que me jubile y trece para gastarme los ahorros.

La broma de Orenes no se ha cobrado ni una sola sonrisa de los alumnos. La clase lo escucha por fin, y con cierta gravedad. De pronto no les parece un profesor dándoles clase sino un hombre que hace las cuentas de su vida. Rodelas pasa las manos por sus antebrazos para reprimir un escalofrío. El profesor lanza a su auditorio una mirada amplia y despaciosa.

Encuentra un raro placer en creerse Séneca despidiéndose de sus amigos. Pero quiere reservarles un poco de su cicuta.

-Ya veo que me van entendiendo. Su esperanza de vida, la de ustedes, es mayor estadísticamente. Si quisieran conocerla con exactitud averiguarían el número de habitantes de este país que tienen hoy veinte años y lo sumarían a las cifra de los que tienen, respectivamente, veintiuno, veintidós, veintitrés, etcétera. ¿Me comprenden? Que me conteste alguien, por favor.

- Sí, le comprendemos perfectamente -contesta Paéz.

- Bien. Después dividirían la cifra obtenida en el sumatorio entre la cifra total de habitantes de... bueno, después completarían los cálculos que exige la fórmula -termina Orenes señalando la pizarra.

Prácticamente todos los alumnos miran a la pizarra.. Se diría que varios tratan de comprender la fórmula, algunos estudiantes sorprendentemente interesados en la Demografía, quién iba a decirlo. Pero Orenes quiere llevarlos a otro sitio. Han de pagarle la abulia del principio de la clase.

- Pero no vayamos ahora tan rápido. Les haré una pregunta. ¿Las cifras de hipotéticos habitantes con veintiuno, veintidós, veintitrés años... son crecientes o decrecientes?

- Repita la pregunta, por favor.

- ¿Hay más españoles con veinticinco años o con dieciocho?

- ¿Con dieciocho? -se aventura Rodelas.

- Correcto. Volvamos a la suposición de antes. En el país no hay más habitantes de diecinueve años que ustedes, ¿me siguen? -les deja unos segundos-. Cuando ustedes tengan treinta años -vuelve a detenerse-, ¿todos tendrán treinta años?

Orenes les deja un momento de reflexión y vuelve a la carga.

- Lo preguntaré de otra forma más cruda: ¿todos ustedes llegarán a los treinta años? Recuerden que Rodelas ha dicho que hay más habitantes de dieciocho que de veinticinco. ¿Hay más de treinta que de diecinueve?

- ¡Pero no somos el mundo entero! -protesta Xisco Arpón, muy airado.

- Ya veo lo que quería decir con lo de no matarnos -asegura alguien.

- Dicho de otra manera: ¿todos ustedes llegarán a mi edad? -pregunta Orenes, ignorando las intervenciones de los alumnos.

- Ayer hice las cuentas -prosigue después de dos segundos- y me sale que no. La estadística dice que cinco de ustedes no llegarán a cumplir mis años. Casi cinco, para ser exacto. Casi cinco no tendrán la oportunidad de someterse a la crítica a la que ustedes me someten a mí. ¿Se dan cuenta?

Un silencio espeso se extiende entre la clase. Orenes mira uno a uno a los alumnos. Parece que va a decir: «usted no», «usted tampoco».

- Les anticipo más: es estadísticamente probable que uno o una de ustedes no cumpla los treinta. Ni siquiera treinta. ¿Alguien propone hacer una porra? ¿Fijamos una fecha para ver quién la cobra dentro de diez años?

Nadie habla. Nadie se mueve.

Orenes no se divierte con esta suerte de juego macabro. Pero es cierto que, incluso con su edad, todavía puede sobrevivir a algunos de los estudiantes que tiene delante, como si la Demografía quisiera llevarle la contraria a la ley de la vida.

Por su parte, los alumnos han caído en el hechizo y todos miran al profesor con intensidad. O con ansiedad. Parece que le preguntan si serán ellos los desafortunados y parece que desean que Orenes sea el oráculo que les diga que no, no te preocupes, porque tú no serás.

El profesor recoge sus papeles y empieza a caminar hacia la salida.

- Espero que lo hayan entendido bien -sentencia un momento antes de abrir la puerta del aula, que aún tardará un par de minutos en recuperar su bullicio.

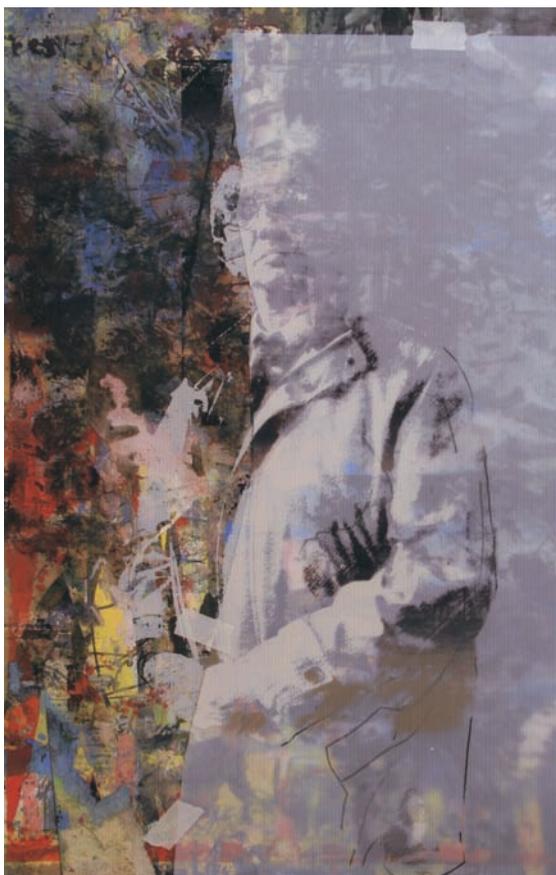
## RASGANDO EL VELO DEL TIEMPO

### A PROPÓSITO DE LOS MONOTIPOS DE MIGUEL ÁNGEL MOSET CON LA IMAGEN DE ÁNGEL LUIS MOTA

José Ángel García

*Only through time time is conquered*  
(T. S. Elliot / Cuatro Cuartetos / Burnt Norton II)

**A**puesta de espejos allá donde no llegan los espejos, el hacer plástico de Miguel Ángel Moset viene desde siempre, o al menos desde hace mucho, denunciando la artera apariencia de lo permanente. Porque, seducido, por necesidad o inevitable anhelo, por la fugaz existencia-inexistencia del momento y por la correlativa transitoriedad de cuanto, a cada instante ya diferente, también es-no es en incesante e incapturable flujo -hijo en fin el creador de su en tantos aspectos barroco momento histórico y heredero en cuanto artista de la ruptura en añicos de la vieja distinción lessingniana entre artes del tiempo y artes del espacio- decidió un día, hurtándole el miedo a la siempre arriesgada apuesta de abordar un acontecer cual el del devenir temporal que a la vez que hecho físico comporta asimismo, en la personal constatación reflexiva, connotaciones filosóficas y morales no ya en la propia consideración del ser de los motivos escogidos, que también, sino en la propia visión de esos motivos como perceptos, decidió intentar plasmarlos en sus realizaciones no cual pecios rescatados de esa su fugacidad por la aparente fijeza del producto plástico (y en ella engañosamente presentados como perpetuos) sino como entes existentes en el tiempo tanto en su propia realidad de origen como en su condición de percibidos por una mirada, a su vez también ella viva y



mudable en la sucesión de los instantes y, por tanto, ambas fugitivas y mortales. Y quizá por ello, para tratar de llevar a sus soportes –tableros, pongámonos kantianos, de encuentros de espacio y tiempo (¿o tiempos?)– mediante, ricemos el rizo, el temporal transcurso de la ejecución de sus obras (y a la espera de la posterior también, según el momento, mutable nicho temporal de su contemplación por el espectador, que sería, usemos el ya tópico dicho, otra aunque correlativa cuestión que mejor dejar para otra ocasión) el propio mutante ser del percepto en el temporal fluir, rehuyendo su fijación, y por tanto su amañado embuste, gracias a la sabiduría de un ojo que no sólo mira, sino ve, y a la destreza de una mano que sabe traducir esa visión (en la que, cual ha escrito Pia Jardí, anidaría “la visión del Yo que mira el mundo” pero, ojo, que andamos por el XXI, despojada del tinte subjetivo–recreador que pudiera tener para los artistas románticos), quizá, itero, por ello –para intentar a como sea no sé si evitar la obligadamente parcial imagen del



*Dibujos: Miguel Ángel Moset*

motivo en el instante concreto o, más difícil aún, captar y transmitirnos su variabilidad como ente mudable- además de sugerirnos con el propio temblor de la luz o de las sombras que mágicamente hace anidar la viva indefinición que, en magistral recurso netamente pictórico, una pincelada inequívocamente abstracta otorga a sus cuadros, también se embarcó si por un lado en la simultánea presentación, leámosla nosotros, de esa mutabilidad mediante la representación simultánea de sus en origen sucesivas visiones en polípticas propuestas -convivencia espacio-temporal de perceptores (realizador, espectador) y perceptos-, por otro en la realización de series mediante las cuales, en una especie de narratividad plástica tan fragmentada cual la realidad misma de partida, el motivo pictórico -en la mayoría de las ocasiones un paisaje (un detalle de un paisaje, para ser exactos), un elemento natural (una flor, una fruta...) o un utensilio cualquiera- vive en el tiempo a través de la secuencial plasmación de sus sucesivos estar (y ser visto) en cam-

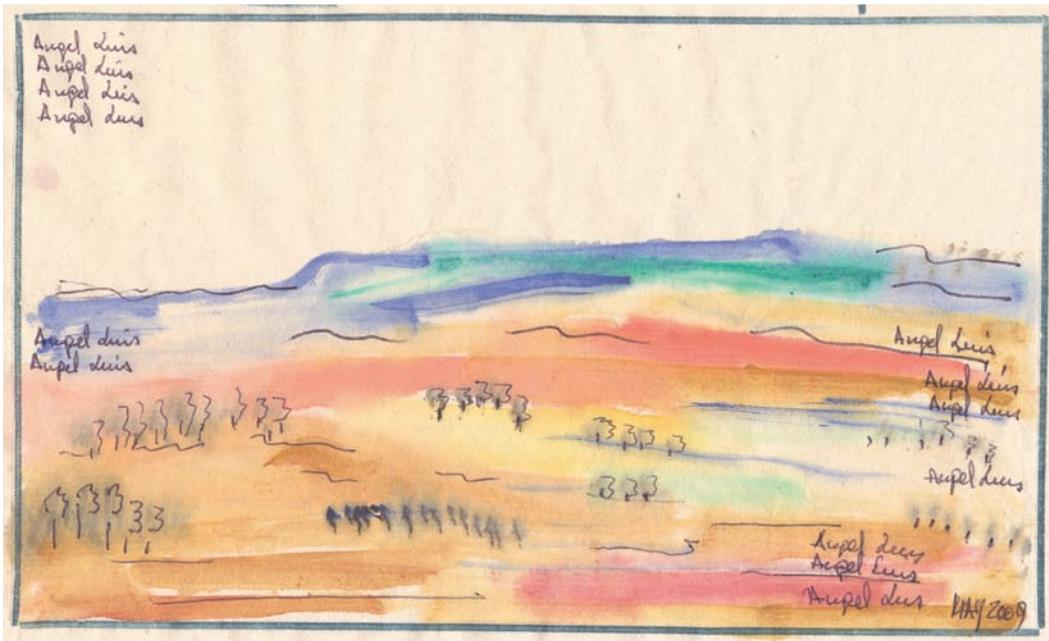


*Un paisaje que gustó a Ángel Luis Mota. Dibujo: Óscar Pinar*

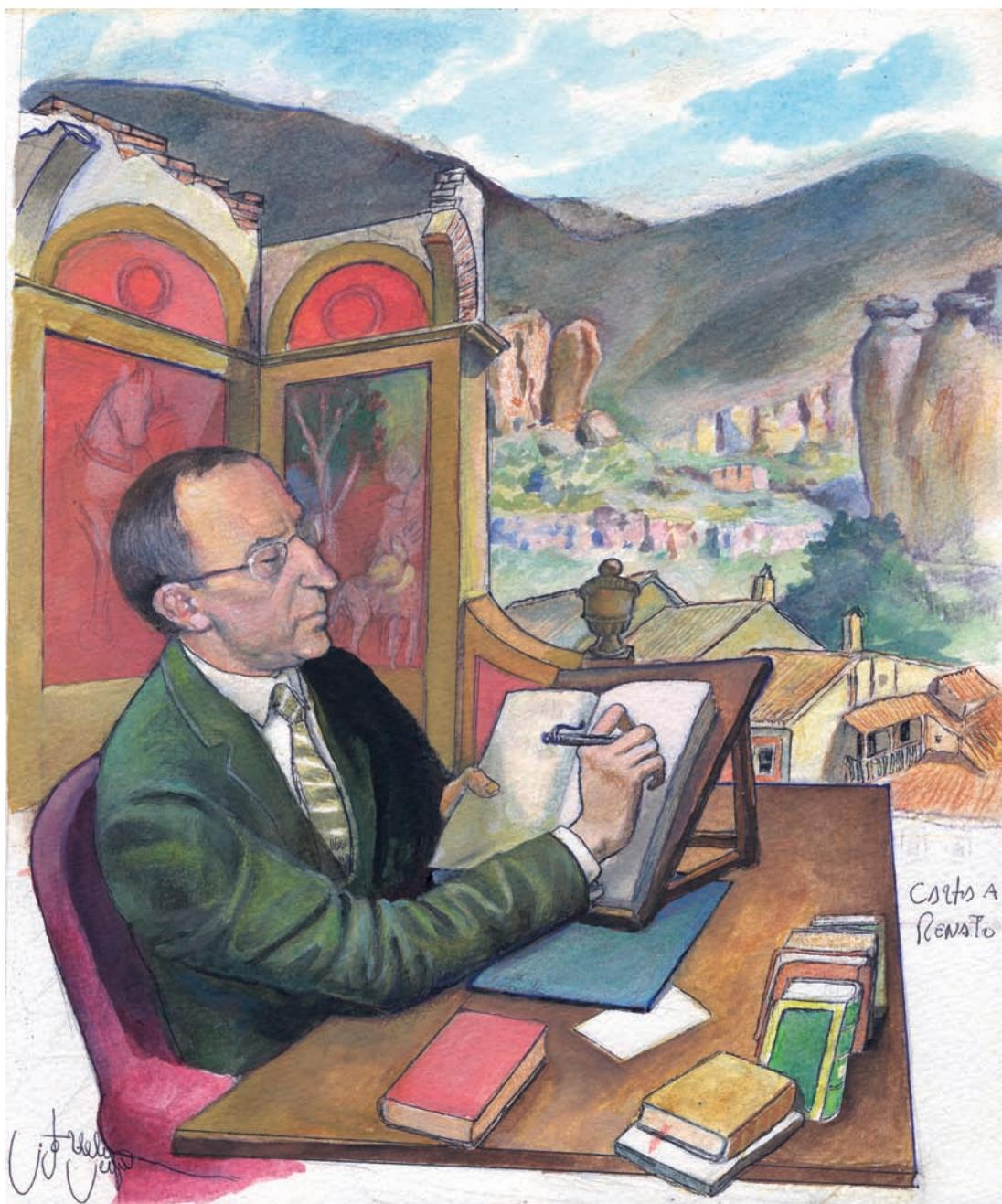
bio. Y así nos las había ido ofertando, en propósito y sendero que, a lo que se ve, también ha decidido seguir cuando, como en los monotipos que a partir de la figura de Ángel Luis Mota nos presenta en estas mismas páginas, toma como motivo no ya la figura humana, sino un propio concreto individuo, proporcionándonos al tiempo en este caso a cuantos conocimos personalmente al representado, al en ellos revivido Ángel Luis Mota, la oportunidad de, a partir de la visión de su imagen-imágenes, dar un paso más -que el propio pintor también, probablemente, dio al producirlas- para adentrarnos, desde ellos y con ellos como punto de partida y como esperanzado también puerto de arribada, en otra asimismo temporal dimensión, la de los ramificados túneles de eso que Guillermo Cabrera Infante describiera como “el espacio del tiempo recobrado”, es decir, la memoria, también ella mudable, imprecisa pitonisa juguetona tras ese velo del tiempo que Miguel Ángel Moset no ha dudado en intentar rasgar.



*Retrato de Ángel Luis Mota. Dibujo: Óscar Pinar*



Dibujos: M<sup>a</sup> del Carmen Pérez García



Dibujo: Víctor de la Vega



Esta publicación se edita con la ayuda económica  
de la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha

